

Mujer alabastrina



Victor Bartoli

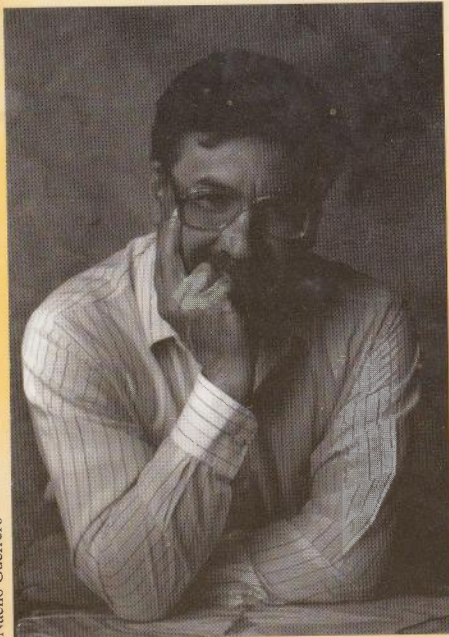


77
998

E



SOLAR
COLECCIÓN



Víctor Bartoli Herrera nació el 12 de octubre de 1952 en Ciudad Juárez. Obtuvo el Premio Chihuahua en 1985 con la novela *Mujer Alabastrina*.

En los últimos años se ha desempeñado como periodista en diversos medios de la entidad, pero su búsqueda por los intersticios del lenguaje lo ha conducido irremediabilmente hacia la novela, después de incursionar en la crónica y el reportaje.

Para el autor, la novela es el género mayor de la literatura porque en ella convergen la imaginación, la pulcritud del idioma y la visión del mundo de quien escribe. Es quizá el retrato más humano del arte porque en ella se refleja no tanto una opinión, sino una perspectiva visual global del mismo.

Este es su primer libro publicado.



Mujer alabastrina

Víctor Bartoli



SOLAR

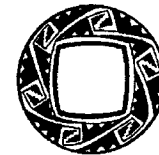
Serie Premios Chihuahuenses

Instituto Chihuahuense de la Cultura
Fondo Especial para la Cultura y las Artes

Chihuahua, 1985

Mujer alabastrina

Víctor Bartoli



SOLAR
C O L E C C I Ó N

Serie: Premios Chihuahua

Instituto Chihuahuense de la Cultura
Fondo Estatal para la Cultura y las Artes

Chihuahua, 1998

Mujer alabastrina

Primera edición: 1998
Instituto Chihuahuense de la Cultura

Fotografía de portada: Nacho Guerrero
Modelo de portada: Adriana Reyes Roel

BIBLIOTECA CENTRAL
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

© Instituto Chihuahuense de la Cultura
© Víctor Bartoli
SE RESERVAN TODOS LOS DERECHOS

ISBN: 968-6862-20-x

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Instituto Chihuahuense de la Cultura
Avenida Zarco 2654, Colonia Zarco
Teléfono y fax: (14) 11 23 11, 11 23 51 y 11 22 50
31204 Chihuahua, Chihuahua, México

Un remedo de música tropical arrancó los primeros compases de la Pollera Colorá cuando La Güera, La Chuya y La Cata arribaron alborozadas a El Hawaian Club de Ciudad Juárez. La noche era tierna aún. Las tres mujeres acudían a una cita ineludible, para correrse una juerga azarosa, pero placentera. “Después de todo, hay que darle un gustito al cuerpo”, se propusieron. Una mezcla enrarecida de humo de cigarrillo y perfume de poco precio les golpeó suavemente el rostro, como un leve tufillo al cruzar el umbral de la entrada.

En su interior, una muchedumbre inquieta, bañada y con sus mejores ropas encima de sus cuerpos sudorosos, se esforzaba afanosamente por divertirse, al soñarse a sí misma en un mundo más amable, bajo figuras luminiscentes y abigarradas que zigzagueaban al compás de la música por los rincones oscuros del salón de baile.

Todavía ninguna de las tres se desencandilaba, cuando La Chuya descubrió de un golpe de vista una mesa vacante. Se dirigió allá. Y una vez adueñada, convocó a gritos a sus amigas. Al reunirse con ellas, pese a la música estridente, se inició la algarabía. Sus risas rebotaban en todas las paredes. Los relatos salidos de sus bocas eran festejados por sus vecinos de mesa. Y como las tres eran ampliamente conocidas por el personal de servicio, ellos también se unían a sus bromas.

Nunca nadie las presentó entre sí; pero al cabo de los años -casi diez, por lo menos- ellas se convirtieron en amigas inseparables. “Más mugre, que uñas”, bromeaban al hablar de su amistad.

Una debilidad fatal en común las unió: su afán por ser aceptadas por los hombres. “En cuanto un cabrón me habla al oído, solita abro las piernas”, se lamentó La Güera, en más de una ocasión, después de un amor desventurado. Las tres eran inseparables. Quizá por ser distintas.

Para su desgracia personal, cada una debía despertarse día tras día a las cuatro de la mañana en su respectiva casa, levantarse de la cama y arrojarse agua fría a la cara para intentar volver en sí, beber una taza de café negro para calentar las tripas y, aun cuando afuera en la calle todo estaba oscuro, salir... torear el canijo miedo... Esa sensación desagradable que corroe la tranquilidad del espíritu; y que a las mujeres les palpa en el vientre, como un hormigueo mórbido, cuando son abordadas por un sujeto extraño, desconocido y quien les invita a subir a vehículos en la penumbra. “Dios guarde a La Meche”, decía La Chuya, al recordar a su amiga asesinada. “¿Quién iba a pensar que la iban a hallar tirada en el desierto...?”

Después de las muertas de Lomas de Poleo y El Lote Bravo, los tirones de prendas ensangrentadas y los cadáveres putrefactos que enseñorearon durante meses la primera plana de *El Diario* fueron la enseñanza más persistente sobre su indefensión de mujer; ni los consejos precavidos de sus madres horadaron tanto en su mente. Pa'ellas ya nada era igual: Ciudad Juárez devino en una jungla donde a causa de su sexo, y el placer que éste le da al hombre, fueron condenadas como su presa perenne.

Pese a las vicisitudes inevitables, las tres mujeres sostenían al unísono que “nada nos vence”. Ni las agotadoras jornadas en la maquiladora, cuando ellas, al igual que sus compañeras, debían estar de pie todo el santo día, apretando un tornillo idéntico, en maquiladora distinta. “Mucho menos la vida, por muy infeliz que sea... A veces hasta empalaga con sus ratitos de alegría”, argumentaban.

Los viernes por la noche, como una manda, después de lavarse los sobacos con jabón Fab, cortarse las uñas de los pies, cepillarse los dientes con bicarbonato de sodio y pedirle prestada una falda limpia a la vecina, nadie las reconocería en El Hawaian Club. Eran otras. Distintas y sin ninguna semejanza a las de entre semana. Estaban totalmente cambiadas. Ni su propia madre las identificaría a simple vista: el maquillaje escondía el tedio del rostro, la falda prestada ocultaba las estrías de los muslos, las lentejuelas ahuyentaban la miseria cotidiana y la sonrisa de viernes por la noche las embellecía inusitadamente.

Una vez que las tres arribaban a El Hawaian Club, su semblante cambiaba. En un trólogo irregular, sin orden ni intención, reaparecía su memoria extraviada entre los agravios cotidianos; reverberaba en trocitos sin significados plenos; fragmentada por el olvido, como única medicina contra su inexorable sufrimiento. Su encuentro viernesino era un rito involuntario. Repetitivo y frenético. Casi animalesco. Necesario para retener la voluntad de vivir. Les mantenía en pie, frente a una indiferencia humana inmerecida.

Frente a sus Medias de Seda, La Güera, La Cata y La Chuya resarcen sus heridas con vinagre y miel, las añosas y las tiernas. Sus risas casi infantiles recobran sus eventos negros y una amargura heredada opaca imperceptiblemente su escasa alegría.

“Hasta que el pisto nos separe...”, se ofrecían a sí mismas, a manera de juramento iniciático.

Desde tempranito, a más tardar a las seis de la mañana, me levantaba y a veces sin bañar siquiera, me pintaba la cara con maquillaje y lápiz para labios. El dueño del restorán San Martín, en Villa Ahumada, era muy exigente con nosotras. Siempre andaba con que “pareces una tájuara cuando no te arreglas de la cara”. Además que, en ese entonces, a mí me gustaban mucho los hombres y darme una manita de gato en la cara me ayudaba a que ellos se animaran a hablarme.

Me acuerdo que nomás entraba yo a trabajar, por obligación, debía limpiar las mesas y trapear los pisos de cemento, después de barrerlos. Leonora, la mesera del turno de la noche, nomás se hacía pendeja que limpiaba. Por eso, a mí me tocaba hacerlo todo. Pero nada podía decirle al dueño, porque Leonora era su cuñada y, en todo, le hacía mucho caso. Matilde, la cocinera, me alegaba cuando me veía encabronada: “Ya no hagas corajes dioquis, Chuya... Mejor hazte pendeja y deja que el mundo ruede.” Pero tonta yo, porque sí creiba que era cierto lo dicho por Natalio, uno de los vigilantes del Resguardo Aduanal que siempre comía ahí, en el restorán, cuando nos platicó a todas las del turno de la mañana que él, en varias ocasiones, vio cómo la Leonora se dejaba manosear por el dueño. “Hasta en las piernas se le sienta... Y pa’ que una mujer haga eso... Es porque anda caliente con el hombre...” Mientras yo, toda azorada, agregué: “Sí, cómo no... Es re’pluma, la cabrona.”

Todas las mañanas, en cuanto empezaba el día, los choferes de los tráileres entraban como animales desbocados a joder

el alma, con "déjame darte un besito ¿sí...?" Por respuesta, siguiéndoles la corriente, yo les decía: "A la noche, mi rey..." Pero ellos, en cuanto me descuidaba, me agarraban las nalgas al pasar cerca de su mesa. Y yo, pos nomás podía rayarles la madre y apechugar.

En ese tiempo yo tenía mis dieciséis años. Mis piernas no eran tan gordas como ahora; pero no estaban tan flacas. Si yo les hubiera dicho: "Órale, les cuesta tanto..." Por mucha lana que fuera, me la hubieran dado a cambio de que me hubiera ido con alguno de ellos a un motel... Tan sólo una noche. En resumidas cuentas, por mi ignorancia, yo todavía creía que la luna era de queso; y que el dinero había que ganárselo honradamente, como mi padre pedía a mis carnalitos cuando maldecía a los de Banrural por habérselo chingado.

Más antes, cuando yo era chica, en mi casa pasábanos muchas hambreadas porque las tierras de mi papá cada vez estaban más saladas, pues así estaba el agua con que las regaba. Ya ni hierba vil daban, las pobres. Pero un día, mientras yo daba de comer a los puercos, llegó a mi casa una comadre de mis papás y les platicó a ellos: "Están necesitando una muchachilla en el restorán que está cerca de la carretera, para que sirva las mesas..." Y mi mamá, luego luego me mandó a pedir la ocupación.

El dueño del restorán, en un principio, no me quería ahí. Alegaba: "Estás muy chica y no quiero problemas con la ley..." Pero yo lo animaba. "No se preocupe, soy muy lista y aprendo pronto a hacer los quihaceres de las casas." Y él, viéndome de arriba a abajo, mientras que con un picadientes en la boca daba órdenes a la cocinera pa' que no gastara tanta manteca en los guisados, me replicaba: "Pero tú ni los mocos te puedes limpiar sola..."

Al cabo de un ratote, cuando le hicieron saber que el restorán tenía casi una semana sin que alguien sirviera las mesas, me aceptó. "Ándale, pues... Pero si vienen los del Seguro no les vayas a testimoniar que estás trabajando conmigo... Diles

que eres mi hija... ¿Entiendes...?" Y desde entonces me quedé ahí, sirviendo las mesas y barriendo el piso todos los días, aunque en la noche no aguantara el dolorón de espalda.

Con el paso del tiempo, hasta una amiga tuve. Se llamaba Aurora. Ella tenía casi los veinte años cuando yo entré a trabajar de mesera. Me acuerdo bien que me platicaba a cada rato cosas de sus novios. Malgastaba su tiempo mandando cartas a *Confidencias*, una revista que ya no se vende y en la que los solitarios publicaban sus direcciones pa' recibir correo de quienes buscaban su media naranja. "Mira, Chuya... Esta carta se la voy a mandar a mi novio que vive en Panamá...", me explicó. "¿Y dónde está Panamá?" le pregunté yo, toda idiota. La pobre, igual que yo de ignorante, me respondió: "Yo qué voy a saber". Y así, Aurora seguía rezongando, mientras que, en un sobre blanco con una dirección escrita a lápiz, metía un retrato que Mario, un amigo suyo de Ciudad Juárez y fotógrafo de Arnal Estudio, le obsequió. Era un retrato de los muchos que los clientes morosos no reclaman, nomás le varió la dedicatoria.

En una de las muchas pláticas que nos dábanos a ratos, cuando no había clientes, Aurora me preguntó: "¿Verdá que está re guapo, el condenado?" Mientras ella hablaba, yo miraba un retrato que el fulano le había remitido; y como yo, en aquel tiempo, estaba toda babosa, más que ahora, nomás le contesté: "No, pos sí".

La Aurora, como estaba pero muy fea, de pura cabrona, cada vez que sus pretendientes le mandaban fotografías personales, ella les retachaba puntualmente una dizque suya. Y les decía que la retratada era su persona. Pero, en realidad, ella tenía su cara cubierta con vello y verrugas; y aunque, de bonito carácter, a la pobre la afeaba lo gordo del cuerpo. Desde luego que, nada taruga, ella escogía los retratos que pudieran apantallar a sus enamorados. Les afirmaba que, "sé que no soy nada bien encarada, pero porque me nació mucha confianza en ti, te la mando."

Nunca se me olvidará que en aquel tiempo se andaba usando que las mujeres trajeran en las orejas unas arracadas muy grandes; y unos collares muy largos en el cuello; y, por eso, la endina escogía los retratos de las muchachas más jóvenes y más cargadas con adornos y otros colgijes. También, por si fuera poco, ella se fijaba con insistencia en que los vestidos estuvieran bonitos... Tanto que hasta daba envidia por tenerlos.

A decir verdá, lo que sí la afeaba era su letra. Como apenas sabía leer y escribir, sus renglones parecían humaredas sobre cuadernos Polito. Pero Aurora ni se fijaba en eso. A leguas se notaba que no era la misma mujer retratada y la de los escritos en las mentadas cartas de amor que ella mandaba.

En cambio el muchacho sí estaba reguapo. Él tenía unos ojos grandes y pestañudos. Era todo cejón y peludo de la cara, por la barba que usaba. Luego luego, a pesar de yo estar muy chica, me di cuenta que me gustaban sus labios por lo grueso que los tenía. Hasta le señalé con el dedo: "¡Mira qué anchos tiene los labios...!" Y ella, me explicó: "Carnosos, se dice... Pa' que aprendas."

Pa'mi edá qué esperanzas que yo fuera a saber cómo se hacen los niños. Era yo tan tonta... Pensaba y que en un descuido las criaturas salían de la saliva que se da una en los besos. Hasta una vez, cuando mi primo Amparo me besó a la fuerza y a escondidas detrás de la casa en que vivía mi familia en Villa Ahumada, yo anduve toda preocupada porque, pensaba, yo iba a tener un mocoso. Lo bueno fue que eso me duró únicamente una noche; aunque me la pasé rezando para que no fuera a ser cierto.

Del asunto de los hombres, con el paso del tiempo, aprendí lentamente. Y es que tanto se hablaba de ellos entre las meseras del San Martín que terminé por saberlo todito, según yo. Aunque eso sí, debí haber estado tan tonta que me daba mucha risa saber por primera vez que el hombre cuando hace el amor

a su mujer, le mete el conqueorina. Se me hacía como muy pelado, pero me daba risita nomás de pensarlo.

El aduanal Natalio fue el primer hombre que me hiciera proposiciones indecorosas, como las llamaba Aurora. Un día me dijo, nomás porque sí: "Ándale, nomás crece y verás cómo hasta un niño te hago..." Y yo, toda encorajinada, fui y le di la queja a mi mamá: "Me quiere para hacerme un niño, mami-ta..." Entonces ella, así como era de delicada con sus hijas y mandona en su vida, se levantó tempranito al día siguiente y se fue al restorán pa' reclamarle: "Vaya y hágale hijos a su madre..." Pero el tal Natalio no se dio por enterado y siguió masticando sus huevos rancheros, con su cafecito negro, sin voltear a ver siquiera a mi madre; y eso la encabronó más.

No me acuerdo bien, pero Aurora llegó a trabajar al San Martín después de mí, porque el dueño corrió a otra mesera porque faltaba mucho por estar recién parida y, como ni calostro daba, la criatura se le enfermaba mucho. Ella llegó todavía con sus trenzas largas y negras, casi le alcanzaban a la cintura. No tenía la costumbre de ver a las personas directamente a los ojos, cuando hablaba con alguien; siempre con su mirada pegada al suelo, como si estuviera buscando cosas tiradas. Era muy trabajadora; siempre estaba haciendo algo en las mesas. Todos decíanos: "Qué esperanzas que el patrón halle a la Aurora sin tener algo en las manos, ni estar ganándose lo que se come." De todas nosotras, ella era la más acomodada. Aunque, más bien, tenía las uñas enterradas, como decía mi mamá. Nomás pasaron seis meses y no volvió a ser la misma. Una tarde, ella llegó a trabajar con un peinado alto, a pesar del ventarrón que hacía en mi pueblo. El pelo lo llevaba embadurnado con una laca dura pa' que los cabellos se le estuvieran quietos en un crepé; los labios, a pesar de tener los dientes chuecos, los traiba pintados con un colorete rojo, chillante y barato. Y en los ojos, por su chiquitez, se puso unas pestañas postizas pa' que se le agrandaran.

Y lo peor fue que, después de la manita de gato que se dio, se sintió con ánimos de echarle los perros a Natalio, de quien yo andaba sobres. Pero el muy cabrón nunca quería que Aurora le sirviera su cafecito en las mañanas, cuando iba a almorzar y fumar sus Fiesta. Siempre andaba con que, “mejor me espero a que termine La Chuya.” Hasta que un día, la Aurora me reclamó, bien molesta: “Tú, zonza zonza, pero me andas ganando con Natalio.” Yo le respondí a la ofensa: “¡No qué va!”

Sin embargo, desde aquel pleito, Aurora dejó de hablarme. En cambio el cabrón de Natalio cada vez estaba peor. A todos tiros andaba de empalagoso conmigo y a veces hasta me llevaba regalos. “Mira, te traje estos chocolatitos, Chuya”, me ofrecía. Y yo veía que Aurora nomás me echaba unos ojotes de encabronamiento. Entonces, muy digna, yo le recalca-ba a Natalio: “No, no voy a agarrar esos dulces, porque se enoja su querida.” Pero él respondía: “¿Cómo es eso de que se enoja? ¿Quién?” Y el hijo de la chingada fingió que no sabía de qué se trataba.

Desde antes, Matilde la cocinera me había enterado de que el Natalio y la Aurora se habían pasado sus buenas noches de parranda en Juárez y que, “hasta pa’gustarle más, hizo cambios en su personalidad.” Pero la misma cocinera me advirtió: “Lo que el tal Natalio busca es carne nueva y tiernita, Chuya... Por eso se fijó en ti.”

En mi casa, nomás por el miedo de que mi mamá fuera a hacer un borlote grande, no dije nada. Además de que mi papá era tan serio que ni me animaba a detallarle cuando Natalio me agarraba de la mano y se me quedaba viendo los pechos. A veces, mis padres se la pasaban sin dirigirme su palabra más que pa’ que apurarme en mis quihaceres antes de irme al restorán. “Dale café a tu padre, Chuya... ¿No ves que ya se va a la siembra?, me ordenaba mi mamá. “Debías haber sido mejor hombre pa’ que me ayudaras en la labor”, me reprochaba mi papá.

Don Ambrosio, como le decían a mi papá, siempre era muy buena persona con todos, menos con nosotros sus hijos. Siempre nos andaba dando de manazos o nos jalaba las orejas. En la iglesia él era el encargado de sonar la campana a la hora del rosario y todos lo veían como si fuera un cura más. Lo único que faltaba era que le besaran la mano. También era apreciado por todos en el pueblo por la nieve que hacía para vender afuera del templo. Además, nomás había un empachado y luego luego lo buscaban pa’ que los sobara, porque decían que tenía las manos muy finitas. De su devoción por los rezos él siempre sacaba que fueran por él pa’ que dijera las letanías en todas las procesiones. Él solito, también, fue quien pintó con sus propias manos los retablos de San Ramón, que están en el templo, y aunque nunca tuvo escuela, le salían bien a pesar de ser lírico. Desde muchos años atrás mi papá había abandonado sus tierras para dedicarse mejor a otras cosas, porque por más que las trabajaba el salitre se las había comido toditas. Siempre decía, cuando se ponía triste, que el desierto de Samalayuca iba a terminar con todos nosotros.

En cambio mi mamá siempre se la pasaba moliendo el maíz en el metate y nunca la oí decirnos una cosa bonita ni a mis hermanos ni a mí. El mal genio, decía mi papá, le venía por el dolor de espalda que le daba por haber parido tanto mocoso.

Y bueno, si ni uno ni otro de mis padres me preguntaba siquiera: “¿Ya llegates, Chuya?”, cómo iba yo a defenderme si, además, después que dije a mi mamá que Natalio todavía me seguía diciendo cosas malas, ella me contestó: “Pos no li hagas caso.”

Mientras el Natalio se la mantenía diciéndome: “Si tú quisieras, Chuya, yo tengo una casa pa’ti solita en Ciudad Juárez... Y tiene de todo: Alfombra verde desde la puerta de la entrada hasta el último rincón; cochera que abre sola desde el carro; con piso de mármol en el baño, tan blanco que no tiene

una sola mancha. Y todo pa'ti si te decides." Pero la cocinera, toda maliciosa, me advertía: "Sí, como a él nada de eso le cuenta." Fue hasta cuando crecí que me di cuenta que todo aquello que Natalio me prometía, se lo quitaba a los fayuqueros cuando pasaban por la garita.

Durante casi un año Natalio me estuvo diciendo de cosas puercas, sin que yo le diera esperanzas a sus insinuaciones. Sin embargo, por la falta de experiencia y la mucha ambición, empecé a ponerme encima todo lo que él me regalaba. Fue así como de pronto me pinté el pelo de güero, a pesar de tenerlo muy negro; los labios me los embarraba con lipstick rojo, aunque Natalio decía que era carmesí. También dejé de usar mi pelo largo y mis faldas aquellas con las que me hacía renegar la cocinera diciéndome que parecía una viejita. Me gustó además ponerme vestidos rabones y medias de ésas que no se ven, aunque mi mamá siempre andaba con que yo lo que quería era enseñar las nalgas.

En el fondo de mí yo no era la misma de cuando llegué a el San Martín y después de un año en que Natalio me estuvo diciendo sus cosas pecaminosas. Ya hasta me daba tristeza ver pa' la estación cuando el tren se iba a Juárez, llevándose a toda aquella gente sin que yo a mi edá conociera siquiera esta suidá donde decían los níquel y los daimes estaban tirados en el suelo sin que nadie se preocupara por recogerlos.

Siempre andaba yo pensando en mis cosas: Cuando yo sea grande no voy a vivir aquí, no quiero seguir tomando agua salada como toda la vida. Además, allá en la suidá pos tendré una casa con muchos cuartos pa mí sola y con agua limpia y sin sal adentro, no como aquí que tiene una que andar buscando los charcos más limpios pa' tomar y llevar pa' los quihaceres de la casa. También estará mi domicilio bien pintado y no será de adobe como donde viven mis papás. Así ya no tendré que preocuparme de los alacranes que siempre andan en las paredes de donde vivo.

En resumidas cuentas, lo que quería yo, en mi corazón, erairme a vivir a una casa como la que me prometía Natalio; pero le tenía mucho miedo a él, luego que me dijo que nomás creciera y él me hacía un niño. Se me hacía que si me dejaba, pos me iba a doler mucho. Por eso no le seguía la corriente como a los demás, a pesar de que él nunca estuvo agarrándome las nalgas.

Una tarde, después de terminar de hacer mi trabajo, me fui a la estación. Estaba yo tan triste que me puse a ver a la gente que se iba a Juárez. Y en esas estaba cuando llegó Natalio con su uniforme verde (iba a vigilar a los fayuqueros), dando de gritos para que se detuviera el tren y él poder subirse a revisar los vagones de pasajeros que venían de la frontera, repletos con gente que viajaba del Otro Lado.

En cuanto Natalio me vio, me gritó: "¿Quihubo...? ¿Nos vamos?" Y yo me hice la tonta, como que estaba viendo para otro lado. Se me acercó: "¿Te animas, pues...?" Y la verdá yo sí me hubiera ido con él si no fuera por el miedo que le tenía. En ésas estaba cuando los muchachillos que le ayudaban a la revisión a bajar todo lo que él les quitó a los fayuqueros: Radios muy bonitos, botellas de güisqui, ropa usada, perfumes y colorettes, fierros de mecánico, latas de comida y muchos juguetes. Y todo se lo ponían en los pies, mientras él me juraba: "Por ésta que se me ha de hacer contigo, Chuya... Nomás porque tienes una cara re' chula." Entonces me ofreció todo lo que él tenía a sus pies: "Es tuyo, nomás dime cuándo", me prometió. Pero yo, toda confundida, le decía quedito: "Ya déjeme, ¿sí?" Y entonces él se reía con sus diente de oro a la vista. Ni con ese adorno se le quitaba lo feo de su cara cacariza y la nariz, casi tan grande como la cacha de su pistola; nomás resoplaba por las fosas nasales, por lo gordo que estaba el cabrón.

Era, decía Matilde la cocinera, "una bola de cebo con mucho dinero." Por eso todos le tenían miedo. Desde que llegó a Villa Ahumada, según decían, Natalio empezó a maloriar a

las muchachillas casaderas: "Mira nomás, si fueras mi mujer yo ya te hubiera sabido entretener." Y por eso le tenían mala fe todos los hombres del pueblo.

Fue para una Navidá, que me quedé sola con él en el restorán. Natalio me estuvo hablando casi toda la noche de lo que le gustaba en mí: "Si vieras cómo me intranquilizan tus ojos, Chuya..." Y yo, pos no sabía ni qué tenía que hacer pa' quitármelo de encima. Tan borracho se puso que hasta empezó a gritarme de cosas: "Eres una malagradecida... Cualquiera estaría contenta con que yo me fije en ella". Pero yo, a pesar de lo muerta de hambre me hacía del rogar. Y lo peor era que él me obligaba a tomar de su botella. "Mira, nomás te tomas una copa de éste y te vas a sentir muy contenta", me aconsejaba.

Por si fuera el colmo, ésa fue mi primer parranda. Nomás me acuerdo que yo tomaba de una botella con un sabor como anís. "Ándale, no has tomado nada", me apuraba él. Y yo, pos nomás pa' que no fuera a golpearme, le hacía caso en todo.

Nomás, de ratito, terminé de atender unos cuantos clientes, cuando, todavía tempranito, y que el Natalio me dice: "Estaría güeno que fuéranos a Juárez a dar una güelta, Chuya... Y sirve que allá te puedo comprar algunas cosas que desde hace tiempo quiero regalarte." Entonces que le pregunto: "Güeno.. ¿Y como qué, oiga?" Él me respondió: No, pos ropa, zapatos, relojes, pulseras, anillos... ¡Qué sé yo! La verdá es que se le veía a leguas que estaba feliz de verme. "No, ande... A mí no me gustan esas cosas", me le adelanté.

En ese momento me di cuenta que él me estaba viendo las piernas y me entró mucho coraje. "Déjeme", le ordené, y me retiré.

Sin embargo, no sé, pero tal vez porque el pisto que me dio se me subió a la cabeza, pero como que ya no me daba el mismo coraje con él, aunque se me quedara viendo los pechos o me agarrara de la mano. Es más, me daba risa de lo que me platicaba y me ponía a jugar con él. "Ándele, pues... Sí voy",

le prometí en el oído, en una pasadita que me di por su mesa. Y él se puso tan contento que hasta lo borracho se le quitó.

Esa misma noche, sin avisar yo en mi casa, nos fuimos en el tren que iba a Juárez. Y arriba, cuando ya estábamos sentados, pensé: "Por fin voy a conocer la suidá, sin tener que estarla soñando nomás", me dije a mí misma. No sé, pero aquello me hacía sentir como si ya fuera una mujer grande y no como una lepa de casi diecisiete años. Es que yo ya tenía ganas de estar con un hombre, por tanto oír cosas en el San Martín.

Luego, en cuanto arrancó en tren, a pesar del mucho miedo que yo le tenía, me dejé que me tentara las piernas, nomás pa' que no fuera a decir que yo era una rajona, porque ya le había dicho que sí quería yo con él. Y él engolosinado conmigo, me decía: "Es que estás tan tiernita, que te me antojas." Y yo le respondía: "Sí, mi rey", porque en ese tiempo todos eran mis reyes.

De la casa que me había prometido, lo que más me sorprendió fue lo grande que estaba y la cantidad de aparatos que ahí tenía. Esa fue la primera vez que yo vi una televisión. En un principio yo no sabía para qué servía, por lo que únicamente la veía de reojo y no fue sino hasta que la señora de la limpieza (Nacha, de apelativo) me explicó cómo se usaba, que empezó a gustarme verla todo el día, porque me hacía reír mucho.

Tampoco yo sabía entonces que vivir en Los Nogales de Ciudad Juárez, en ese tiempo, era algo importante. Llegamos y yo ni me fijé dónde fui a parar siquiera. A más que en ese tiempo no era tan pretenciosa como ahora.

Natalio luego luego se fue a una cantinita que tenía en la casa y se sirvió un vaso con algo que él le llamó güisqui. Después vino riéndose. Y nomás me dijo: "Vente, vamos a la cama." Yo me habló para mis adentros: "Debe querer que le estienda las cobijas porque vive solo." En cambio, el panzón de Nata-

lio, en cuanto entramos, me abrazó y estuvo besándome en la boca de una manera muy desesperada un güen rato. A partir de ahí sí me dio miedo el trance. Por eso yo lo apartaba con todas mis fuerzas: "Estése quieto, hombre." Pero él más me babiaba el cuello y, después de un rato, me tumbó a la cama.

Luego, como si Natalio estuviera encorajinado, empezó a romperme la falda a puros jalones con sus manotas de animal. Eso sí: Yo nomás oía sus resoplidos en mis orejas como si se estuviera ahogando por falta de aire para respirar. Y yo, pos la verdá me daba miedo que me fuera causar algún mal. Lo güeno es que pronto me vino la resignación que me mandó el Santo Niño de Atocha pa' dejarme besar.

Güeno, pues la vez en que Natalio me robó de Villa Ahumada, donde nací, él se estuvo toda la noche conmigo. Desde luego que él nomás quería estar cogiendo. Por más que yo le decía: "Es que me arde ya." Él rezongaba: "Y, ¿a mí que chingaos?" Lo güeno fue que ya en la mañana se levantó de la cama tempranito y se fue, sólo me gritó, casi afuera: "A ver si vengo mañana... Pero si no, espérame..." Y se fue sin decirme más.

Ese día no pude estar en santa paz. Yo tenía miedo de no se qué. Obra de dios que llegó Nacha, la señora de la limpieza. Ella en un principio me veía como si fuera una putilla cualquiera (después me lo platicó en la cara), por eso ni me hablaba siquiera.

Y yo, pos anduve pasiendo en toda la casa, sin saber ni qué hacer. A pesar de mi mucha hambre, nomás comía puras manzanas porque no sabía si debía hacer algo. Pero, al medio día, cuando Nacha hizo su comida, debí haberle dado mucha lástima porque me ofreció: "Ándale, vente a comer." Pero, al rato, vino el regaño: "¿Qué ni eso te enseñaron en tu casa?" No supe ni cómo pero le expliqué que yo no sabía ni prender la estufa y por eso no hice nada de comer. Entonces, cuando yo esperaba que Nacha me fuera a regañar, ella nomás murmuró:

"Viejo sátiro." Esa fue la primera vez que yo oí esa palabra, sátiro; pero nunca supe por qué lo dijo.

Con un poco de tiempo Nacha cambió. Después de todo ella también era madre. Ya no me tenía mala fe y hasta empezó a explicarme todo lo que ella sabía de la casa. "Mira, ésta es la estufa pa' hacer la comida", me enseñó. Pos yo cómo mi iba imaginar aquello si en mi casa teníamos una de las que únicamente quemaban leña y en el San Martín me mantenía fuera de la cocina todo el tiempo, llevando y trayendo platos para las mesas.

Después de mi reconciliación con Nacha pasaron como dos días y casi me sabía yo todo lo que había en la casa. Pero lo que más me gustaba era la televisión porque me daba mucha risa. Por eso me pasaba todo el día viéndola, pos no tenía nada más qué hacer.

Natalio no volvió a la casa sino hasta después de que pasó una semana. Hasta ya ni me acordaba de él cuando llegó cayéndose de borracho. A pesar de ser las cuatro de la tarde me obligó a acostarme con él. Y yo le rechazaba: "No, no tengo ganas." Pero él me jalonió del brazo y me aventó a la cama. También, a puros tirones, me rompió la falda completamente sin importarle que yo apenas la había cosido bien desde la última vez que me zarandió.

Esa madrugada, antes de volver a irse, Natalio me ordenó que yo no debía salir a la calle pa' nada. "Todo lo que quieras está aquí adentro." Y, así encerrada, me pasé casi un año, sin asomarme a la puerta siquiera. Pero eso sí, la tonta de yo tenía que esperarlo pacientemente a que llegara cayéndose de borracho pa' acostarme con él, en cuanto tuviera ganas.

Nel, pos la mera verdá ni cuenta me di cuando me deschirrió El Nano. Tenía yo tanto miedo que cuando empezó a besarme las chichis me puse a reír como loca. Y él, me acuerdo apenas, me preguntaba: “¿De qué te ríes, Güera?” Pero yo ni podía contestarle. Tamién, a pesar de que en un principio no me sentía caliente, poco a poco, cuando me fue metiendo la mano bajo la ropa, sentí unas ganas perras de agasajarle. Entonces le metí mi lengua en su oreja izquierda, pos había oído decir que eso era muy cachondo. Después no supe ni cómo le desabroché la bragueta, pos en cuanto empecé, no podía muy bien porque estaba muy duro el botón del pantalón de mezclilla que traía él puesto. Y no fue sino después de un güen rato, cuando él solito, con una mano se sacó su cosa y con la otra me desvistió y me metió todo... Pero yo no sentí nada.

Eso sí, a mí siempre me gustó El Nano por la barba que usaba. No sé, pero se me hacía muy muy. Además, que entonces se andaba usando el que los hombres trajieran el pelo largo y él, me cai, lo traía hasta los hombros.

¿Me creerían si les digo que él estuvo conmigo en la escuela y nunca antes me dieron ganas de jainiármelo? Pero un sábado me lo encontré en un pari. Andaba yo bien peda, ¿cuándo no? Él me sacó a bailar y yo le pregunté: “¿Ónde te habías metido después de la última vez que te vi?” Él me contestó que nomás terminó de estudiar la primaria en Ciudad Juárez y su jefa se lo llevó a vivir a Los Ángeles porque ella se había arrejuñado con un viejito gringo que la sacó de trabajar en una cantina del Paso.

Allá en el Otro Lado, El Nano estuvo viviendo mucho tiempo. Pero un día, al punto pedo, se vino de retache y dejó allá a su jefa. No sé si arregló su residencia, no le pregunté. Pero creo que sí porque ya hablaba muy raro, todo mocho. Igual que los chavos ésos que vienen a manosiar a las que se dejan en los discos de la Avenida Juárez, después de ponerlas hasta el gorro de pedas.

Entonces, en cuanto lo vi después que se vino de Los Ángeles, El Nano se me hizo muy güeno pa' jainiármelo. Por eso, todo el tiempo que estuvimos juntos en el bautizo del niño de Manuela, él y yo andábanos bien amarquetados. Hasta bailamos como unas tres rolas, bien pegaditos. Entonces me dijo de cachetito: "Ámonos a otra parte, porque tengo ganas de echarme unos pistos." Y en cuanto nos desafanamos del pari, salimos bien abrazados, a pesar de que ahí estaba El Chino poniéndose pedo como era su santa costumbre. O sea, el chavo con el que andaba yo saliendo entonces.

Nomás salimos (y como tuvimos que caminar hasta la Placita de Bellavista, porque allí El Nano había dejado su carro), en lo oscuro de los callejones nos dábanos unas agasajaditas leves. Nomás como compas. Me acuerdo bien que él me metía su rodilla entre mis piernas y yo entonces sentía a toda madre.

Cuando llegamos adonde estaba el carro, vi que era un louraider, casi arrastraba sobre el pavimento de las calles cuando caminaba. Tenía además unos rines cromados y unas antenas largas la chingadera, dobladas desde la parte delantera hasta atrás, cerca de la cajuela. Adentro, en cuanto nos subimos, me acuerdo bien, él prendió un esterio que sonaba muy fuerte. En ese momento oí en una forma diferente una canción que ya casi no me gustaba. Era ésa de Los Cridens, llamada Prou Mari. Y me volvió a gustar por lo bonito que sonaba en aquel aparato.

Tamién con las luces de la placita de Bellavista pude ver mejor a El Nano, pos en el pari todo estaba oscuro, pa' parejas. Él traía puestos unos pantalones guangos, una chamarra del

armi, verde bandera; además de un paliacate rojo en la frente, cubriéndole tanto la greña como las sienes.

Después de prender el carro, El Nano me dijo que atrás había cervezas en un sicspac que estaba en el asiento trasero. Tomé una curs y le di otra. En el momento de darme las gracias sentí raro que me dijiera muñeca, pero me gustó.

No sé por qué no me daba vergüenza, pero entonces no me bañaba. Me valía madre andar toda apestosa en la calle. Aunque él no hacía malos quesos. Nomás se echaba su pacholi encima, y a jainiar en el barrio.

Me acuerdo que tamién en vez de vestido, yo me ponía la ropa de mis primos. Nomás por no lavar. Siempre andaba ganándole a mi primo Emilio con sus tramos de caqui y con sus lisas vaqueras de cuadros, pa' ponérmelas. Y como yo traía el pelo corto siempre, pos nomás parecía hombre. Lo único que me faltaba pa' serlo era una chirula.

Tal vez era muy tarde esa noche que me fui con El Nano, pero en cuanto nos subimos al carro él agarró por todo El Malecón para El Chamizal. Entonces él ya estaba igual que yo de caliente, por lo que fuimos a terreno. Yo nomás me acuerdo que en el carro se oía el esterio a todo volumen y las ventanas de la ranfla estaban abiertas, pa' que saliera la música. Además, de lo peda que andaba yo, ni cuenta de cuándo salimos de Bellavista ni cuándo llegamos a El Chamizal. Yo sólo veía las luces de colores saliendo del centro del Paso, mientras que oíanos una canción. Y, de reajo, veía yo que El Nano tarariaba la rola en inglés.

Pero eso sí. Los dos íbanos bien abrazados en el carro (mejor dicho: yo iba encima de él), cuando me puse triste porque me acordé de El Chino. Y me dije: "Cómo soy méndiga... No hace ni una hora había estado con mis compas (El Domingo, El Pedro y El Chino) poniéndome una güena peda, tamién en Chamizal y, ora, aquí ando con este chavo, haciéndole de chivo los tamales a El Chino.

Ese sentimiento nomás me duró un tantito, porque en cuanto llegamos a El Chamizal nos acostamos en el zacatito y se me olvidó tocho. ¡Ah!, pero se me fue platicarles que los tres habían sido mis agasajes antes de haber encontrado a El Nano. Pero tan sólo con El Chino había durado más que con los otros. Aunque ora que me fijo, la verdá es que debió haberles valido a todos que yo hubiera andado con uno y con otro. Por eso Pedro y Domingo ya me veían como una compa más del barrio, sin ningún derecho a agasaje.

Siempre andábanos juntos (por lo que íbanos a todos los paris que se hacían en Bellavista). Hasta me cai que éranos el puro desmadre entonces. En todas las pachangas hacíanos unos pedorriones de poca, cuando andábanos hasta la madre; pero, a pesar de todo, nos dejaban entrar a todas partes, porque si no, hacíanos un desgarrate mayor.

Una vez, para que se den un quemón, no nos dejaban entrar a una boda a la que yo quería ir. Entonces Pedro, el más acelerado de todos, se soltó quebrando los vidrios de los carros estacionados en la calle, onde los invitados a la fiesta los habían dejado.

Y pa'l colmo de males, esa misma noche, yo me puse unos zapatos de tacones altos que le bajé a mi prima Paula y un vestido anaranjado muy bonito, con el que se graduó mi carnala en La Greg, como secretaria. Y todo porque yo andaba sobres de Pedro. Luego, cuando El Chino gritó: "¡Ahí viene la farola!", todos tuvimos que correr. Así como andaba yo, de modosita, no alcancé ni a llegar a la esquina. Entonces, Domingo, el que estaba cerca de mí, me jaló bajo de uno de los carros quebrados.

Nomás me acuerdo que oíanos correr a la gente pa'todos lados, gritándole y maldiciendo a Pedro. Nosotros, allí onde tábanos bajo el carro, en un principio no nos podíanos aguantar la risa, pero nos fue dando miedo al ver que cada vez se juntaba más gente, de la que salía de sus casas. Todos traían unos garrotes en las manos y hasta con

ellos les querían dar una madriza a los policías cuando no pudieron alcanzar a Pedro, porque él, saltando unas bardas, se fue a esconder en un caserío cerca del canal y no salió hasta que todo se aplacó.

Nunca he sabido cómo fue que caí bajo el carro, pero el pedo es que quedé con la rodilla de Domingo entre mis piernas, además de frente a él; por lo que en todo momento sentí su tufo a puro vinagre.

Luego de pasado el pinchi susto, me di cuenta que el güey de Domingo temblaba. Por mi parte empecé a sentir calenturita en el asunto... Y pos ¿qué chingaos...? Lo abracé. Él fue quien me enseñó a meter la lengua en la oreja. No sé si sirva, pero a mí entonces me supo de aquellita.

Ni modo. Ésa fue la primera vez que me agasajé a Domingo. Aunque yo a quien le traía ganas era a Pedro. Por eso, meses después, cuando este chavo llegó de Chicago (onde anduvo de mojarra), los batos fueron por mí a la escuela pa' ponernos una peda juntos. Nomás porque siempre les andaba jodiendo con que "déjenme nomás que venga Pedro un día de éstos y me lo voy a jainiar." Desde luego que ellos ya se habían puesto de acuerdo antes que llegáranos allá. Por eso dejaron que Pedro se sentara cerca de mí, pa' que él estuviera contento. Además, como él estaba pichando los pistos, ni fuerte le hablaban los cabrones. En cuanto llegaron por mí a la escuela nomás me dijeron: "Ora, Güera... Jainéatelo bien machín para que afloje los pistos." Pero yo les respondí: "No, cómo crén." Pero cuando ya estábanos bien pedos, Pedro estendió su mano hasta ponerla en mi rodilla izquierda.

Entonces, me cai, que de lo peda que andaba, me valió. A más que como yo tenía que usar el uniforme de la escuela, se me veían mucho las piernas. Y de lo caliente que estaba el bato, de ratito, me metió mano y empezó a frotarme ahí. Y los chavos, como si no vieran que el tal Pedro me estaba agasajando. Nomás se hacían pendejos oyendo en el radio las rolas que

Estiv Crosno (ese locutor que pone música gringa chida) estaba poniendo en su programa de la tarde.

Ya no mi acuerdo bien, porque hace un chingo de eso, pero creo que terminamos agasajándonos Pedro y yo delante de ellos, mientras que los güeyes se madriaban entre sí por un toque que les pasó el Pedro. Sin embargo el cabrón que me deschirrió todita fue El Nano, sin que me diera cuenta siquiera. Y tocho pasó aquella noche en que me lo encontré en la fiesta de la casa de Manuela. A pesar de que muchas noches me las pasé durmiendo en el carro con los muchachos nunca me metí con ellos. ¿Será porque no sentí que me embaracé luego luego?

Yo perdí mis tres centavos casi cuando salí de la primaria. Todavía en ese entonces mi papá me decía todas las mañanas de los domingos: "Cata, hija... Después de misa de doce, le cuentas al padre Manríquez que tú quieres ser monja, ¿eh?" Pero dentro de mí, algo me decía que debía mejor esperarme a que pasara el tiempo, porque lo que yo quería ser era maestra. Y todo empezó con mi entrada a la Alen Bradley, después de haberme matado como burra en La Acapulco Feichon.

En esta fábrica que les digo había un ingeniero que todas las tardes, cuando salía yo del trabajo, me decía: "¿Si quieres te llevo, Cata?" Y yo, haciéndome la muy respetuosa, le contesté: "¡Ay, no...! ¿Qué va a decir tu esposa?" Pero él me respondió luego luego, como si a mí me interesara saberlo: "No soy casado, Catita." Y ni así me fui con él. Pero el tal, bien terco, en ésas duró una semana. Hasta que el viernes siguiente, cuando me invitó otra vez a que me subiera a su carro, le capié: "Ora, pues... Pero nomás hasta el centro..." Y eso porque se me había ido el raid con el novio de mi amiga.

En cuanto llegamos al cine Edén, me dijo: "Bueno, ya llegamos... ¿Dónde te quieres bajar?" Yo esperaba que en el camino me fuera agarrar las piernas, por lo menos. Pero nada. Eso me dejó aturdida. Así que bajé sin saber si algo en mí ya no le gustaba.

El lunes (ya picada, como se dice), me esperé di adrede hasta que él saliera de su oficina pa' yo encaminarme hacia afuera de la fábrica, como si apenas estuviera yo saliendo del trabajo pa' que

me hablara otra vez. Y fue tanta mi suerte que sí lo hizo. Me dijo: "Catita, ¿quieres que te dé un aventón al centro?" Entonces yo iba cruzando la banqueta y él estaba arreglando un pendiente con otro ingeniero. "Bueno", le contesté en un modo muy seco, casi como si él estuviera pidiéndome dinero prestado.

Ya cuando íbamos en su carro, esperaba otra vez que se me insinuara en algo, pero él, muy formalito, me platicó que pronto lo iban a nombrar jefe de su línea porque le reconocieron capacidad. Y después de aquello, casi me daba el patatús. "Hazte pendeja que se te levanta el vestido cuando estés en su carro", me aconsejó Adela. Pero ni así.

Luego de un mes enterito de andarle haciendo al encapuchado y resbalándole al cabrón, yo estaba pero bien prendida del tal Roberto. Y él, como si nada. Pa' gustarle me compré unos perfumes que salen en la tele, por si acaso; pero tampoco. Me puse un vestido casi transparente y con un escote muy escandaloso, y cero. Empecé a usar un chingo de maquillaje en la cara, y nel. Entonces, ya casi decepcionada, le conté que tenía muchos amantes. Y nada.

Por fin. Casi después de cuatro meses, un día, mientras yo fumaba un salem mentolado a su lado en el carro, le insinué: "Con esa camisa te me antojas, Roberto." Y de repente, sin siquiera verme a la cara, dio vuelta a su carro, antes de dejarme en el centro como siempre, y se metió a un motel que está cerca de San Lorenzo.

Y después de aquella vez, tanto se nos hizo costumbre ir a meternos al motel que él, jugando, me decía: "¿Qué... Le suelto las riendas al carro?" Eso, entre nosotros, quería decir que si nos metíamos a coger cada vez que él me daba un aventón.

En ese tiempo yo andaba toda feliz, poniéndome mis mejores trapos pa' gustarle. Así duramos unos dos meses. Hasta que él me dijo directamente que ya nada quería conmigo y que sólo había sido un capricho porque yo me vestía muy bien. "Y es que me gustabas, pero yo nunca he querido algo serio conti-

go... Es por eso que yo no te pelaba, pero a las mujeres entre menos las busquen más se encariñan con uno", me explicó. "Está bien", le respondí ese día que me cortó y que estábamos acostados en la cama del motel. "Al cabos que a mí sí me gustó acostarme contigo... Lo demás, pos, me vale madre."

A mí, a pesar de que nomás engordé y todos en mi casa me trataron de puta, en cuanto me empezaron a dar los dolores del parto toditos mi alivianaron. Me preguntaron: “¿Te duele mucho, Güera?” Entonces, hasta mi tía Oralía del Pilar resultó con que tenía su guardado con chambritas de dos colores porque no sabía si iba a ser niño o niña, la criatura. Y yo, entre bromas, le decía: “Tía, este niño va a ser más tuyo que mío... ¿Verdá?” Y ella, entre geniuda y jugando, me reclamaba que había tenido que pagar en abonos la clínica y el doctor que me iba atender.

“No te fijes, que al cabos te va a querer más que yo”, le hacía ver yo a mi tía, mientras me traían caminando en la casa pa’ que la criatura no se me juera a pegar en la matriz. “Así que cuando ya estés viejilla, tía, no vas a estar sola”, intenté convencerla. Y entonces, de repente, me atacué de risa por la cara que puso mi tía en cuanto me oyó.

“Mira, mejor cállate y ruégale a dios que tu niño nazca bien y completo... Porque así como anduviste ahí de loca no me extrañaría que él te castigara con un hijo deforme”, me regañó. “¡Cómo eres cabrona, tía!”, le reclamé yo. Y entonces mi tío Dolores (ése que cambió su nombre por el de Isaías, cuando se hizo testigo de jiová), rodiado de varias mujeres vestidas con pañoleta y faldas hasta la rodillas, que habían ido a verme, me decía: “Arrepiéntete de los pecados que hicistes en esta vida, hermana.” Y las viejas que lo acompañaban empezaron a llorar, como si estuvieran locas, mientras que el güey de mi tío me ponía su mano en mi frente.

Y no faltaron las vecinas que empezaron a joder con sus lástimas. “¡Pobrecita...!” “¡Tan feo que se siente...!” “Lo güeno es que hace una semana pasó la luna llena, si no... Dios guarde lora... Saldría con deformidades...” “Mi primer niño fue más doloroso, pero ora ya no es como antes... Ni duele casi.”

En serio que no podía ni echarme un pedo siquiera porque las viejillas estaban siempre alrededor de mí. Y yo, nomás como tonta, riéndome de todo, porque tenía que repetir lo que me dijera mi tía Oralia, pos desde antes me lo había prevenido: “No quiero que vayas a hacer una pendejada como las que sabes hacer... Por lo menos una vez en tu vida... Házlo por respeto a tu hijo, siquiera...”

Si aquello lo hubiera visto meses antes, cuando todos los vecinos y mis tíos me putiaban en cuanto salía a la calle, no lo hubiera creído. Pero yo no les guardaba rencor, que alcabos y no por enojarme con ellos El Nano iba a volver conmigo como antes. Y eso a mí sí me apuraba.

Pero, de pronto, me empezaron los dolores muy fuertes. Y todo me daba coraje como para encabronarme. Hasta quería mandar a la chingada todo lo que estuviera frente de mí. Mi acuerdo entonces que mi tía estaba muy avergonzada con las visitas porque me solté de la lengua echándole madres a El Nano por haberme engordado. “Rebeca (ella es la única que siempre me anda diciendo por mi nombre), cálmate... Tu madrina está viendo que te portas mal”, me decía. Y yo, encorajinada por lo que me había hecho El Nano, como si nada, seguía diciendo entredientes: “Tenía razón mi tío Emiliano... El Nano es un hijo de la chingada.” Y mi tía Oralia del Pilar no hallaba ónde meterse de pura vergüenza.

Lo güeno fue que en cuanto entré a la clínica, tuve al niño. El doctor nomás llegó y dijo: “Casi está afuera esta criatura.” Por esto estuve muy poco tiempo en el hospital aquel que me llevó mi tía. Si mi hubiera seguido el dolor a lo mejor mi hubiera güelto loca.

En la cuarentena, ya en la casa, mi tía se desquitó todas las que yo li había hecho. Yo no podía ni salir a la calle siquiera. Mi tía para todo andaba dándome de gritos: “Tu mocoso está sucio, ven a limpiarlo... No importaba que yo estuviera en la calle platicando con la gente.” Y entonces, pa’todos lados tenía que traer a mi niño conmigo.

Habían pasado como unos dos meses que tuve al niño, cuando en un sábado me habló en la calle El Nano. Y él me pidió: “Muñeca, ¿ámos a bailar a la noche?” Así, como si nada hubiera pasado. Entonces le respondí yo muy ofendida: “No, porque tu niño no se puede quedar solo en la casa.” Y él únicamente se hizo pendejo como que no entendía.

De todos modos salí con él ese sábado. Y él se portó muy cariñoso. Fuimos al cine a ver una película que no entendí ni papa porque estaba en totacha. Él me daba muchos besos, muy apasionados, en lo oscuro. “Ámonos a Los Ángeles”, me pidió. “Allá ti arreglo residencia y te quedas a vivir conmigo.” Pero, finalmente, nomás llegamos a El Chamizal, onde cogimos como locos.

Ya en la madrugada, que llego yo a la casa hecha una sedita de pura pena. Lo güeno fue que mi tía se había ido a Torrión con su hermano y mi tío Dolores estaba tan dormido en la puerta sobre un cartón que ni siquiera se dio cuenta que era yo quien entró. Nomás me dijo: “Ándale, ya está la telenovela.” Y se volvió a quedar dormidote. Fue entonces cuando me di cuenta que todos mis tíos hablan cuando están dormidos.

La verdá a mí sí me dio mucha ilusión lo que me prometió El Nano. Ante todo porque mi niño iba a tener el apeído de su padre, y ésa era mi esperanza.

En la mañana siguiente yo anduve toda atontada con lo que me dijo El Nano. Me imaginaba que vivía en Los Ángeles y yo era esposa de él. Esa fue la única vez que pensé en casarme... (La de Richar, aparte). Entonces, me cai, hasta me puse a hacer comida para todos porque mi tía no estaba, nomás pa’ir acomodándome a los quihaceres de una ama de casa.

Me pasé toda la mañana lavando platos y sartenes, porque los muchachos los usaban y únicamente los ponían en la mesa de la casa. Luego, en cuanto terminé con la cocina, me puse a arreglar la sala, después de poner el radio en las polcas, en el programa Bailemos Polcas, de Silvas Supermarquet, que pasaba a las once de la mañana. Así, como le gusta tanto a mi tía cuando hace sus quihaceres.

Mis primos estaban pero asustados de verme qui andaba yo arreglando la casa. Y se burlaban de mí: “Óra tú, ¿y qué te pegó?” Pero yo no les contestaba, haciéndome la interesante. Nomás los invitaba: “Ya va estar la comida pa’ que te sientes, ¿eh?” Y ellos, atacados de la risa de verme con el delantal de mi tía, si iban a jugar a las guachas en la calle.

A pesar de que el arroz se me batió porque le puse un chorrote de agua y el guacamole me salió salado, yo sentía como que me empezaba a gustar ser hacendosa. Me decía: “Pos algún día tenía que aprender a serlo... Y qué mejor que sea con El Nano, como mi viejo...” Cuando, con todos mis años serví los platos de la mesa, mi tío Dolores dijo que él no quería comer aquello y, después, todos mis primos siguieron renegando: “Este guacamole parece mierda de niño con diarrea, Güera.” Yo me defendí: “Pos no te lo comas y no estés jodiendo.”

Después de la comida, en vez de ponerme a ver las telenovelas como siempre, me di un güen baño. Entonces los muchachos se empezaron a burlar de mí por tener un vestido puesto, pos no mi habían visto metida en uno desde que yo estaba en la escuela.

Después de mi fracaso como señora de casa, nomás terminé de vestirme, me puse a esperar a que El Nano me llamara por teléfono como habíamos quedado la madrugada anterior. Pero pasó una hora y yo me hacía pendeja con una revista *Alarma* que estaba en el sillón, en el que siempre he dormido, en la sala. Y lo peor era que llegaban mis primas y me preguntaban: “¿Vas a ir a bailar?” Y yo les contestaba: “Sí, fíjate”, porque

me daba vergüenza que me vieran vestida así como andaba nomás para ir a El Chamizal con El Nano.

Fue cuando mi propia familia empezó a joderme con que, “¿todavía vas salir, Güera?”, con el afán de lastimarme; hasta que me encabroné porque El Nano no me llamaba y entonces me salí a buscarlo en todas las cantinas en las que él se metía. Como El Nano era muy conocido en todas, nomás entraba y les preguntaba a los cantineros: “¿No está por aquí El Pocho?” (Entre ellos así le apodaban, no como nosotros que lo conocíamos desde la escuela.) Y los cabrones, tirándome los perros, me contestaban: “No, mi reina... Pero estoy yo... ¿Se te ofrece algo?” Y yo pensaba: “Pero le voy a dar la queja para que les ponga una chinga.”

Y toda esa noche anduve caminando sin que apareciera el tal Nano en ninguna parte, a pesar de que lo busqué en las casas de sus amigos, en la Placita de Bellavista, onde iba a dar sus toques de puro sentimiento porque estaba en su barrio, en las cantinas en que se metía a pistiar. Sólo me faltó ir a su casa. No mi animaba mucho, como que se mi hacía muy ofrecido de mi parte.

Como tonta, con el maquillaje que me puse y que me estaba escurriendo en la cara porque empecé a chillar, me senté en una banca, cuando las había en la Placita de Bellavista, y ahí me estuve como hasta las dos de la madrugada, sin ganas siquiera de volver a mi casa.

Y estaba que no me podía aguantar de sollozos, cuando se me ocurre la peor pendejada de mi vida: “Me voy a tirar a la pipiluya”, me dije. “¿Al cabos que ni El Nano me quiere ya”, pensé. Entonces me arranqué a la primer cantina que encontré.

De rato, ya estaba yo dentro de El Noa Noa. En la pista, mi acuerdo bien, había una pareja de negros bailando una canción de Santana. Creo que se llamaba Samba pa’ti. Los dos se movían tan bien que me estuve un rato viéndolos como bailaban y cómo las luces rojas los perseguían para iluminarlos. Entonces se me antojó saber los pasos de ellos, pero nomás

porque soy muy pendeja. Más bien ora que vengo aquí a El Jaguayan, me muevo un poco más.

Mi acuerdo que, como era viernes, pos estaba lleno el salón porque muchos chavos venían del Paso a pasársela a toda madre en Juárez. Todos estaban pero bien vestidos y elegantes, por lo que me dio un chingo de vergüenza y, en caliente, me metí al baño de mujeres a quitarme el maquillaje corrido. Después me di cuenta que no traía más que un dólar en mi bolsa. Y me dije: "Güeno, pues... Al cabos que no falta orita y me consiga quién me pague los pistos."

En cuanto encontré una mesa sola me senté y pedí una Tecate. "Me alcanza pa'dos", calculé en mi mente. Y el mesero duró como media hora para traérmela porque él andaba sobres de una güena propina de unos gringos que acababan de llegar. Mientras, pos yo me entretenía coquetiándoles a todos los que voltiaban a verme. Les enseñaba pierna, porque dejaba que la falda se me subiera hasta que se me viera nalguita.

Todavía no me llegaba la tecate cuando un güey fue y me sacó a bailar. Yo, así como estaba, no le dije que no. Entonces aquel cabrón que me empieza a apretarme contra él. Y yo le decía: "Tú no eres de aquí, ¿verdad?" Él: "No, pos sí... Y ¿qué haces?", me preguntaba. "No, pos aquí nomás." Entonces él, con los ojos grandes que tenía, me insinuó como si le diera vergüenza: "Ámonos afuera ¿no?" En eso, de reajo y sobre su hombro, vi que me estaban sirviendo la Tecate. "Mejor siéntame, ¿no?" Y lo hizo.

De rato vi que el bato, entre sus compas, andaba juntando feria. Iba y les explicaba cosas que yo no oía, por lo fuerte de la música. Y después voltiaba a verme y él me señalaba con el dedo. Entonces ellos movían la cabeza como diciendo que sí. Luego, cuando el chavo iba y les pedía lana a otros, los que ya le habían aflojado se reían y me voltiaban a ver mientras que entre ellos se decían quién sabe qué chingaderas. Finalmente el güey llegó hasta la mesa en que estaba yo y, muy agitado,

me pidió: "Ya tengo la lana, ámonos." Como respuesta, yo voltié y lo vi muy provocativamente. "Ámonos pues", le dije.

Todo iba bien, pero cuando ya estábamos en el cuarto del hotel Cuper, que me entra el miedo por lo que estábamos ya a punto de hacer. Y de repente le digo al muchacho: "No me toques." Y luego él, medio aturdido, se me quedó viendo a los ojos y yo empecé a chillar.

De ratito, ya estaba yo platicándole todo lo que mi había hecho El Nano y él no sabía qué hacer. Sólo apretaba los labios como con coraje. Nomás pasó aquello, sin pelarme mientras yo estaba a lágrima viva, él se quitó los pantalones de casimir que traía y lo puso sobre una silla mientras chiflaba muy apenitas La Cucaracha. Después hizo lo mismo con la camisa y la camiseta. Se metió al baño y después de cagar a toda madre (hasta onde estaba yo, se oían los pujidos) él se acostó a dormir como si nada. Nomás dijo: "Mira, si te quieres quedar aquí, antes apaga la luz; si no, pues cierra la puerta." Y no l'importó que yo me estuviera destrozando por dentro. Durante casi una hora estuve en la oscuridá de aquel cuarto, a llori y llori, mientras que el fulano roncaba a pata tendida. Hasta que me dije: "Sería mejor volver a la casa de mi tía, ya que ni como puta la hago."

En cuanto llegué, toqué la puerta y mi tío Dolores mi abrió sin darse cuenta de quién era yo rialmente. Siempre tiene que hacerlo porque él duerme en el suelo y cerca de la puerta. Estaba yo entonces bastante cansada, así que luego luego me quedé dormida y no desperté hasta la mañana siguiente cuando mi tío Dolores prendió el radio pa'oír l'ora.

A pesar de lo tarde, yo no me quise levantar. Y todos me decían: "Ya sabía yo que lo hacendosa no ti'iba a durar mucho." Pero yo no los pelaba. Me sentía como si estuviera cruda sin haber tomado ni gota de pisto. Fue en la tarde cuando me cambió el ánimo. Paula mi prima, por parte de mi tío Emiliano, me dijo: "Ayer por la noche que te fuiste, te habló El Nano... ¿A poco ya volviste con él?"

Nomás no me bajó la regla y yo me asusté mucho. Al día siguiente busqué a Roberto para decirle que estaba embarazada, pero el muy cabrón no se presentó a trabajar. Esa vez hasta a la iglesia fui a rezar porque qué iba a hacer yo con un niño si el padre nada quería conmigo. “¿Qué te pasa, Cata?”, me preguntaba mi mamá. Y yo nomás le contestaba: “Es que me pelié con Ramiro.” (El novio que me visitaba en la casa y con el que estaba comprometida.) Y era cierto: “El mal genio que traía me hizo peliarme con él nomás porque me quería dar un beso y yo no tenía ganas.” Mi actitud lo ahuyentó. “Me voy”, me amenazó. Entonces le respondí con toda franqueza: “Pos, tú sabes.” Y hasta el momento no ha vuelto el güey.

En cuanto me encontré a Roberto, en la fábrica, le solté el cuento. Pero él, todo creído, me vio de arriba abajo y me dijo: “Lo que pasa es que estás celosa con Rosalinda, ¿o no?” Pero, “¿qué vamos a hacer, Roberto?” Como si me hiciera un favorote, me respondió: “Llévate al Paso pa’ que te tiren al mocosso en una clínica... Porque yo no voy a perder a Rosalinda por ti... Ni creas.”

Me cai que en cuanto lo oí me dio mucho sentimiento. Yo esperaba que me fuera a decir: “Bueno, pues... Me caso contigo.” Pero no, él se portó lo más gacho posible. Y todo por una pinchi vieja flaca que se pinta mucho la cara y se pone unos pantalones muy apretados. “No, Roberto... Si tú no quieres a nuestro hijo, yo como creyente en Dios no lo puedo matar... Es pecado”, casi se la menté.

En vez de perder la paciencia, él, con toda la calma del mundo, me empezó a explicar cómo nacen los niños. "...En menos de un mes, el producto es un feto... Todavía no tiene vida", me decía. Pero yo lo que quería que me dijera era que se casaba conmigo. Poco a poco yo fui alzándole la voz mientras que los dos estábamos a la salida de la fábrica. Y él me suplicaba: "Pero no te enojés..." Mi intención era que fueran a decirle a la Rosalinda mentada todo lo que estábamos hablando y así desquitar mi coraje. Pero cuando ella (mi rival en amores) pasó por la puerta de la salida del trabajo, ni siquiera volvió a vernos. Después me dijeron que conmigo se le cayó el tintero a Roberto como mujeriego, pues tan sólo con las secres anduvo con dos a la vez.

Tanto jodí a Roberto que, en cuanto se encabronó, a jalones me subió a su carro. Entonces sí me dio miedo, y por más que veía si de casualidad me encontraba a mi amiga con su novio para que me defendieran, no los encontré.

En el carro, a manera de defensa, me puse a llorar. "Te voy a meter al bote...", le amenacé, en cuanto me repuse. "... A menos que te quieras casar conmigo..." Y él se jalaba los pelos por la desesperación mientras que yo, por dentro, me sentía contenta al verlo sufrir igualito como yo estuve el día anterior. "No se te olvide que todavía soy menor de edad y te puedo acusar ante la ley." Y así era, porque entonces nomás tenía quince años. De volada, en mí, pensé que dándole una feria a un millón de la Judicial pa' que lo metieran al tambo, podía, después de una calentadita, confesarse culpable.

Esa tarde, todo el tiempo estuvimos discutiendo siempre lo mismo. Él me alegaba que no me quería y yo lo amenazaba con hacerle un pedote en la fábrica pa' espantarlo a las viejas. "No creas que te quiero a ti", le advertía yo. "Más bien, me interesa que le des tu apellido a la criatura... Después, pos, te vas a donde quieras... No me interesa..." Y yo veía que sus ojos se humedecieron de agua, a punto de brotarle las lágrimas, como

si las palabras tuviera que tragárselas. Hasta que por fin, soltó prenda: "Mira, Cata... Rosalinda también está embarazada de mí... Y yo le prometí primero cumplirle a ella... No le puedo fallar." Después de lo que dijo suspiró como si con eso me hubiera convencido.

"Si serás pendejo", le reclamé. "No te has dado cuenta que ella nomás quiere engatusarte, y después te manda a volar." Y como siempre que se ponía nervioso, él estaba tartamudiando tanto que casi no le entendía lo que me quería decir. Al verlo como se puso, más le insistí con mis pendejadas. "Te está haciendo güey con el ingeniero Barrientos, ¿qué no te das cuenta...? Sólo quiere que tú le ayudes a conseguir otro trabajo mejor..." Finalmente, él se me encabronó: "Y, si así fuera, ¿qué?"

De todos modos, en nada quedamos. En mi casa, luego que me fue a llevar pa' que pensara mejor lo de tirar al niño, me puse a llorar en mi cuarto. Mi mamá se conformó con la explicación que mi carnal Everardo le dio sobre mí: "Le pudo que Ramiro la haya cortado; pero ya se le pasará el coraje a los dos..." Por eso no quise que nadie me molestara.

De mañanita, apenas me había levantado y estaba tomándome un café negro, que me habla Roberto por teléfono. "Ándale, vente... Ya tengo cita en la clínica del Paso", me dijo. "No, Roberto... No insistas... Tú te vas a casar conmigo. O me cambio de nombre. ¿Entiendes?"

En el fondo de mí tenía mucho miedo de perder a Roberto, a pesar de que una semana antes habíamos cortado, por lo que me aferraba a él con todo lo que podía. Pero también no me atrevía a ir a una clínica para tirar lo único que tenía de él. Se me hacía muy corriente.

Al fin, nomás para que no oyera mi mamá lo que estábamos alegando por teléfono, le dije que sí. Pero en cuanto llegué, él empezó a tratarme con mucha ternura. "No tengas miedo", me decía. "Es algo que no te va a doler ni te van a hacer daño." Y

yo me le fui encima: "No, Roberto... Eres un cabrón... No te importa que vayan a matar a tu propio hijo."

Y después de dos días de pleitos, él no aguantó y se puso a llorar como un niño frente a mí. "... Es que tú no sabes lo que yo sufro", me decía con los ojos cristalinos de lo que estaba a llori y llori. "...Rosalinda es la única mujer a quien yo he querido." Me quedé helada al oír aquello. "Entonces, ¿por qué te metiste conmigo?" Él respondió: "Yo no quería, pero tú me insististes... Yo nomás jugaba a darle picones a la Rosalinda." Casi a punto de que me diera el ataque, se la menté: "Hijo de tu chingada madre." Pero entonces me di cuenta que yo para qué quería un hombre como Roberto. "No, de nada me sirve", pensé. Y en caliente, casi sin ganas de pensarlo, me le levanté: "Órale, vamos pues a la clínica." Y el muy coyón no podía prender el carro por lo nervioso que estaba. Después de haberle hecho la lucha dos veces, él sacó su pañuelo y se sonó las narices. Yo no pude evitar sentir asco cuando, después de quitarse los mocos, con el mismo pedazo de paño, se limpió los ojos pa' que no se le viera que había llorado.

Fue después de haber pasado el puente al Paso cuando me preguntó, casi como si no quisiera molestarme: "¿Almorzastes en la mañana...? Si no, pues..." Yo le contesté encabronada: "No, no te preocupes... Ni tiempo me distes."

Apenas me acuerdo que la clínica estaba cerca del Parque Armijo. La recepción se veía muy limpiecita y toda la cosa. En cuanto entramos, Roberto quién sabe qué arregló en la admisión. Luego vino una enfermera mexicana y me pasó a un apartadito. Ahí me empezó a revisar, mientras me preguntaba: "¿Es la primera vez, señorita?" Le respondí con un indiferente "sí". Una vez en los trámites, una enfermera me indicó: "Pues va a tener que firmar aquí... No tenga miedo... Esto en América es muy legal. Además la van a atender buenos médicos..." Y ella hubiera seguido, si no le digo: "Tengo muchas ganas de miar."

Cuando regresé del baño, un doctor gringo acompañaba a la enfermera. Él, quién sabe qué cosa le dijo a la mujer en inglés que yo no entendí a pesar de que yo masco más o menos la tatacha. Más bien lo que pasó fue que habló muy aprisa. Ella únicamente me dijo: "Voy a tener que ponerle una inyección." Y yo le respondí con toda la intención de ser majadera: "Está bien... Ni modo."

Después de aquello no me acuerdo de nada. Creo que dormí mucho y cuando desperté estaba en una cama muy limpia. Entonces sí me dio mucho miedo, porque yo quería ver a Roberto. "Está afuera, esperándola", me respondió la enfermera. Y le pregunté: "¿Qué horas son? Y ella me contestó que mediodía. "Nos tardamos un poco porque hubo algo de complicaciones, pero ya está usted completamente bien", agregó. "Claro, si no se siente mal". Todavía aturdida, le mencioné: "Un poco mariada, nomás." Y ella: "Es natural." Dijo y se fue.

De rato me dejaron ir. En la sala de espera estaba Roberto. Yo ni siquiera quería verlo. "Sácame de aquí", le exigí. "Déjame nomás pagar." Y como no me hizo caso entonces, empecé a llorar. Ya casi estaba dando de gritos cuando vino la misma enfermera y me dio a tomar una pastilla. "Con esta píldora se le quita", le dijo a Roberto. "Nomás está un poco nerviosa."

En el carro, de regreso a Juárez, él no habló nada. Yo quería que me pidiera perdón al menos, pero nada. Él iba mudo, y ni siquiera prendió el radio. No que otras veces, nomás se subía y lo ponía para oír las estaciones del Paso porque le gustaba mucho el rock. "Pa' no sentirme solo pongo la música", me dijo una vez que le pregunté.

Al verlo, casi cuando iban llegando a mi casa, me dio lástima. "Bueno, pues... No me tocaba... Ni modo... Es mejor que se vaya con la tal Rosalinda... A mí, pos de nada me sirve si no me quiere", iba yo piense y piense. Y él, dejaba un cigarro para prender otro, sin habérselo acabado siquiera.

En cuanto se estacionó frente a la casa, sin voltiar, me dijo: "No sé qué decirte... Pero si no estuviera enamorado de Rosalinda sí me hubiera casado contigo..." Pero en vez de hacerme sentir mejor, fue peor. "¿Y eso a mí, pa' qué me sirve?", casi le grité. Después de haberle dicho eso, le di un portón al carro cuando bajé. Él, me dijieron después en la fábrica, duró varios días borracho y perdió el trabajo. Hace poco que lo encontré caminando en La Plaza de Armas, abrazado de la tal Rosalinda.

Yo me fui directo a la cama y ese día no fui a trabajar. Me sentía muy nerviosa, me cai. Estuve pensando que de nada valió que me aferrara a Roberto si él se fue con la Rosalinda. Lo bueno fue que me quedé dormida nomás de rato y no me desperté hasta la tarde, como a la seis, cuando me habló mi mamá toda asustada pa' decirme que me levantara a comer algo. "Sino, te va hacer daño la malpasada", me amenazó. Pero yo estaba como atontada y sin ganas de hablar con nadie.

Así, como mensa, duré hasta el día siguiente, cuando me dije: "Bueno, pos qué le estoy guardando luto a este güey... Ni que fuera quién pa' que yo estuviera así como me tiene." Y me levanté a bañarme pa' irme a trabajar en la fábrica. Entonces, como nadie sabía por qué dejé de ir al jale, pensaron que me había huido con el tal Roberto. Pero yo les dije: "Con ése, ni aunque fuera el único hombre en el mundo." Pero dentro de mí, me daba cosa por todo lo que había pasado y no se los quería decir porque a pesar de ser mis amigas eran muy chismosas. Después toda la fábrica lo hubiera sabido y los viejos me hubieran andado dando carrilla a cada rato.

En cambio, esa tarde me puse un vestido que casi se me veían las nalgas por lo rabón que estaba y como entonces tenía unas piernotas (a pesar de que en la primaria era una flacucha de piernas largas, y sin chiste), hasta las chavas se quedaban admiradas: "¡Mira nomás qué bonitas piernas tienes, Catalina!" Y Roberto, que en esos días fue a recoger sus cosas de la

oficina, nomás me veía de reajo el muy cabrón, sin decirme nada cuando me lo topé en el momento de salir yo a comprar unos Baronet, junto con Lupe, después de cenar. Luego ya no lo vi porque lo habían corrido.

No voy a decir que no me dolió lo que me hizo, pos nunca he sido mentirosa. Pero la última vez que lo vi (hará unos dos años) iban él y la mentada Rosalinda con un niño igualito a él, hasta en el pelo lacio y los ojos negros negros; pestañón pestañón. Y estoy segura que si le quito al mocoso el pantalón también hubiera tenido el lunar. La primera vez que lo vi encuera do le dije: "Mira Roberto... Qué lunar tan peludo tienes cerca de los güevos."

Supe que me dolió mucho entonces verlo como si fuera muy hombre de su casa, porque me puse de mal humor. Y a mí así me pasa cuando algo no me gusta. Esa vez fue cuando llegué a mí casa y me corté una vena con una navaja, nomás porque me quería morir; pero una vieja metiche que vive enfrente a la casa de nosotros me llevó a la Cruz Roja porque todos en mi familia puros gritos se volvían.

En la casa de Natalio me sentía de lo peor, y cómo no... Si yo nomás tenía que estarlo esperando a que llegara cayéndose de borracho pa' que me llevara a acostar con él pa' hacerme sus peladeces. Y por más que le decía yo que no me gustaba hacer aquello porque me dolía mucho, él se reía y así me enseñaba sus dientes de oro y me echaba en cara que él me estaba manteniendo. "Mira, Chuya... Te estoy pagando todo lo que te tragas en esta casa y tú ni siquiera sabes agradecermelo", casi rebuznaba de lo gordo que estaba.

A la buena que no siempre iba a visitarme porque, al igual que yo y en otras casas en el mismo Ciudad Juárez, el infeliz tenía otras muchachillas que se acostaban con él a cambio de que les pagara la comedera. Esto me lo dijo una vez que estaba pero bien cuete: "Ni creas, Chuya... A mí no me hace falta onde echar mis mecos porque tengo, así como tú, un chingo de mariposillas que me dan las nalgas si las mantengo", me reprochó. "No te miento...", me explicó. "Pero tan sólo aquí en la suidá debo tener unas diez a las que visito cuando me dan ganas de culiar." Nunca me di cuenta, pero el hijo de la chingada hasta casi me hace vomitar ahora que recuerdo cuando me comunicó que: "...Y hasta a veces se las ofrezco a mis amigos y ellas no dicen nada", enfatizó.

Después de casi un año todo estaba bien. Pero dónde una madrugada Natalio me llegó junto con una greñuda igual que yo. Y se dirigía a mí, mientras que él le levantaba a ella el vestido: "Mira, éstas sí son piernas... No como las tuyas que

están todas flacas". Entonces no supe qué hacer, nomás me puse a llorar.

Ese día Natalio se metió con ella a la recámara, mientras que yo, como una tonta, me pasé toda la noche en la sala, esperando a que saliera para reclamarle que hubiera llevado aquella mujer a mi casa, porque él siempre me dijo desde el primer día que me dejó ahí: "Ésta es tu casa y tú eres la reina de todo... Nomás porque me gusta tu carita de santa."

A pesar de todo, eran casi las doce del mediodía cuando sonó la puerta de la recámara en que ellos habían estado. Entonces yo, acostada en un sillón, me desperté de un sueñito que me eché para quitarme la desvelada de haberlos estado esperando a que salieran. En todo el tiempo nomás oía las risotadas que daba ella por lo borracha que estaba. Y le decía: "Táte quieto, Natalio... No ves que me rompes la ropa." Entonces, me daba coraje oír aquello. En cuanto él apareció en la puerta, desde afuera, le gritó pa' adentro onde estaba la fulana: "Mañana vengo otra vez, güenota."

Y yo me le acerqué, encorajinada, pa' reprocharle su falta de respeto porque él siempre me dijo que yo era su mujer. Pero él, sin verme siquiera, pasó frente de mí sin decirme nada. Iba muy apurado abotonándose la camisa y traiba los zapatos en la mano. Entonces, apenas le dije: "Eres un cabrón, Natalio." Y de repente oí el portazo que le dio a la puerta por la prisa que traiba.

A llori y llori me quedé en el sofá en que estuve durmiéndome, sin saber qué hacer ni a quién preguntarle. Pero de pronto como que se me vino a la cabeza la idea de platicarle todo a Nacha, cuando viniera a recoger todo lo que estaba tirado en la casa.

En cuanto Nacha me vio dormida en el sillón (me dijo después) pensó que me había emborrachado y ni siquiera había podido llegar a la cama. Pero, entre sollozo y sollozo, le dije todo: "...Y allá adentro está ella, dormidota y en mi cama." La pobre de Nacha sólo me consolaba: "Ya cálmate, Chuya..."

Así no vas arreglar nada", me recomendó la vieja. "...Ya sabía yo que eso iba a pasar... Nomás falta que ahora te vaya a correr como a las otras", me insinuó. Sorprendida, yo le pregunté sin querer oír la respuesta: "Pero, ¿también han estado otras aquí?" Ella se rascó la cabeza y respondió: "Pos, sí... Y hasta parece que cada vez le gustan más muchachillas al cabrón."

Toda la mañana, yo traje aquel gusanito en la cabeza. Entonces pensé: "¿Qué estarán haciendo en mi casa mis hermanos...? Rufino, el más chico debe tener por lo menos todos los dientes... Mientras que yo lo dejé apenas babiaba."

De la desvelada que me puse, por espiar a Natalio y a su putilla, toda la mañana yo anduve como modorra. Me sentaba en el sillón y luego luego me quedaba dormida. Pero en mis adentros no dejaba de pensar que me iban a correr pronto de aquella casa a la que ya me había acostumbrado. Aunque lo que más me dolía era dejar la televisión porque todo el día me la pasaba viéndola y me daba mucha risa todo lo que ahí decían. Después de mucho tiempo, antes de comer, me puse a rezar. Hasta Nacha se estrañó: "Pero, ¿qué haces niña? Debí haberme visto ridícula. "Rezo porque me van a correr de esta casa", le espliqué. Entonces la vieja únicamente menió la cabeza como si sintiera compasión por mí.

A pesar de todo, comí bien la comida. Y toda la tarde me estuve platicando con Nacha hasta que casi se nos olvidó que en la recámara estaba la plumilla de Natalio.

De pronto, cuando casi el sol estaba a punto de meterse, la fulana se levantó y lo primero que hizo fue buscar una cerveza en el refrigerador porque tenía mucha sé. "Ésta sí que es una putilla barata", me susurró Nacha en el oído. "No como tú, que te engañó vilmente."

Nanci, como dijo ella llamarse, era tal vez un año mayor que yo. Pero se veía más vieja: El pelo largo lo tenía pintado con un color dorado amarillento, únicamente en las puntas, porque en la partidura se le veían unos pelos muy negros y

gruesos. La cara, aparte de lo alargada, se le veía manchada por algunas cicatrices; además del lunar simulado con un tatuaje azul que tenía a un lado de la nariz. Y cuando se reía mostraba dos dientes cubiertos por una capa de oro, mientras los demás parecían como verdes por la comida podrida que guardaba en los entredientes.

Salió, eso sí, casi encuerada (únicamente traía encima unos calzones de nailon rojo, con elásticos negros) y su piel se le veía pegajosa por el sudor de la cama en que estuvo dormida todo el santo día. Además, de los sobacos le salía un olor a hormiga turicata que sentí cuando cruzó entre mí y Nacha, para meter la cabeza en el refrigerador.

En cuanto vio que nomás quedaba sólo una cerveza en bote de las que sobró de la parranda que tráiban entre Natalio y ella, voltió a vernos, y nos dijo sin ganas de hablar: "No me gusta el calor que hace aquí en Ciudad Juárez." Y de volada nos dimos cuenta que era del sur por la forma en que hablaba, mientras que ella buscaba entre los sartenes algo de comer.

Fue tanto el asco que sintió Nacha porque ella, sin lavarse las manos, metía los dedos para sacar pedazos de carne de una cazuela, que mejor le dijo: "Siéntese, yo le sirvo." Y ella entonces voltió a verme, pero no habló hasta que se hartó sus cuatro platos de chile con carne. Nomás repitió (o eructó, como me corrigió Nacha) y pidió un cigarro. De mala gana, Nacha sacó sus Faros y le dio uno. Entonces Nancy, sin levantarse siquiera esperó a que se lo llevara hasta onde estaba ella y nomás estendió la mano y lo prendió en la estufa.

Estuvimos un rato sin hablarnos las tres. Fue la bendita de Nacha la que le preguntó: "Bueno, ¿y usted se va a quedar aquí?" Ella, como dándose importancia, contestó: "No sé." Se veía fastidiada, como si le molestara hasta el pensar. "Pero, pensándolo bien, estaría güeno vivir aquí una temporada."

Y los días pasaron. Ella se levantaba a las cuatro de la tarde. Salía de la recámara y lo primero que hacía era tragarse

todo lo que había en la cocina. Pero lo pior era que en las dos semanas que duró ahí nunca la vi meterse a bañar siquiera. Aunque debo decir que a mí tampoco me gustaba en un principio, pero fue Nacha la que me dijo un día: "Si te bañas, a lo mejor le vas a gustar más a Natalio." Entonces ella me entregó un paquetito de un polvo color de rosita (o anaranjadito, no me acuerdo bien) que se llamaba Benzal, para que me pusiera como lavado en la vagina y así se me quitara el mal olor que no les gusta a los hombres.

También en ese tiempo que Nancy estuvo ahí, se tomó completamente todas las botellas de güisqui que Natalio tenía en la casa. Y yo, preocupada, le decía a Nacha: "Es que él va a pensar que fui yo." Pero ella, me replicaba: "Tú no te priocupes, en cuanto venga yo misma le aviso que fue ella la que se las chupó... Nomás pa' que vaya viendo a quién mete a su casa".

Pero las botellas nomás le duraron unos días. Entonces empezó con que "orita, si viene Natalio, le dicen que estoy de vueltecita... Nomás me echo unos tragos en La Rueda." Y no volvía la muy descarada hasta las cuatro de la mañana, cayéndose de borracha y haciendo un escándalo de los mil demonios con sus gritos pa' que yo abriera la puerta.

Lo malo era que yo no le hablaba pa' nada. Así me lo decía Nacha. "Debes darte a respetar como la mujer de esta casa... Si no, pos a cada rato te va a traer a más viejas... Y eso no está bien, digo."

Me acuerdo que después de muchas borracheras, un viernes que salió, la putilla ya no volvió. Y cuando por fin Natalio se apareció en la casa, luego luego le di la queja: "Y se tomó todas las botellas... Todos los días se emborrachaba..." Él nomás hizo un gesto como de desprecio que nunca he sabido contra quién iba dirigido. Y dijo: "Eso me pasa por andarme metiendo con putillas callejeras."

Entonces, aprovechando que él estaba de güen humor, le hablé de que yo quería regresar a Villa Ahumada porque tenía

el pendiente de mis papás. Pero él se enfureció y me amenazó con golpiarme mucho si le seguía dando lata conirme. “¿No ves que tú eres mi mujer?”, trató de convencerme.

Al fin, cansada de estar en aquella casa sola y sin nada que hacer, me salí a la calle en una tarde en que había muchos carros (y yo no estaba acostumbrada a ellos), pero a pesar de eso, anduve en toda la suidá buscando la dirección que me dio Nacha. Y cuando la encontré, una mujer flaca, con el pelo chino y la voz chillona, me recibió. “Me manda doña Ignacia Aparicio”, le dije. Y entonces le entregué el papel que me escribió la única amiga que he tenido en Juárez desde que llegué, en el que ella le pedía la caridá de ayudarme a averigüármelas pa’ conseguir un techo en que dormir. “Tá güeno”, me dijo. “Puedes quedarte aquí... Y que conste que lo hago por mi comadre nomás...” En menos de una semana, como ya sabía la movida, conseguí un trabajo de limpiar y atender las mesas en una flautería que está todavía por La Chaveña.

Sin embargo, no fue sino hasta que ya no me salía sangre por ahí, cuando toda apurada le pregunté a Nacha (un día que me la encontré en la calle) que qué sería. Y ella, así de tranquila como era, me dijo: “Es que vas a tener una criatura.” Desde entonces me vinieron los ascos, los mareos y las ganas de comer tierrita, sin que yo supiera el por qué.

La que sí me da mucha lástima, por haberse echado a la perdición su puritito gusto por los recochinos hombres, fue mi prima Meche. Dios me perdone y la guarde en su santo seno... Pero, para mí que fue eso lo que hizo que ella terminara en esa forma en El Lote Bravo. Dicen que, cuando la hallaron, ella tenía su cara casi toda desfigurada por los golpes que le dieron antes de matarla. Además, en su cuello había también huellas de que la ahorcaron pa’ matarla, según apareció en *El Diario de Juárez*. Los doctores también dijeron que la habían violado tanto por detrás como por delante... Todavía me da escalofríos cuando me acuerdo la cara que puso su amá cuando vio su retrato en el periódico... Y lo pior fue que la sacaron así, sin ropas, casi...

¿Pensar que en un principio ella iba y le decía a su mamá: “Orita vengo, voy con Cata a bailar un rato... Y la dejaba?” Pero ahora no me pueden ver ni en pintura en su casa y yo no sé ni por qué.

¿Se acuerdan de ella? ¿Tú Chuya? ¿Tú Güera...? Me lleven con ustedes. Sí, cómo no. Pos si siempre andaba conmigo. Era muy alegre, la cabrona... Ella siempre traía la boca pintada con un lipstick morado y rimel con sombra azul en los ojos. Hasta una vez, en aquella mesa en que está el chavo de la camisa blanca, cerca de las luces azules, le dijiste: “Mira, ¡qué bien te quedó el rubor en los cachetes! ¡Ojalá que así me quedara a mí...!” Pero ella, así como era de cortona, te contestó Chuya: “Es la percha.”

Bueno, pues. A ella sí que la escogieron en La Nilsen porque vestía muy bien. Dice que en esa maquiladora nomás le dijo uno de los gerentes: “Muchachas como usted necesitamos...”, y la pusieron luego luego a contestar los teléfonos. Ahí, pos tenía la puritita chanza que la vieran abogados y gente muy educada. Pero a ella le gustaba bailar cumbias aquí en El Jaguayán. Por eso venía todos los viernes por la noche.

Hasta una vez se consiguió un pocho, lo traía como pendejo. Ella dice que casi tenía sueño cuando llegó un chavo y la sacó a bailar. Entonces, abrazados, él le platicó: “Soy de Los Ángeles, pero vine con mi sister a pasar el verano.” Y ella, pero bien maliciosa, no le creyó, pensó: “Este güey cré que nació ayer... Se quiere hacer pasar por pocho...” En el momento de pagar, el bato sacó algunos dólares. “Es mojado”, se dijo ella misma. Fue como a las tres de la mañana cuando Meche sintió hambre. De volada le cayó al chavo con una hamburguesa, pero él la rechazó. “Es mejor un serluán”, le corrigió. Entonces ella, por seguirle la corriente le capió: “Ora, pues”.

Afuera, en una ranfla pero bien chida, pensó Meche: “Este cabrón me quiere coger.” De todos modos se fijó que el carro tenía unos asientos reclinables y vidrios polarizados. Hasta a vainilla olía la chingadera. “Me cai que todo eso era pa’ sus trasas con las chavas”, me dijo Meche al día siguiente, en misa.

Pos nada que la llevó a La Fogata a comerse un trozo de carne asada con cebolla. Entonces, ella sí se agüitó por su vestido. Porque han de saber que como a las diez de la noche, en El Jaguayán, un güey bien pedo le cayó encima, echándole en su uniforme de los bailes la cerveza que él traía en la mano, porque ella, después de todo, nomás tenía de verse ese vestido. Después de cenar, hasta mi vida le decía. Y ¿cómo no? Si estaba pero re’ querido el güey. Tenía unos ojos verdes claros a pesar de ser moreno, con el pelo bien negro... Hasta achinado. Era bien fortachón (como dicen) porque allá en Los Ángeles jugaba fútbol americano. Así que imagínense los abrazotes que

le daba a la Meche. Aunque también ella estaba muy muy. Era una chava de las que se ponían todo lo que sale en la televisión. Igualita a las que salen anunciando las pendejadas que se pone una cuando anda sobres de alguien.

¿Qué crén? Pos que la Meche ya no quiso regresar a El Jaguayán. “No, mejor vamos a El Jota Dobleú”, se la soltó. “Ahí ponen música disco como en Los Ángeles.” Y el pocho nomás dijo: “Oquei.” Era la primera vez que mi prima iba a esos lugares, pero en el camino iba chingue y chingue: “Yo no voy siempre adonde me encontrastes... Fui por mi prima Cata... Pero ella se fue sin avisarme. ¿Te das cuenta lo malagradecida que es?” Y al día siguiente, se disculpó conmigo. “No te lo presenté porque en la forma en que te pintas la cara, él iba a pensar que andábamos fichando.” Desde luego que le valió madre mi encabronamiento y siguió hablando como pendeja: “Me dijo que el sábado me iba a llevar a bailar al Paso, pero no quise decirle que no tengo pasaporte... Me dan ganas de pasar-me como americanciri... ¿Cómo la ves?”

En cuanto llegaron a El Jota Dobleú, ella empezó a pedir sus Medias de Seda porque no sabía otros nombres, y como estaban bien güenas, se atacó un resto. Entonces bailaron como hasta las cinco de la mañana. Fue cuando salieron de ahí que le dio la patada por los pistos. Lo único que Meche alcanzó a ver fueron las luces amarillas de los carros que pasaban frente al disco. Todo se le desvaneció y las piernas se le hicieron como de hule.

Jenri Chávea (díganme si no era pocho el condenado), apenas la pudo agarrar del brazo, porque se caía al piso. Pero eso no fue lo peor. Cuando ella estaba casi en el suelo empezó a guacariar. “Es que me hizo mal un burrito que me comí al mediodía en la fábrica”, le dijo. Y él: “Don guorri, is oquei.” La pobre por más que trataba de contener el vómito, le salía más. Así se aventó unos diez minutos en el estacionamiento del discoteque.

A Meche lo que más le agüitaba era que pasaban los gringos que también habían ido a bailar al mismo lugar que ellos y, por lo encandilados que salían de El Jota Dobleú, pisaban la basca de mi prima.

Después que voltió el estómago al revés, él se sacó su pañuelito y se lo ofreció muy padremente. “Pero, se va a ensuciar”, le previno Meche buti avergonzada. “Está bien”, respondió él. Ella lo tomó, pensando: “Alcabos y mañana lo lavo y se lo entrego hasta perfumado.” Un rato después, dos perros (de esos que nunca faltan) estaban comiéndose los restos del mentado burrito de pierna de puerco que ella se echó frente a La Nilsen, mientras Meche se sentía chinche.

En el carro, Meche nomás se repuso y empezó a decir pendejada y media: “Quiero oír mariachis...” Ni nunca tú. Ella si mucho conocía a los charros que salen en la tele con Raúl Velasco.

Eran casi las cinco y media de la mañana cuando llegaron a El Mariachi Bar. En cuanto se sentaron, ella le decía a los meseros: “A mí tráime Medias de Seda”, como si ellos (los meseros) fueran sus conocidos desde hacía mucho tiempo atrás. Entonces, el chaparrito que los atendió estaba pero bien encarbonado porque ya se quería ir a dormir. Cuando puso la cerveza de Jenri y el pisto de Meche en la mesa, le dijo a ella: “Lo que se le ofrezca, señorita.”

La idiota de mi prima se sintió en las nubes porque no sabía que a su pisto le había puesto un chingo de vodca. Después de dos tragos, ella estaba otra vez hasta la madre. La música del mariachi la enloqueció y ella le cantaba ofrecidamente a Jenri al oído: “¿Sabes de qué tengo ganas?”, repetía con su voz de gallo borracho.

Por mi parte, a mí nunca me afirmó ni tampoco me negó que esa noche no se hubiera acostado con su nuevo novio. Cuando le pregunté: “Bueno, ¿de pérdida te lo echastes?” Me dijo: “No, ¿cómo crés?” Sin embargo dice que con él se pasó

toda la noche. Hasta las seis de la mañana que fue y la llevó a su casa. “Déjame aquí...”, le decía ella. “No, no güei”. Él le contestó en inglés. Pero ella no quería que viera él la casa en que vivía. A veces ella se quedaba donde vive la tía, aquí en Bellavista. Principalmente cuando debía levantarse a las cinco y media de la mañana pa'irse al trabajo a la maquiladora. Pero su mamá (ora, mi tía), siempre ha vivido allá por la Insurgentes... Ni camiones van, tú.

Y él quería dejarla ahí. Hasta que se le ocurrió exigirle: “Déjame aquí Jenri...” Porque iban pasando por la casa de su tía. Después, con tal que se fuera rápido, ella le dio un chingo de besitos. “Éste es el último, y te vas derecho a tu casa porque yo soy muy celosa.” Y él: “No, nomás otro...” Entonces ya estaba amaneciendo y el foco de la casa de la tía de Meche todavía seguía prendido. “Nomás con que no se le ocurra a mi tía Elena salir a barrer, porque si no qué chinga me pone...”, pensaba Meche, mientras el tal Jenri le tocaba las piernas. “Ya... ya ves... Tú no me respetas... Eres igual que los demás...” le reprochaba al muchacho, casi haciéndole pucheros. “No, jani. Don sei dat”, respondía el fulano.

De rato, las ventanas y las puertas de las casas se abrieron y el mustang de Jenri todavía estaba ahí parado. Entonces, varias mujeres que salían a comprar la leche a la tienda de la esquina vieron que el vestido de Meche, con todo y fondo, estaba escandalosamente alzado. “Debería tener más cuidado con Meche, señora... ¿Quién sabe qué intenciones haiga tenido el hombre con quien ella estaba a esas horas fuera de su casa?”, le dijeron después a la tía Elena las vecinas.

“Pero, ¿deveras vamos a bailar el sábado al Paso?”, suplicaba él. “Sí, papito... Pero ya vete ¿no?” Y al contrario, él le insistía: “...Nos casamos y te vas conmigo a Los Ángeles.” Y ella: “Sí, claro... Pero quita tu mano de mi rodilla, ¿sí?” Con aquello, hasta la peda se le quitó a mi prima Meche. Entonces ella empezó a morderse las uñas de los dedos por lo nerviosa

que estaba. "Mai fader es de Chihuahua y mai mader de Los Ángeles... Pero e'a tamién habla español, ¿iu nou?"

Apenas se estaba brincando Meche la barda para entrar a la casa de su tía Elena, después que se fue el pocho, y chíngale que antes de entrar se cayó y se dio un marranazo. Entonces salió la tía y la empieza a regañar: "Eso te pasa por no tener temor en Dios... Un día de éstos..." Y que suena el teléfono: "Es pa'tí, Meche". Ella contestó: "Bueno... ¡Ah, eres tú...! No, no puedo ir a almorzar contigo... Me están regañando..." Mi prima estaba a punto de perder la paciencia, cuando casi le gritó: "Mira, Jenri... Cuando en México los familiares regañan a una muchacha, ella no puede salir a la calle hasta que se les olvida que se portó mal... ¿Me entiendes...?" El pocho, casi desanimado, replicó: "Bueno... ¿Al muvis...?" "Tampoco...", casi gritó Meche.

Era tanta la lata que el tal Jenri le dio a mi prima, que su tía Elena mejor le dijo: "Ándale, mejor vete a dormir." Pero él, toda la mañana, le estuvo llamando del Paso.

Nomás despertó Meche, se le olvidó su nuevo novio. Aunque esa noche, cuando su mamá la mandó a misa pa' que se le saliera el diablo y a mí pa' que se me quitara lo geniuda, me estuvo platicando de él. Pero como algo divertido que le había pasado la noche anterior. Y hasta ahí.

Antes de morir no era la misma, la pobrecita. Ya no estaba como antes. Con decirles que se volvió caderona y la cara se le veía como de treinta años, cuando apenas tenía unos veinte, si mucho. Estaba muy acabada... Pero lo peor fue el carácter que se le agrió y siempre andaba gestosa en todas partes.

Y todo porque una vez salió con uno de los que tocan con Los Silvers. Lo conoció en El Malibú, donde se meten mucho las chavas que jalan en las maquiladoras. Después, en cada tocada que tenían ellos, iba ella sobres. Muchas veces nomás para ver al fulano. La Meche se perdió, pero bien gacho.

A mí me tocó ver cómo llegaba primero que nadie a los bailes para alcanzar mesa frente al conjunto. Rigoberto (me

parece que así se llamaba) nomás la veía y hasta mala cara le hacía. Pero ella terca. "Es que me gusta que no me pele", decía cuando le reprochábamos lo pendeja que era. Y que nace su primer niña. "Así por lo menos tengo algo de él, ¿no crén?" Nos decía la muy atarantada.

En su casa todo mundo le dijo puta. En un principio ella se asustó con la palabra, pero nomás creció un poco su niña y la mamá se encariñó con la criatura, mientras que Meche empezó con que "mamá, ahorita vengo... Voy con mi tía Elena a llevarle sus productos Eivon."

En cuanto salía de la casa, le gustaba subirse a los carros que la invitaban. Con decirles que una vez en México (la capirucha), junto con su hermana Patricia, donde fue a visitar a su madrina, tuvo una amarga aventura. Entonces, allá por la Colonia Roma (cerca del Viaducto Miguel Alemán y la Avenida Insurgentes), conocieron a unos güeyes que les dijeron que eran guaruras de Jacobo Zabloudosqui y las invitaron de volada a bailar: "Vamos, miren: En El Lugar se está presentando El Loco Valdés", dijo El Ferna. "Sí, vamos... Al cabos que hasta nuestro paisano es... ¿Verda tú?", le dijo a Paty.

Esa noche, Meche tomó mucho: "Mira, ¿a qué sabe éste?", le ofrecían. Y ella, como tonta, nomás decía: "Como que tiene menta ¿no?" A pesar de que ya tenía más resistencia al pisto, se puso hasta la madre. A cada rato Paty tenía que estarle bajando el vestido porque se le escurría cuando se movía.

"Llévennos, pues, a la casa ¿no?", decía, y se le trababa la lengua. "Esperénsen un rato... El chou que sigue es muy güeno", le respondían a Patricia. Entonces el fulano que le tocó a Pati le insinuó: "Deberíamos irnos a dormir, ¿no?" "No, pos sí", dijo ella a lo pendejo. "Órale, mi Ferna... Las señoritas se quieren ir a dormir... Vámonos con ellas."

No había manejado tres cuadras cuando el tal Ferna dijo: "Aquí mero." Enfrente estaba un hotel chafa. "Pero dijeron que nos iban a llevar a la casa", reclamó Patricia porque Meche

balbució. “Es que, pos está muy lejos... Ahí mañana las llevamos...” A regañadientes, Pati capió: “Tá güeno.” Pero ustedes en un cuarto y Meche y yo, en otro... Si no no”. Y ellos: “Juega, pues... Pero vamos los cuatro a tomarnos la última a un cuarto, ¿si?” Y Paty: “Bueno, pero luego se van a dormir ¿eh...?”

Entonces, sentados alrededor de la cama, empezaron a tomar una botella que El Ferna sacó del cabaré. “No, pos las chavas de Chihuahua son rete a toda... Una vez, aquí mi compadre Paco y yo nos fuimos a Acapulco con dos di allá que eran, pero bien güena onda... Y nos platicaron muchas cosas de su tierra... Hasta estábamos pensando darnos una güeltecita por allá, porque las niñas son pero bien altotas y con su piel muy blanca... No como aquí...” Patricia nomás hizo un gesto, sin ganas de reírse. En ésas estaban cuando Meche se levantó y dijo: “Mi bolsa, ¿dónde está?” Alguien dijo: “Está en mi coche...” Uno de ellos se ofreció: “¿Si quieres vamos por ella?” “Ándale, pues”, dijo Meche. Y en caliente salieron dejando a Patricia con El Ferna, sola en el cuarto. “¿Cómo que se están tardando mucho?” El tipo, muy de traje y toda la cosa, le explicó a Paty mientras tomaba coñac y fumaba un cigarro rubio: “Es que están en el otro cuarto... Nosotros también deberíamos hacer lo mismo que ellos, ¿no crés?” Y ella: “No... Yo no soy de esas”, lo rechazó. Pero él le sugirió: “Nomás me doy un baño y nos acostamos, ¿eh?”

En cuanto él se metió a bañar, Patricia salió corriendo a buscar a Meche. “Me quiso abrazar y por poco me besa...” Pero la Meche trató de calmarla: “Ya, pues... No es para tanto”, dijo Paco, subiéndose los pantalones, muy molesto, mientras Meche ni se cubría con las sábanas de la cama. “Total: Si no quiere, pos nos vamos”, amenazó El Paco. “No, papito... Lo que pasa es que ella apenas tiene catorce años... Nomás con que Ferna la convenza.”

La cabrona de Meche estaba en la cama encuerada y toda despeinada. Y al verlos, Paty se dio cuenta que sí era como le

había dicho Ferna. Después, casi a empujones, Meche aventó a Paty al cuarto en que estaba El Ferna... Pero parece que también a ella le gustó, porque pasó la noche ahí. Luego cada año las dos tenían una criatura cada una, como si estuvieran jugando competencias. Sin importar el padre. ¡Ah, pero eso sí: Cada uno de los mocosos se llamaba igual que el fulano que se los hizo! Y yo lo sé porque, aparte de prima, soy comadre de las dos. A una le bauticé una niña (que se murió de pulmonía, porque Paty la dejó con una lepe de doce años, mientras que ella andaba bailando en El Querlis; la criatura durmió con la ventana abierta en pleno tiempo de frío) y a La Meche, un niño... Que ahora por ahí anda el pobre huerfanito.

De tanto perseguir a El Nano pa' que me cumpliera con el niño que me hizo, terminé por cansarme completamente de mi tía Oralia del Pilar. Antes, por lo menos, yo le tenía un poquito de respeto. Pero llegó el momento en que una mañana le rayé la madre porque me anduvo gritando desde la ventana de la casa: "¡De perdida ven a darle de tragar a tu mocoso!"

Me acuerdo que ella, en cuanto oyó que se la menté, puso unos ojotes como si nunca en su vida se la hubieran rayado, ni tantito. Y en vez de regañarme y pegarme como cuando yo era chica, ella se soltó llorando con mucho sentimiento.

"Es que El Nano no me hace caso", le explicaba yo, como si estuviera yo pidiendo perdón. Pero ella se puso sus manos en la cara y todo el tiempo estuvo diciendo que "...Mejor hubiera sido morirme aquella vez que me llevaron al hospital toda tembeleque...", porque nada tenía qué hacer en esta vida, si ya sus hijas tábanos mal educadas. Y yo, como tonta, le seguía explicando: "Ya he ido un chorro de veces a la casa de Manuela y le dejo recados que el niño necesita leche; pero él ni siquiera me deja dicho algo de retache... No sé qué voy a hacer, tía." Pero doña Oralia entonces, se quería matar porque tampoco ni siquiera se casó por estarnos cuidando, como le prometió a mi jefa cuando murió de tos con sangre.

Entonces que entran dos de mis tíos y, uno de ellos, le dice: "¿Qué te hizo esta cabrona, Oralia? Y mi tía estaba tan metida en su lloradera que no pudo hablar ni una palabra pa' decirles quiénes le había mentado la madre. Lueguito se volteó a mí

y me gritó: “¿Qué li hiciste, hija de la chingada...? ¿No te conformas con que ya te la comiste en todos estos años que estuvo manteniendo?”, me regañaban uno y otro, mientras se me venían encima como si me fueran a golpiar.

Y yo nomás les aventaba las palabras a la cara y ellos no las querían entender siquiera. Estaban bien fúricos. Tenían casi de fuera los ojos cuando me miraban y, además, golpiaban con las manos en cualquier cosa que encontraban cerca dellos. Sin embargo, lo peor era que a mí las palabras no me salían fácilmente: “No li hice nada, nomás se la rayé.” Y él, se me vino encima: “¿Te parece poco?” Entonces que me agarra del brazo mi tío Juan, el dueño de la casa, pa’sacarme de ahí a la calle.

Ni cuando me metí a la iglesia El Carmen y llegué hasta el altar completamente borracha, me hicieron tanto escándalo a pesar de que empecé a gritarle al Cristo que estaba frente a mí: “Llévame, no seas desgraciado”, como esta vez que les digo que le rayé la madre a mi tía Oralia.

Esa vez de la iglesia, mi acuerdo, yo miraba el Cristo que veía pal cielo, sin pelarme; con sus ojitos vidriosos. Y por más que le gritaba, él seguía ahí, tieso y con una cara de mucho sufrimiento qui ahora que mi acuerdo, me causa estremecimiento.

El rebane de todo esto fue cuando el viejerío que estaba ahí en el altar, pegó el grito en el cielo al ver que estaba yo con una chichi de fuera, salida del brasier y de la blusa.

De rato, nomás mi acuerdo que fueron con el chisme a la casa. Y hasta le dijieron a mi tía: “Está, pero bien encuerada frente al altar...” Ella, entonces, igualito a cuando le rayé la madre, se puso a chillar de puro sentimiento guardado en el pecho.

En eso gruñó mi tío Emiliano, que estaba llenando un crucigrama viejo que había salido en *El Mexicano* de la semana pasada, y dijo: “Yo voy, sirve que le pongo una chinga pa’ que se le quite... ¡La muy descarada...!” Por mi parte, yo estoy se-

gura que fueron las rucas que estaban arreglando la iglesia pa’ las posadas, las que fueron con el borlote a mi casa. Pero la verdad nunca me llamó la atención saber quiénes habían sido.

Lueguito vino mi tío Emiliano sobres de mis güesos y bien encabronado por lo que habían dicho. En cuanto entró a la iglesia, empezó a gritarme pendejada y media muy culeramente. No li importó estar en la Casa de Dios, como se la jalaba diciendo cuando él nos daba doctrina a todos los lepecillos que más antes había en La Chaveña.

Mientras yo, pero bien calmada porque ya casi me estaba rolando en una de las bancas de la iglesia, no quería salir cuando mi tío me jaloniaba. Pero él, a punta de empujones, me sacó con muchos güevos. “Hasta tú, Cata, le dijistes, cuando ibas a visitar a Teresa, la que vive en La Chaveña: “Cálmela don Emiliano... Orita se aliviana La Güera”. Y él, chinga y chinga, me daba guantadas en el lomo bien fuertes.

Afuera, como era tiempo de frío, todas las puertas estaban cerradas en las casas de enfrente. Sólo se dieron cuenta del pedo, el padre Conti y las viejillas que estaban rezando entonces frente a la Virgen. Pero el condenado cura ni pío dijo. A lo mejor pensó que si hablaba yo le reclamaría cuando anduvo conmigo. “¿Te acuerdas, Cata?” Y yo le decía: “Hazme un niño, antes de que te vayas a Italia.” Nomás porque me gustaba su barba partida. Y él, mocho mocho, contestaba: “Bene, bimba”, así como el pan. Por eso, en un tiempo agarré la maña de decirle El Bene, y nadien sabía quién. Ni tú Cata, hasta que te platiqué.

Hace tanto tiempo que ya no mi acuerdo bien, pero creo que me sacó mi tío de ahí onde estaba en la iglesia a puras cachetadas. Yo nomás oía tronar mi pobre cuero de la cara. De todos modos yo seguía como si nada. Entonces me reía cuando el pezón de mi teta derecha se me salió y mi tío, hecho un coraje, me la agarraba con la mano y la metía debajo del brasier. Luego le decía yo: “Tío, me quieres cachondiar ¿verdá?” Y me reía como loca.

Al ver aquello, las ruquillas que estaban en la iglesia se santiguaban espantadas con lo que yo había hecho. Tamién, de cabrona, me dejaba yo caer de adrede en el piso y la falda que traía puesta se me escurría hasta la cintura.

¿Cómo ves, Chuya? Pero lo pior es que en ese rato ni calzones traía puestos. Se me habían quedado en el carro de El Nano. Mi acuerdo bien que tamién afuera hice un escándalo, porque cada vez que pasaba un carro, gritaba: “¡Nano, devuélveme mis calzones...! ¡No seas méndigo!”

Entonces la que estaba muy apurada eras tú Cata, ¿te acuerdas? Me decías: “No sé, Güera... Pero a mí sí me da mucho sentimiento ora que andas con El Nano... Éste, pos hasta a las cantinas te mete a tomar... Por eso, la vez que te vi salir de El Seveniseven con él abrazada, me dio mucha priocupación. Claro, tú siempre me has dicho: “Mira, Cata... Nomás dinero nunca voy a recibir aunque me meta con cualquiera.” Además que en El Seveniseven se meten puros parnas, y pa’ mí que acostarse con un negro es de lo piorcito. Nunca lo he hecho, pero dicen que güelen muy feo.

Y por más que ni quería pelarte Cata, tú andabas con que: “¡Ay, Güera!, ¿si supieras lo que me dijeron de ti...?” Hasta tu tío Emiliano le reclamó a su mujer cuando le dijo: “No sé por qué ésta anda ahí haciendo sus cochinas... Debería, ya que las da gratis, mejor cobrar pa’ que desquitara... Así a lo mejor sabríamos que lo hace por necesidad.”

Pero mi tío Juan, el día que le rayé la madre a Oralia su hermana, casi a patadas me subió en su Buick y me llevó hasta El Tribunal de Menores, onde me dejó encerrada que porque nadien en la familia podía conmigo.

Eso sí. A pesar de estar encerrada en El Tribunal de Menores no dejé de mandarle recados a El Nano pa’ que fuera por mí. “Dile que tengo mucho que decirle...”, le pedí a La Malú, una chava que se juntaba en La Placita de Bellavista pa’ darse sus toques y, que esa tarde, me iban a soltar porque yo ya tenía

mis cuatro meses destar adentro: “Pero también dile que hasta un niño tuve de él...” Y él ni sus luces. Pero yo me la pasaba todo el día en el sol, pensando: “¿Qué le habrá pasado...? ¿Estará enfermo...? ¿Lo habrán metido al bote...? ¿Se habrá güuelto a Los Ángeles?” Las demás chavas se me acercaban pa’ decirme: “Ya chale... ¿Es que no te agüita estar todo el día a zasizás con ese bato en la cabeza?”

Tamién en las noches no podía dormir por la priocupación. En ese tiempo le prometí a todos los santos miles de cosas, pero ora únicamente mi acuerdo de San Lorencito. A él toavía debo una manda de irme de rodillas hasta su iglesia. No sé por qué no me ha castigado con alguna quemada (porque dicen que así se desquita él con los que no le cumplen lo que le prometen), pero ni a mí ni a nadien en mi familia le ha pasado nada.

Tampoco me daban ganas de comer los frijoles aguados, sin sal y mal cocidos, que nos servían a la descarada en botes de Tecates o en lo que tuviéramos entonces a la mano. Mucho menos el atole de masa, tamién aguado y sin azúcar, con que las chavas detenían un poco l’hambre.

Después de cuatro días supe algo de El Nano. Y eso porque La Malú volvió a caer en El Tribunal, por andarse metiendo en el Hotel Verde (ése que está en Bellavista) con gringos y después que uno dellos se durmió, ella le voló la cartera con mil dólares.

Sin embargo, nomás porque ella se dio una pasada con pastillas de puro gusto y la policía la encontró caminando en la calle de lo jai que andaba, me tuve que esperar hasta el día siguiente pa’ que me platicara algo, de perdida. Todo el tiempo anduve yo alivianándola con el brete de que me dijiera qué me había contestado siquiera a mi recado. Y por más que le preguntaba: “Güeno, ¿y lo viste por lo menos?” Pero ella nomás me echaba espuma por la boca cuando taba de hablar.

A pura agua que le daba yo, al día siguiente, se aliviaron. En cuanto amaneció, empecé a preguntarle mis intereses, pero ella me dijo que tenía mucha hambre. Entonces fui y le conseguí un pedazo de pan con la cocinera, a cambio de mis cinco pesos que durante esos días había guardado.

Y por más que La Malú me buscaba pretextos pa' no platicarme de El Nano, yo fui muy terca. "Es que me estuve todo el tiempo en El Chuco, haciendo unos jales", me explicaba. Pero yo le insistía: "Al menos dime si lo vistes." Al fin. "Sí", me respondió. "Y ha estado muy malo porque lo picaron con un filero en el estómago desde el mes pasado y está en el hospital, casi muriéndose..." A partir de entonces anduve llorando como loca porque creía que El Nano se iba a morir. Y por más que gritaba: "Déjenme salir pa' verlo aunque sea la última vez", nadie hacía caso. Por el contrario, las celadoras y las chavas que estaban encerradas me rayaban la madre, me callaban y aquello era un alboroto de poca.

Y el colmo fue que por la tarde fue a visitarme El Clinbebé (así le decían por la cara de nalguita de niño que tenía por los cachetes color de rosita). Entonces estuvo peor porque me llenó la cabeza de humo. "No, mejor olvídate de él...", me decía. "Ese chavo ya anda perdido... Dime si no: Hasta lo tiene la policía detenido porque en el pleito en que salió herido, mató a un cristiano con una piedra en la cabeza hasta que se la aplastó..."

Y yo estaba sentada, sin ganas de oír todo aquello. De repente que me dice El Clinbebé: "Mira nomás: estrañas más a ese cabrón que a nosotros..." (Se refería a que él era amigo de mis primos y por eso se sentía con derecho a que yo, por lo menos, voltiera a verlo). Pero de pronto dejó de regañarme y me dijo muy quedito: "Güeno, si quieres yo puedo pagar la multa. Nomás que... Después me devuelves el dinero..." Y yo: "Ande, don Toño... Usté si que ni la burla perdona ¿de ónde cré que voy a sacar dinero pa' pagarle?" Y me puso su mano en

mi pierna, acariciándomela. "No te preocupes, ya habrá alguna manera... Pero eso sí: Vas a tener que esperarme unos días pa' que yo junte los cincuenta pesos que cobran, porque no los tengo orita..."

Lo que sí le pedí a don Toño (El Clinbebé, como le puso mi primo Chendo) fue que "dígale a El Chino que venga a platicar conmigo", le dije. En el fondo lo que quería era que él buscara a El Nano y me lo trajiera. Pero el cabrón de don Toño (después me lo contaron), en cuanto lo vio a mi compa El Chino nomás le dijo: "La Güera quiere verte pa' que te hagas cargo del niño... Ella dice que es tuyo..." Y él, lo rechazó. "No, don Toño... No es cierto que yo sea el papá del niño ese", le respondió en caliente. "Pos entonces ni te le acerques porque te quiere embarcar... ¿Me entiendes?" El bato le capió. "Tá güeno, pues..." Y nunca más volvió El Chino a La Chaveña como antes.

En ese tiempo El Chino se andaba casando con Tencha, por eso no quería broncas. Además que ya había cambiado mucho: Consiguio un trabajo como supervisor en La Acapulco Feichon y ya no se motiaba tanto como antes. Ora siempre andaba muy limpio y hasta había rentado una casa cerca de donde vivía mi tío Emiliano, que estaba amueblándola pa' cuando fuera a vivir allí con La Tencha mentada. Así que nunca se paró ni a visitarme en El Tribunal de Menores cuando yo lo busqué.

Pero un martes, cuando ya casi cumplía una semana destar encerrada, me anunció una de las celadoras (la más joven, por cierto): "Tienes visita." Y fui a la salita en que podíamos recibir a las personas que fueran a vernos. Era mi tía Oralia del Pilar, toavía con su vestido negro por el luto de la muerte de mamá Fátima. Ella, en cuanto me vio, hizo una cara dura y a mí me dio mucho gusto volverla a ver.

"¡Qué güeno que vinistes, tía!", le dije y le di un beso en la mejilla (esa ha sido la única vez que en toda mi vida lo he

hecho, palabra), pero nomás me reclamó: “Espero que ya se te aiga calmado el genio.” Respondí: “Sí, tía.” Y entonces vi que llevaba a mi niño en los brazos y, de puro gusto, se lo arrebaté pa’ yo abrazarlo. Después de un rato, nomás me carrerió mi tía: “Vámonos, aquí güele muy feo por todas partes...”

Entonces, por más que le bullía, tenía atorada a la Sarita. Me dolía tanto que le decía a la señora que me estaba ayudando a bien parir: “Déme una yerba, ándele... Aunque sea pa’tirlo...” Luego ella, casi dormida porque eran las cuatro de la mañana y no había dormido nada, me dijo sin nada de ganas de convencerme: “No te desesperes, Chuya... Debes tener fe en Dios primeramente, y tu criatura saldrá bien...” Mientras, yo, con las piernas llenas de baba, no hacía más que aguantar el encanijado dolor que se siente. Me daba mucho coraje, cuando de reojo, voltiaba y veía a la comadrona dormitándose a mi lado. “Pinche vieja, ella tranquilamente se va a ganar mis doscientos pesos sin hacerme nada ni tener ningún dolor...”, pensé. Y entonces, ya hasta quería morirme allí donde estaba acostada nomás pa’ que la metieran a la cárcel y así vengarme de aquella dolencia tan injusta.

En aquel tiempo yo no quería a Sarita. “No sé por qué soy tan pendeja que me embaracé”, me reprochaba a mí misma. Pero, a lo mejor porque me dolió mucho fue que empecé a quererla.

Desde que salí gorda de Natalio me puse de acuerdo con Beti (una gringa que vivía en Nuevo México), porque ella no podía tener familia y su marido siempre la andaba jodiendo con que “...Deberíamos de tener una niña, ¿yu nou?” Pero Beti vio a muchos doctores y ninguno supo decirle por qué no se embarazaba. Nomás le sacaron dólares pa’todo.

Aquí en Juárez anduvo viendo a algunas señoras que hacían brujería. Todo lo que le decían, lo hacía. Hasta una vez me

la encontré en la colonia San Antonio, con doña Nemesia. Yo iba a pedirle a la doña que me diera algo pa'tirar a la criatura y Bety tenía la intención de que le hiciera algo pa'embarazarse. En ésas estábamos en la sala mientras nos atendían, cuando, entre plática, me dijo: "Daría cualquier cosa por embarazarme..." Y yo, así como soy de simple, le contesté: "Pos se lo doy... Que alcabos que a mí pa'nada me sirve." Entonces ella abrió unos ojotes así de grandes y me preguntó: "¿Verdá?" Dónde iba yo a pensar que me estaba tomando en serio. Por eso, yo le seguí el borlote: "Ándele... Nomás deje que lo tenga y se lo llevo hasta su casa."

Medio español y medio inglés, Beti apuntó la dirección de mi casa. Entonces yo todavía estaba atacada de risa por todo aquello: Se me hacía muy chistoso que alguien no pudiera tener hijos. "Es re'fácil...", pensaba pa mis adentros. "...Basta con abrir las piernas."

Ya cuando se iba la gringuita, me empezó a decir un chingo de cosas: "No haga mucho trabajo, ¿eh...? Lo puede matar al niño, y no es bueno..." Pero casi me quería comer a besos y abrazos. "Pinches güeros...", me curaba yo. "...Están pero bien locos..."

En cuanto entré a que me diera la doña unas yerbas, ya se me había olvidado todo el relajo que había hecho Beti. "Nomás te tomas un tecito de ésto y ya verás como mañana lo arrojas, sin dolor ni peligro...", me aconsejó Nemesia.

Pos yo, feliz. Me fui y me eché mis yerbas en la casa, como si fueran sodas de sabor amargoso. "Al cabo que la cerveza la hacen con mierda...", me previne.

De rato, ya de nochecita estaba yo pero bien entretenida con la telenovela, cuando oí que tocaban la puerta. "Adelante", grité. Pero nadien entró. Entonces me tuve que levantar del sillón pa'abrir, pues. Afuerita estaba un señor de traje, acompañando a Beti. "Buenas noches...", saludó él. Y ella nomás se reía como pendeja. Fue en ese momento cuando me entró miedo porque pensé que venían por mi niño.

Aturdida les dije que pasaran, que hasta las corvas se me querían doblar. "Él es mi esposo, Maicol...", habló Bety, en un español más malo que el de la mañana. Y fue entonces cuando el marido empezó a reírse como ella lo había hecho antes de entrar. Todos estábamos nerviosos.

Los gringos, muy formalitos, se sentaron en el sillón y me dio vergüenza porque a un lado estaban mis chanclas, todas cochinas, porque son las que uso pa'andar en la casa. Entonces, yo apagué la televisión sin saber qué más tenía que hacer.

El primero en hablar fue Maicol y dijo: "Nosotros no hemos podido tener hijos a pesar de tener diez años de estar casados..." Y entonces me fijé que él apenas movió los labios, casi sin ganas. Pero yo me sentía en otro lugar que no era mi casa.

Durante un rato los estuve viendo hablar, pero no les entendía. Era como si frente a mí pasara una película sin sonido. Y ellos seguían: "Nosotros podemos pagarle todo: El hospital, el médico, la alimentación... Y todavía le damos a usted quinientos dólares para que no tenga necesidad de trabajar mientras está embarazada." De oír aquello, me dio un sabor a fierro en la boca y sentía que un sudor helado me escurría en la frente.

Debí haber estado nerviosa porque Beti se levantó y, sin preguntarme siquiera, me dio un vaso con agua pa'beber. "No se preocupe", me insistía el hombre. "Todo será muy legal... Sólo queremos que usted firme ante un abogado que está de acuerdo en la adopción... Además que con nosotros el niño tendrá todo: Buena comida, ropa, escuela y lo queremos mucho..."

El agua que tomé me cayó en el estómago como si fuera una piedra, pero me calmó. Entonces que me agarra la lloradera: "Yo soy muy pobre... Muy pobre...", les decía. Y Beti cada vez ponía la cara más fea, como si estuviera viendo que me mataban. "¡Oh, pur lirol!", exclamó en cuanto pudo respirar.

De ratito, cuando estaba yo más calmada, les ofrecí café y hablábamos como viejos amigos... “Mañana vamos a volver y te llevamos a que te vea un doctor y te dé un tratamiento”, me avisaron antes de irse. Y después que les encaminé a la puerta, él me entregó un billete de cinco dólares, nuevecito, que sacó de su cartera. “Sí”, les respondí. “Los espero mañana...” Entré yo pero bien contenta a la casa porque después de todo al final me gustó la idea de que mi hijo fuera a tener unos padres buenos como ellos. “Al fin y al cabo, Natalio nunca me dijo que se iba a hacer cargo de su criatura”, me dije. En eso que me acuerdo que yo había estado tomando las yerbas que me dio Nemesia. “Me lleva la chingada, ¿por qué nunca puedo hacer algo bien?”

Y toda la noche no pude dormir por la preocupación. Soñé un chingo de pesadillas en las que Bety me metía a la cárcel porque ya no podía ni darles la criatura ni los dólares que me dieron ellos. Y yo le prometía: “Luego voy a tener otro y se los doy... Va a ver que sí...” Pero ella no dejaba de echar agua por sus ojos verdes y bonitos.

En la mañana, nomás desperté de un sueñito que me eché en un descuido, porque en toda la noche no pude dormir y a cada rato me despertaba, empecé a buscar manchas de sangre en las sábanas (o si de plano: el cuerpecito de la criatura). Pero, toda aturdida, no encontré nada en ninguna parte. “¿Y ora?”, pensé. “¿Habrá sido nomás pura agua?” Luego me tenté la panza, y la tenía hecha bulto y dura. “Se me hace que todavía la tengo completa...” Y así era.

Todavía no terminaba de darme cuenta que el niño estaba adentro, cuando un torzón me estiró las tripas. Después de aquello tuve que estar casi media hora en el escusado, porque la mentada yerba que me tomé, me dio tan sólo un chorrillo encarbonado durante dos días.

Al día siguiente, en la tarde, los gringos llegaron otra vez. Apenas, me acuerdo, habían empezado las telenovelas.

Entonces me dio un gusto verlos, que casi les quería besar las manos. Y ellos, muy serios, me dijeron que me llevarían con un doctor. “Pero, ¿pa’ qué si yo estoy muy bien?”, les dije, porque pensé que era muy cargado de mi parte. “Pa’ que te haga un chequeo, ¿yu nou...? Y así el niño venga bien.” Pero a mí se me hacía como muy tonto todo aquello. Mejor me deberían dar el dinero a mí... Total: Yo iba con Nemesia pa’ que me ayudara a tener a mi criatura... Al cabos que sí le tengo mucha fe... Y pos, con el dinero aquel entonces sí podría comprar la pintura para el pelo... No que ya se me veían las raíces negras y todas feas. Porque ni pa’ eso he podido ver a Natalio y quitarle unos centavos...

Sin muchas ganas de mi parte, fui con el mentado doctor. Era una clínica lujosísima. Hasta las enfermeras tenían los ojos verdes y eran güeras... Muy amables. Me decían: “Pásele, señora... Ahorita viene su doctor a verla...” Yo era la única pobretona ahí. Por eso me dio mucha pena que la enfermera me fuera a ver los calzones remendados que traiba puestos. “Yo puedo sola, señorita”, le dije, cuando ella insistió en ayudarme a desvestirme.

Y ya estaba yo acostada en mi camita (y cubierta por unas sábanas), cuando entró el doctor. Estaba pero guapísimo... Así como el Jenri Chávez de tu prima Meche, Cata. Entonces que me acuerdo que no me había bañado. Pero ya no podía hacer nada. Me quería morir entonces.

Él se me acercó muy amable, igual que la enfermera. “Buenas tardes, señora...”, me saludó, mientras se ponía unos guantes de plástico. “¿Se ha sentido mal últimamente?” Y yo, apendejada, le respondí: “No, doctor”. Pero yo trataba de no verlo a los ojos a pesar de que él nomás me estaba palpando el estómago. De rato, que le dice a la enfermera: “Señorita, vamos a hacerle una revisión en su intimidad.” Y yo que me quería morir. La verdá es que todo el día me dio güeva, por eso no me bañé ni me lavé ahí... Es más: Ni se me ocurrió.

En cuando la enfermera me destapó ahí, el doctor se asomó a verme la criatura con un aparato. Y yo vi clarito que movió la nariz. Pero no dijo nada. La enfermera, muy atenta, trató de tranquilizarme diciéndome: "Cálmese, sólo le va a doler un ratito." Ni sentí, a pesar que dicen que sí se siente feo.

Pero luego el doctor dejó de ser amable y muy serio dijo: "Está bien... Sólo tiene una pequeña infección... Por eso huele un poco mal." Entonces, hagan de cuenta que me sentí como si me hubieran dicho que era una cochina. Chiviada, le expliqué al doctor: "Ahí, usted disculpe. Pero..." Él no me dejó terminar porque se fue a su escritorio y garabatió sobre su bloc de recetas varias cosas. Y cuando terminó, dijo: "Con esto se le quitará todo." Luego, sin despedirse, se fue.

Iba yo a empezar a explicarle a la enfermera, cuando ella trajo mi ropa. "Eso es todo, señora... Nomás vístase." Y se fue también por la misma puerta en que salió el doctor. Entonces yo me quedé pensando que afuera se iban a burlar de mí por lo apestosa.

La vergüenza se me quitó cuando los gringos me llevaron al mercado a comprar mandado. "Tienes que comer bien", me decía Bety. Y me cargaron con muchas verduras que yo no conocía. Durante toda la semana le estuve dando a Nacha las que se me iban pudriendo, porque yo no sabía ni cómo se comían.

Después del mercado también me llevaron a comer en un restaurán. Y yo me sentía muy raro. "¿Cómo es que sin ser ellos nada mío, me chiplean tanto?", me decía yo a cada rato. Hasta ganas me daban de decirles: "¿Si quieren, me voy de sirvienta con ustedes y así les pago todo?" Pero me chiviaba.

Sin embargo, yo traiba la necesidad de dinero pa' mis cosas y pensé en mejor decirles que me dieran los centavos. Así que al mes siguiente, me armé de valor y les pedí a los gringos: "Dénme a mí la lana y yo voy con el doctor." En un principio,

Maicol no quería pero yo me amaché, y les dije: "Si no, pos no les doy a mi niño." Entonces que me dan un billete verde de cincuenta dólares.

Nomás se fueron de mi casa, me salí al centro y anduve comprando cosas que a mí me gustaban: Unos zapatos de tacón alto pa' cuando fuera a bailar, un vestido negro con un bordado dorado en el pecho, un perfume gringo que me costó tres dólares... Y mi pintura para el pelo, como a mi gusta. Nomás guardé doscientos pesos pa' pagarle a Nemesia por atenderme en el trance. ¡Ah, pero los gringos no me volvieron a jallar porque antes que se cumpliera la semana, me apalabré con Candelario pa' que me prestara un cuarto que hizo allá por El Río Escondido!

¿Qué les diré? No, pos a mí desde niña me gustó tocarles ahí a los hombres, aunque sin malicia. Era como se dice: Una casualidad. Por eso le reprochaban a mi tía: “Esta niña tiene furor uterino como su madre.” Nomás porque una vez me metí a bañarme en una tina junto con mis primos y, después de verles algo colgando, les dije toda inocente: “Mira, tienes dos bolitas.” Y en eso estaba yo tocándoles el cuerito cuando llegó mi tía Oralia del Pilar, todavía con el vestido negro de luto por la muerte de mi jefa, bufando porque fueron y le dijeron: “Tu niña es muy pelada... No la dejes que manosié a los muchachos.”

Pero no paró ahí. Más antes, cuando apenas tenía yo mis ocho años, mi tío Emiliano me gritaba: ¡Güera, ven...! ¡Traime un mandado por vida tuya! Él fue el que me puso así dizque porque me parecía a mi amá en lo blanco. En ese tiempo nos dejaban jugar a Los Encantados con los otros niños, en plena calle, mientras que mi tía oía Corona de Lágrimas. Ésa que pasaban en La Equisedobleú, a las ocho de la noche. Y cuando casi nos cansábamos de correr mi carnala y yo, nos hablaban a cenar.

Cuando mi tío Emiliano me hablaba, yo, pos taba muy tonta, iba a su troca hasta onde la estacionaba, cerca de la banqueta, sin que él se bajara siquiera. Como tampoco sabía lo que era un borracho, no pensaba que era malo que él hablara con su lengua como si la tuviera muy grande y no le cupiera en la boca. Más bien, yo creía que él taba enojado conmigo por algo malo que yo hubiera hecho. Por eso iba luego luego, sin decir que no.

En cuanto me acercaba, él me decía: “Güera, ¿quieres jugar con la troca...?” “Pos súbete.” Entonces me encimaba en él, toda inocente. Cuando ya estaba arriba, me sentó en sus piernas. “Pon tus manos en el volante”, me explicó. Mientras, él empezaba a tentarme las piernas.

De tanta cosquilla que me hacía con sus dedos callosos de albañil, me reía yo. Así he sido siempre. Él, casi como si no tuviera voz por lo quedito que hablaba, me pidió: “No te rías tan fuerte porque pueden oírnos.” Después de un rato, yo ya no quería estar ahí por las cosquillas. Se me hace que por eso nunca me hizo nada más.

Cuando crecí, ya entre pláticas, me enteré que el cabrón, después de estar conmigo, iba con mi tía Eulalia (su vieja) y le ponía de chingadazos por cualquier pendejada. Yo pienso que conmigo se calentaba y como a mi tía le faltaba una pierna pos no le sabía igual.

La mera verdá, a veces no sé si chiviarme, pero él me tocaba hasta que terminé la primaria. Pa' qué me hago pendeja, pero a veces sí me gustaba y otras se me hacía muy feo. Además, pos me daba mi tostón.

Fue cuando entré a la secundaria, ya hasta salía yo con un chavo de tercero, cuando él me quiso llegar igual a como cuando andaba borracho. Entonces le paré el alto: “Mire, si sigue con sus cochinas, por dios que le digo a mi tía Oralia.” Por eso, después de aquello nunca me ha querido. Me di cuenta de eso cuando ya andaba saliendo con El Nano, porque mi tío nunca lo quiso. “Un día destes voy a matar a ese cabrón,” decía siempre que andaba envalentonado en la casa. Por eso, una noche en que fue a dejarme hasta la esquina de la casa El Nano, se me acercó mi tío y me dijo: “Tú ya ni vergüenza tienes... Mira nomás quién te vino a dejar... Ese güey tiene hijos regados en todas partes... Tan sólo con Verónica, la hija de tu madrina, tiene una niña que le hizo desde antes de irse a Los Ángeles... No sé a qué volvió a Juárez...”

Esa vez no dije nada porque apenas andaba empezando a salir con El Nano. Pero de todos modos, duró más de una hora sermoniándome en la esquina de la casa, hasta que me gritó mi tía Oralia del Pilar: “Rebeca (ella es la única que me dice por mi nombre), ven... Mídete este vestido que te traje de El Paso.”

A partir de entonces todo fue peor: Siempre andaba espiándome cuando El Nano iba a dejarme en las noches. Y nomás arrancaba pa'su casa mi amor, él empezaba: “Desvergonzada, con cualquiera te dejas que te manosié.” En ese tiempo yo ni siquiera sabía lo que era manosiar. “...No te importa que la gente esté pasando aquí por la calle... Tú no tienes idea de lo que es el recato... Te pareces a tu madre... Nomás falta que también traigas a tus hijos a tragar de lo que tu tía gana...”

Pero a veces me daba lástima, principalmente cuando se acercaba pa' decirme: “Traigo una pena muy grande aquí adentro, pero a nadie le importa... Ni tú que tanto hice por ti cuando eras niña...” “Ya, tío... Cálmese.” Pero cada vez lo veía que tomaba más y más. “Eres una ingrata...”, me repetía. “...Si por lo menos oyeras lo que te digo...” Entonces, que me quería abrazar: “No, tío... No, eso no”, le respondía yo mientras trataba de retirar mi cara de su aliento a tequila.

Una vez, cuando yo empezaba a meterme con El Nano a las cantinas, pos me invitó a tomar una cerveza. “Vente, al cabo y tú ya estás grande.” A mí me pareció bien padre porque pensé que mi tío estaba alivianado. “Ándele, pues... Pero no se vaya a poner pedo, porque no quiero arrastrar borrachos en el barrio.” Estaba de tan güen humor que hasta le gustó el chiste.

En El Sarape nos echamos unas tecates durante toda la tarde. Yo no me puse peda porque a las nueve tenía que ver a El Nano en la Placita de Bellavista; pero mi tío, después de cuatro cervezas, pidió tequilas. Para las nueve estaba yo jodiendo: “Ándele, tío... Vámonos.” “Deja m'hecho ésta nomás...” Pero llegaron las diez de la noche, y todavía noso-

tros tábanos ahí pistiando. Todo ese tiempo me platicó muchos chistes colorados, por lo que ni cuenta me di cuando eran las once de la noche.

Como a las dos de la mañana (y eso, porque se le acabó la lana) nos salimos de ahí. Me acuerdo que me previno: "No podemos seguir caminando así por la calle... Si nos ven los de Sanidá, van a pensar quiandas taloniando y te llevan a la cárcel." Nunca se me ocurrió pensar que adrede dejó la troca en la casa de mi tía Oralía. "Vamos a dormir ahí dentro...", me señaló, cerca de El Panamericano en la calle Mejía, un hotel que antes se llamaba Olivia.

En un principio me dio miedo y pensé: "Me voy a pie", dejándolo ahí tirado. Pero me acordé que en el periódico había salido una muchacha a la que agarraron muchos, cerca del canal. "No, entonces mejor me estoy con él." De pronto, como que me tranquilizó el que fuera mi tío. "Ándele, pues... Pero mañana le esplica a mi tía todo."

Un señor gordo, casi dormido, nos dio una llave y nos dijo que subiendo las escaleras, en el primer piso y a la derecha, estaba el siete. "No tiene pierde...", bostezó el encargado, mientras mi tío le entrega dos billetes de dólar con cincuenta centavos. El fulano ni siquiera se fijó que yo tenía apenas quince años; él quería terminar de dormir.

En cuanto estuvimos dentro del cuarto yo me metí a mirar. No salí hasta que calculé mi tío taba acostado. Entonces, él hasta la luz apagó. Me acomodé en la cama de tal manera que tenía la cara a la paré. Pensé: "Ahí mañana, nomás le doy una desarrugadita a la falda...", porque me acosté vestida.

Apenas había pasado media hora, si mucho, cuando mi tío me echó un brazo encima del cuello. Tabá tan adormilada que ni me di cuenta completamente. Yo creo que en cuanto vio que no la hice de pedo, me abrazó. Al rato me tenía pero bien amarquetada, tocándome la teta derecha, pero muy suavcito, con tiento casi.

No, pos el sueño y la borrachera me tenían aturdida. Entonces, empezó a acariciarme la rodilla derecha con la palma de la mano. "No, tío... Es pecado...", me acuerdo que le decía. Pero él, pedo pedo, me sobaba primero la rodilla y después le fue subiendo la mano lentamente hasta arriba. Él ni siquiera me hacía caso, nomás me resoplaba atrás de la oreja.

Pero eso fue todo. De lo pedo que andaba el güey, se quedó dormido. ¿Qué pendejo, verdá? Entonces tenía yo unas pierrotas así de güenas... De la que se perdió. No sé, pero quizás sí me hubiera dejado. Porque hubo un momento en que también yo me calenté, a pesar que no me gustaba por lo apestoso. Además, también a mí se me durmió de lo peda que andaba.

En la mañana, él se agüitó mucho. Me preguntaba: "Güera, ¿te falté al respeto...?" "No, tío..." "Pero mira nomás...", se reclamaba. "Si me vieran en la casa lo que ando haciendo..."

Aquello pasó poco antes que él se muriera. Todavía cuando le daban los santos olios pidió hablar a solas conmigo, pa preguntarme. "Dime, ¿verdá que te falté al respeto aquella noche... Si no, no voy a descansar en paz..." "No se priocupe", le respondí yo con mucho sentimiento. Pero entonces yo tenía el pendiente de decirle a mi tía que iba a tener un niño de El Nano, porque él fue quien me deschirrió toditita y, luego luego, me embaracé.

Del funeral de mi tío Emiliano sólo me acuerdo que estaba yo muy enojada porque había tanta gente en la casa que no podía decirle nada a mi tía de lo que pasó con El Nano. Nomás me le acercaba y le decía yo a doña Oralía: "Tengo algo que decirte..." Y ella, enojada enojada, me respondía: "Mira nomás, ni muerto le guardas respeto a tu tío, ¿qué no puedes dejar de darme lata orita?" Para el colmo, como mi tío tenía un chingo de hijos en todas partes, hubo que llamarles por teléfono hasta Chicago pa' que vinieran.

Entonces, durante tres días tuvo su cuerpo tendido enmedio de la salita de la casa (en la que dormimos siempre), y

nosotros en esos días nada pudimos hacer como la gente normal. A cada rato llegaban personas que yo ni conocía. “Mira, ésta es tu tía Eufemia...” “Mucho gusto.” Y yo, por dentro que me llevaba la chingada porque El Nano nomás supo que estaba embarazada y ni me llamaba por teléfono.

También en esos días dejé de comer. Todo lo que probaba me sabía a muerto ¿Y cómo no?, si mi tío se estaba pudriendo ahí en la sala. De tanto esperar a que vinieran los hijos regados de mi tío Emiliano, que andaban fuera, terminamos por acostumbrarnos a verlo ahí, acostado en una mesa; cubierto casi por un montón de flores de papel de china de muchos colores pa’ que se viera muy bonito, sin cara de humano.

Fueron los niños, quienes al no poder jugar en la sala como antes lo hacían, empezaron a corretiar bajo de la mesa al no tener más lugar. Luego vinieron los pleitos entre todos porque sus hijos querían tenerlo en sus casas. Al final, me parece que se lo llevaron y anduvo rodando en las casas durante varios días.

Después de Natalio, me gustaron mucho los hombres. Entonces la mejor manera de encontrármelos era ir a bailar a Los Mangos, de donde salía con uno distinto cada semana. En el revuelo me metí con muchos. Nomás me tocaban el cuello y yo misma les decía: “Ámonos, pues... Ándale.” Y ellos, felices de la vida, me subían en sus carros y nos íbanos a cualquier hotel.

La tomadera fue la que me hizo que perdiera mi trabajo en la fonda onde servía las mesas (allá por La Chaveña), porque de que me agarraba la bebida no paraba hasta casi una semana después. Así pues, falté mucho. Por esto la dueña me dijo: “Mira, Chuya, yo necesito saber si tú realmente quieres trabajar, porque veo que fallas mucho, sino, pos, pa’ darte las gracias.”

Yo, con lo cruda que andaba entonces, le dije: “Tá bien, mejor me voy.” Luego pensé: “Al cabos que Rómulo me ayuda.” Estaba confiada que él era el dueño de El Bajará y tenía mucho dinero. “De perdida”, me di cuenta, “que sirva de algo haber andado en la tomadera con él toda la semana pasada en El Fausto, adonde me llevaba a bailar.”

Pos ya entrada, me fui. La primera vez que vi por dentro El Bajará, me pareció muy bonito. “¡Qué elegantes sillones de piel!”, pensé. Además me gustó cómo se veían las luces de muchos colores en la pista. Y en cuanto me topé con el dueño, le platiqué todo. “Bueno...”, me dijo. “Yo no te puedo ayudar en mucho, pero si quieres, te puedes quedar a trabajar aquí.” Entonces yo ni me imaginaba que eso era malo. “Después de

todo...”, me hizo ver. “Todavía estás joven y tienes güen cuerpo.” “Pero, ¿qué voy a hacer, mi rey...?” “No sé... Tal vez bailar... Así como aquella.” Y me enseñó a una chava que se movía sobre un templete, casi encuerada. “Además te puedes ganar güenas propinas si te portas bien con ellos”, me señaló con el dedo a unos viejos gordos y con sombreros tejanos que estaban tomando. “Ésa que ves allí, en una noche saca hasta sus veinte dólares.”

A pesar que el tal Rómulo después ya no quiso nada conmigo y me trató igualito que a las otras, me quedé casi tres años allí. Siempre era lo mismo: Andar aguantando a una bola de cabrones que se portaban pior que los trailereros de Villa Ahumada.

Yo ya estaba harta de todo, pero no podía dejar aquello por lo tonta que era (además de desidiosa). Después de todo, Natalio siempre me ha dado el dinero que le he pedido pa’ su hija. Pero como que me gustaba sentir que yo era la más güena de las mujeres, nomás por las nalgotas y las tetas que me cargaba.

Pero esa noche fue el colmo. Imagínensen: El Marrano (así le decían en El Bajarí por la trompa de cerdo que tenía en su cara redonda) estaba pero bien borracho. Ya tenía dos días tomando ahí sin salir siquiera. Como era agente de Policía Judicial Federal, el dueño no le cobraba ni cinco de lo que se tomaba, además que le aguantaba todos sus escándalos. Más bien tenía miedo que le hicieran redadas en su burdel, espan-tándole la clientela.

Llegué, pero como me sentía mal, estuve un güen rato en el vestidor. En cuanto me vio entrar La Mague, le dije: “Otra peda segura...” Y ella, apresurada porque ya le tocaba salir a bailar, me respondió desde la puerta: “Y a ti que no te gusta...”, con un tono no sé si de resignación o de burla. Me senté a quitarme los zapatos, sin nadita de ganas; luego las medias, también sin una pizca de ánimo; el vestido, me acuerdo, me pesaba mucho porque más bien tenía ganas de dormir lo que

me faltaba, en vez de estar ahí. Entonces, entre la ropa de La Prieta que diviso un ánfora de güisqui hasta la mitá. La agarré por mera costumbre y me aventé un trago grande. “Tá güeno... Pa’ despertarme”, me dije. Pero ni así.

Entonces entró la Mague, encabronadísima, me dijo: “Si fuera hombre le pondría una madriz a El Marrano... ¿Sabes qué me hizo...?” Luego luego me enseñó su pantorrilla derecha. “Es una quemada”, pensé. Nomás supe decir: “¡Hijo de la chingada!” Lo que más me dolió fue ella que empezó a llorar de puritito coraje. No sé, pero sentía ganas de mandar aquello a la mierda. “Vámonos a trabajar a otra parte”, le insinué. “Estás loca... ¿Qué chingaos sabemos nosotras hacer...? No faltará”, respondí, sin darme cuenta que estaba hablando. No había terminado cuando entraron dos de las muchachas también encabronadas. “Se está riendo el güey”, le hicieron saber a La Mague. “¿Pero nadie hace nada?”, pregunté yo. “¿Ni los saca borrachos?” Ellos tienen orden de no meterse con El Marrano, nunca supe quién dijo esto. Pero era cierto, después lo dijo Fernando el mesero.

Entonces muy valientes, las cuatro, salimos a reclamarle a El Marrano (yo hasta unas tijeras me lleve en las manos... De esas que usa una para remendar los vestidos ahí), pero cual fue mi sorpresa que el hijo de perra estaba quebrándolo todo.

Resulta que habían entrado unos chavos que iban a festejar que se habían graduado de abogados, pero uno de ellos le dijo algo a El Marrano, y éste, encorajinado, sacó su pistola y los insultó mucho. Principalmente a Lupillo Arredondo (me acuerdo de su nombre bien porque salió en los periódicos, tanto en sociales porque se graduaban; como en la policía, por el pedorrón que hicieron). Ahora él es muy mi amigo. Hasta me ayudó cuando Natalio, una vez, no me quiso dar dinero pa’ mi Sarita.

Entonces, como les decía, los muchachos eran más y estaban sobrios, pos le aventaron una silla y lo tumbaron. Ya en el suelo, le molieron la carota a puntapiés.

Por eso, cuando nosotras entramos, lo encontramos tiradito. Me acuerdo que yo le pegaba con el tacón alto. Él decía: “¡Déjenmen, viejas culeras!” Pero nosotras más duro le sonábamos. Entonces los chavos vieron que le queríanos partir la madre a El Marrano, y se hicieron a un lado. Pero estaban atacados de la risa por ver cómo lo madriábanos.

El Marrano todavía tiene una cicatriz en la mejilla que le hizo La Mague con las tijeras que yo traiba. Nomás me las arrebató, y zúmbale. El panza de cerdo gritó. Si no hubiera sido por esto que ya hasta cortadas le habíanos hecho, los sacaborrachos no se hubieran metido. Pero cuando vieron que la cosa era seria, el mismo dueño los mandó a que los soltáranos. Pero hubo un momento en que también ellos estaban riéndose de ver como tratábanos a El Marrano. Nomás le decían: “Ora, ¿no que muy macho?” Pienso que el dueño también se quería desquitar, por eso no dejó que se metiera nadie cuando lo tumbaron los chavos.

El mismo dueño, en cuanto nos lo quitaron, nos dijo a todas: “Pélensen, porque si los de la Federal las agarran aquí, se las cogen y no les pagan...” Entonces sí me entró miedito. Y así como andábanos vestidas agarramos un taxi. La Mague y yo nos fuimos a esconder a la casa de una tía de ella. Nadie sabía de esta familiar, así que era un güen escondite. Llegamos todavía temprano. Tanto que Florencia (así se llamaba la ruca) y una hermana de La Mague, que había venido de Parral a trabajar en una maquiladora, estaban viendo todavía la televisión.

Entonces, la asustada tía de La Mague dejó de ver la telenovela, pa’decir: “Mira cómo vienes, ¿pos ónde andaban?” Desde luego que se refería a los bikinis dorados y a los plumeros que tráibanos puestos, con los que hacíanos el chou en El Bajarí. La hermana de La Mague, acostumbrada a los desmades de su carnala, siguió viendo cómo Rina estaba a punto de heredar mucho dinero de un viejo jorobado, abandonado y en venganza a su familia.

De volada, La Mague empezó a decir todo de cómo pasó, tal como fue repetido un chingo de veces: “El Marrano es un asesino, nos quería matar porque no quisimos con él las dos juntas, nos escapamos a como diera lugar. Entonces, pasó un taxi... ¿Tú crés que en esas cosas se va a andar uno fijándose en cómo anda vestida...? Él es malo y nos buscará en nuestras casas... ¡Ayúdanos, tía...! Por eso venimos contigo...”, dijo La Mague, como si se estuviera confesando. Mientras Florencia luchaba la pobre con las cataratas pa’ poder ver bien la sinceridad de La Mague.

“Bueno, tú sabes que yo no tengo mucho dinero”, insistió la tía. “Pero pueden quedarse unos días... Ahora que si ustedes, pos me dieran algo pa’ comprar comida, sería mejor... ¡Ay, tiyita, muchas gracias...!” “No te priocupes, ésta y yo vamos a trabajar pa’ traer dinero, ¿verdá tú?” En ese momento pensaba yo que mis hijos estaban en la casa, solos. “Sí, pues”, le dije. Pero de rato: “Ora, tú... ¿Y qué vamos a hacer con los niños...? Tenemos que hacer algo, porque si no van a ir por nosotras y los van a encontrar a ellos solos... No quiero ni pensar las diabluras que les puedan hacer, nomás pa’ vengarse...”

Fue La Mague la que se acordó que un chofer de sitio andaba sobres de ella. “Llámale y le dices que los recoja”, le aconsejé. “Pero, ¿con qué le pagamos...?” “Contigo, pendeja... No te hagas güey.” Después: “¿Está Arturo, joven...?” “No, señorita... Fíjese que fue a una dejada...” “Dígale, pues, que le habló Mague... Y que es urgente que me hable al catorce cero dos veinte...” “Sí, señorita... ¡Cómo no!”

Estábanos cenando como a las once de la noche (lo que nunca) cuando sonó el teléfono. “Es pa’ti, Mague”, gritó su hermana, antes de irse a dormir. “No sé como decirte, Arturo, pero mis hijos... El Marrano...” “Sí, ese cabrón...” “Pero también los de Chuya...” “¿Cómo que cuál Chuya...? ¡Ah, sí... Pos Doris!”

Dos horas después llegó el hombre. Arturo parecía un robachicos tratando de vender todos los mocosos por kilo, después de haberlos estado juntando durante mil años. Hasta Sarita, mi hija, venía envuelta en una cobija pa' que no le diera un resfrío. Eso sí: A cual más de los chiples lloraban a pulmón lleno. No sé cómo pudo aguantar tanto chillido el pobre.

En cuanto tocó y vimos que los niños estaban en el carro, nosotras salimos corriendo tras de ellos (todas hipocritonas, digo) como si fuéramos güenas madres. Pero en ese momento nos nació.

Arturo, el chofer, después de haber cumplido al pie de la letra lo que le pedimos, se quedó en la banqueta, como esperando propina. Pero La Mague se hizo pendeja chipliando a sus lepes y no se dio por enterada. A mí aquello se me hizo muy gacho. Entonces le digo a Arturo: "Llévame a mí a dar una vuelta, si quieres..." Pero el muy cabrón me rechazó: "No... a quien quiero es a Mague." Pero ella, con el pretesto de que iba a dormirlos, no volvió a salir de la casa y él se estuvo ahí en el carro, esperándola como un perrito faldero. Hasta yo me asomaba a cada rato pa' ver si se había ido, pero no.

"Mira, cómo eres cabrona..." "Es que no me gusta...", respondió La Mague cuando traté de regañarla a la mañana siguiente. "No, pos así ni modo." Pero a cada rato él le llamaba por teléfono: "...Dígale que si quiere ir al cine, paso por ella... Están pasando una de César Costa..." Pero la cabrona nunca quiso estar en la casa.

Después de dos días de estar ahí, se nos acabaron los cinco dólares que yo traiba en mi bolsa y los quinientos pesos que La Mague tenía en el banco. La primera en hacernos mala cara fue la hermana de Mague. "Mira tus mocosos... Están tirando la leche, y orita cuesta siete pesos el litro," le reprochó a su carnala. "Deberías ponerte a trabajar..." Y a cada rato, cuando la despertaba tempranito pa' que se fuera a camellar, era la misma cantaleta. "No es justo que yo me tenga que levantar a las

cinco y media todos los días mientras que ellas (junto con sus lepes) se despiertan hasta las nueve de la mañana", le dijo a Florencia un día. Entonces yo me agüité mucho. Pero a pesar de que me salía todas las mañanas con el periódico en la mano, no encontré chamba.

Estábanos a punto de cumplir una semana de estar ahí Sarita y yo, cuando le dije a la hermana de La Mague: "Consígueme trabajo en tu fábrica, no seas gacha..." "Déjame hablar con el ingeniero..." Después me salió con que no hubo: "Está muy difícil... Si por lo menos tuvieras la primaria terminada...", me explicó. En cambio Mague, sí consiguió uno. Pero en El Paso porque tenía todavía miedo encontrarse con El Marrano.

Creo que el lugar en que trabajaba La Mague se llamaba El Blacarer, donde empezó a bailar. Ella sí le siguió en el ambiente. La última vez que me la encontré en El Paso me platicó que ganaba allá güen dinero. "Cómo unos cien dólares diarios, sin tener que tomar ni pa' los clientes... Deberías venirte", me recomendó. "Yo hasta un acta de nacimiento chueca voy a comprarle a un coyote... Es de una chavala que nació en Amarillo Tejas, casi de mi edad... Pero el mes pasado murió por un aborto..."

Entonces La Mague nomás bailaba. Todavía la vez que la vi tenía el cuerpo igualito, muy bonito. Hasta decían en El Bajará que se parecía a Zulma Fayad. ¿Se acuerdan de esta artista? Por eso, luego luego, en todas partes le daban trabajo bailando.

Aunque eso sí. Es muy distinto como se baila allá. Fíjensen: Los hombres ponen sobre la pista, en que ellas se suben a hacer su chou, un billete hasta por cien dólares cuando les gusta la que está bailando, doblado a la mitá. De tal manera que se sostenga solo en forma de una ve de vaca. Luego, la que está bailando tiene que abrir las piernas y con esta parte (¿Cómo se llama?)... La horcajada, aprieta el billete si lo quiere pa' ella. Entonces, una vez que lo tiene macizo, se levanta lentamente con él entre las piernas. Así, ¿me crén? Es como lo recogen.

Fue La Prieta, esa chava que trabajaba conmigo en El Bajarí, quien me consiguió a mí un trabajo. La hermana de La Mague no me quiso ayudar. Por el contrario, anduvo diciendo que yo era tan puta que abajo de una teta tenía un tatuaje que decía: Beto guas jir. En cambio, La Prieta me presentó con un ingeniero de la Acapulco Feichon, con quien ella andaba saliendo los sábados a dormir.

Todo salió muy bien, aunque después el cabrón se me insinuaba, diciéndome: “Acuérdate que yo te metí a trabajar aquí. ¿Por qué no quieres tomarte unas cervezas conmigo?”

El primer día de trabajo, casi no me podía levantar a las cinco de la mañana. Esa misma noche no dormí por la preocupación. Llegué a la fábrica después de haberme peliado con un chingo de chavas pa’ poder alcanzar lugar en el camión. Nunca olí tanto sobaco junto. Luego, en la entrada de la maquiladora vino el sermón: “Es bueno que ustedes tengan trabajo...”, nos dijeron a través de un micrófono (o como se llame)... “Por eso deben cuidarlo mucho y hacer siempre el mejor esfuerzo para que todos progresemos...”

Lo peor fue que hasta las tres de la tarde tuvimos que quedarnos ahí, soldando unos alambritos que los ingenieros llaman circuitos. Al final, cuando podíamos salir a almorzar, yo no tuve hambre. Se me fue con el olor a puritito azufre, que salía bravo de los aparatos con que soldábamos.

Más bien quería entonces volver el estómago; además, el dolorón de cabeza que tenía yo por el ruido de las máquinas, me quitó todo el ánimo de portarme bien. Era horrible... Lo güeno es que ya me acostumbré.

Pero todavía me da risa de acordarme cuando entré a la fábrica y oigo que alguien me dice: “¿Cómo has estado?” Y yo sin reconocer a la chava que me lo preguntó. Nomás, como pendeja, le respondí: “Bien... ¿Y tú?” Y ella, sin contestarme, se fue porque todavía no había checado tarjeta.

Después me acordé que era Palmira, una morena de pelo oxigenado que estaba bailando en El Bajarí cuando recién entré yo. El colmo fue que, cuando todavía no se me había quitado la sorpresa por el encuentro anterior, me topé con otra que no sabía cómo se llamaba, pero la vi en El Segundo Frente (allá en el pueblo de Guarafil, donde fichaba) y, por si fuera poco, en la primer fiesta de Navidá que se hizo en la fábrica, me encontré con La Maribel Guardia, un joto piernudote que servía y limpiaba las mesas en El Fausto.

Ora que, no crean que fue fácil no seguir la farra, principalmente cuando una está acostumbrada a la bebida. Por eso, pa’ seguir con el vicio, algunas de las muchachas que vinieron como yo a trabajar de las cantinas a las maquiladoras, los fines de semana se completaban con algún pendejo que se encontraban en la calle, porque en un inicio no les alcanzaba con lo que ganaban.

No voy a decir que yo soy una santa, pero tuve miedo a hacer eso porque luego luego me embarazo, y con las pastillas me salen várices. Pero muchas de ellas se la pasaban pedas; y el lunes todavía llegaban muy malas a trabajar. Y pa’ curársela empezaron a meter pisto a los baños.

Pero también ya ven a La Abuela cómo es desbozalada, ¡pos antes eran peor! Hasta los choferes de los camiones les metían mano; y en las calles, la hacían mucho de cuento con los muchachos. Pero nomás se dieron cuenta, en las fábricas las empezaron a correr.

Ora que yo, pos me gusta bailar un chingo. Por eso vengo aquí a El Jaguayán. Donde aparte de ponerme una peda como Dios manda, pos si viene algún papacito me lo echo. Pero es muy distinto: Allá ni chanza tenía uno de prenderse de nadie. ¿No crén? No li aunque al día siguiente esté con el dolorón de cabeza y unas agruras de las que ni el anuncio que dice: Sonría con Sonrisal a la mañana siguiente, para quitarle esa molesta sensación de susto y nerviosidá.

Yo vine a parar a la Alen Bradley por mi prima Paula. Ella me dijo: "Allá les hacen falta muchachas, Güera." Y yo, sin nadita de ganas, me vine un día como a las once de la mañana. Nomás me hicieron una prueba que yo creía no había pasado, porque una de las secres me dijo: "Luego te hablamos..."

Después de varios días, casi se me olvidó que había ido a buscar trabajo. Hasta el lunes siguiente, que me dice mi tía: "Rebeca, te hablan de la fábrica..." Y yo como tonta le pregunto: "¿Cuál fábrica tú...?" "Pos no sé, y ven a contestar el teléfono... Es lo que deberías hacer."

De volada que la secre me dice: "Hablamos de la empresa Alen Bradley para decirle que se puede presentar a laborar el día de mañana, de ser posible." Entonces capié la onda: "Éstos quieren que le ponga al jale..."

No sé ni cómo fue que quedé en que iría a trabajar al día siguiente, pero todo el santo día mi tía me anduvo chingando como es su costumbre: "No salgas ni te vayas a desvalagar, porque mañana tienes que ir al trabajo; mejor duérmete temprano por que mañana no te vas a querer levantar... Prepárale ahorita el atole al niño, para que mañana que te vayas no tengas que hacerlo..."

Y en la noche que me desanima mi prima Paula: "...Es una chinga tener que levantarse todos los días a la cinco de la mañana; pelearse por alcanzar un lugarcito en la ruter a pa' poder llegar a tiempo; esperarse hasta las once de la mañana pa'tragar algo a pesar de que te gruñen las tripas; aguantarse el olor a puritito azu-

fre todo el santo día, porque las herramientas con que trabajas queman una cosa que así huele; desesperarse por el chingado ruido que retumba en los oídos y casi te los hace sangrar...”

Güeno, pos me descorazonó tanto que ni siquiera vi la telenovela esa noche. Y eso que Rina descubrió que Carlos Augusto le decía mentiras. Lo único que sí me gustaba era que así iba a tener dinero. Es que últimamente mi tía no me daba ni un cinco partido por la mitá, y ni pa' cigarros tenía yo. Siempre andaba con que: “Tía, dame tres pesos... ¿Eh...?” “No, no tengo...” Entonces me hacía unas caras muy feas, que no me quedaban ganas de volverle a pedir ni un centavo. En cambio mi carnala Romelia nomás por que estaba estudiando la preparatoria sí le daban todo el dinero que pidiera. Hasta ella sí podía fumar delante de mis tíos sin que dijieran nada.

Romelia siempre andaba chipliándose: “Tía, dame cinco pesos pa' comprar una cajetilla de cigarros y un chocolate...” “No estés dando lata...”, decía doña Oralia. Pero mi carnala insistía: “Ándale, no seas coda, tía... ¿Qué son pa'ti cinco pesillos...?” “Te digo que mejor te pongas a estudiar en vez de estar de malora...” “Pero es que quiero fumar y además se me antojó un chocolate...” “Pos trabaja, güevona...” “Pero, ¿cómo quieres que trabaje si tú me mandas a la escuela...?” “¡Ay, como friegas el alma...! ¡Ni siquiera me dejas ver la telenovela agosto...!” “Luego, ¿sí me vas a dar el dinero pues...?” “Ándale, toma... Pero ya vete a estudiar cualquier cosa en la cocina...”

Tempranito en la mañana, al día siguiente, empezó mi tío Dolores con su “...ya es hora”. Y yo me hacía pendeja como que estaba durmiendo, pero él seguía jodiéndome: “¡Levántese, mi hija!... ¡Ya es hora!”

Y por más baba que hacía que se me saliera por la jeta, pa' que pensarán que todavía estaba dormida, él seguía dando gritos pa' despertarme. Mientras, con sus manos me arropaba con la cobija porque yo tenía la camisa de franela con los botones destrabados y la bragueta del pantalón también abierta, como

la dejé la noche anterior que me fui a dormir (el cinto estaba puesto y flojo en las presillas), después de haberme peliado con mi tía Oralia, con la carrilla que a cada rato me daba con su cantaleta: “...Ya vete a dormir; si no mañana no te vas a levantar a tiempo.” Aunque, también, desde muchos años antes se me había hecho una costumbre dormirme así, desfajada; nomás por hacerle caso a mi tía, cuando decía: “Es pa' que no te vayan a salir hinchazones en la cintura, al dejar de correr la sangre con el pantalón apretado.” Y eso cada noche me ocurría.

Era tanta la preocupación que tenía mi tío Dolores porque yo fuera a llegar tarde al trabajo que me dio lástima. Y como si estuviera despertando apenas, le pregunté: “Y ora, ¿qué hace usted ahí paradote...! Hasta me asustó.” Pero el pobre como casi nunca hablaba, nomás se rascó la cabeza y me trató de decir muchas cosas sin que yo me quedara a oírlas.

De repente, nomás me había levantado, vi que en el cuarto de enfrente al que dormí estaba prendido un foco amarillento y todo lagañoso, por las cacas de los mosquitos que volaban a su alrededor. Y adentro de éste, en que mi tía acomodó las cosas pa' que fuera una cocina, estaba alguien haciendo ruido con los trastes. Yo nomás veía a través del hueco iluminado de la puerta que daba entre la salita en que dormí y la cocina, parecía como si fuera un cuadro pintado, en el que estaban dibujadas algunas de las sillas; parte de un refrigerador; un trozo de lavabo y mucha basura en el suelo. Entonces, dentro de mí, pensé: “Nomás faltan verse de aquí, donde estoy sentada, los platos con los pedazos de comida que quedó de la cena de anoche.”

En un rato, recién entré a la cocina, entre los muebles de aquella cocina apareció mi tía Oralia. Apenas me acuerdo que en cuanto me vio empezó a renegar: “Mira nomás, todo el quihacer se me carga a mí... Aquí viven puros hombres.” Y vi que ella se puso a hervir agua para hacer café. En ese momento me dije: “Así de perdido me cai algo caliente al estómago antes de irme.” Sin embargo mi tía todavía no terminaba con sus

lamentaciones cuando casi le grité en su cara: “¡Adió, pos entonces pon a tu Romelia...!” “¡Tu hermana es pior que tú!”, me respondió de muy mala gana.

Y todavía la dejé hablando como tonta y echando pestes cuando yo salí al patio, sin responder nada. En una llave de agua que estaba frente a la puerta de la cocina me prendí a tomar mucha agua, porque recién desperté tenía la boca reseca y desahrida. Nomás puse la punta de mi lengua en los dientes y mi propia saliva me supo podrida y ácida, como cuando se me juntaban los nervios en el estómago.

De rato, todavía adormilada, entré al escusado que estaba cerca de la llave de agua. En cuanto estuve dentro cerré la puerta con la aldaba y me puse a miar tranquilamente. “Cada vez me arde más...”, pensé. Y al mismo tiempo la orina olía muy feo. “Ni pedo, en la tarde me tomo una yerba...Nomás con que se me quitara el ardor encabronado.”

En esas estaba yo cuando, en el piso de cemento, miré una hoja suelta de *El Fronterizo* que estaba a mis pies (limpio todavía) porque no usábanos papel de baño. Y apenas había prendido mi cigarro pa’fumármelo mientras cagaba agusto, cuando vi una noticia en este periódico: “Cuatro pelafustanes y depravados fueron detenidos ayer por elementos de la Policía Judicial del Estado después de haber violado a una menor de edad en la vía pública, tan sólo porque la jovencita tuvo la desgracia de haber pasado por el lugar en que ellos se encontraban intoxicándose descaradamente ante la vista de todos, con cemento y tñner.”

De volada volví a poner el papel en el piso, sintiendo asco y miedo. “Es que se sale así de madrugada a trabajar en las maquiladoras, cuando todavía está oscuro”, me dije. “Dios me cuide en la calle...” Sin embargo, de rato no sentía miedo. Estaba entonces el rostro de Bruckchils, que apareció en el mismo periódico, sonriendo con sus dientes blancos. “...Lo que no me gusta de ella es que está muy cejona.” Después que terminé de fumar mi cigarro, dejé de mirar el papel.

Lueguito me di una manita de gato frente a un trozo de espejo que estaba pegado en una de las paredes. Apenas me veía bien por lo empañado que estaba, maltratado por la humedad y los hongos que le tupían. Así fue como me di cuenta que me había salido una postemilla en la encía y me ardía un chingo. También me fijé en lo amarillo y amontonados que tengo los dientes, cuando me sujetaba los labios con los dedos.

Ya pa’salir, eso sí, me eché agua en la cara y en el pelo. “Se me hace tarde...”, caí en la cuenta.

Enseguida me alisé el pelo con la palma de la mano y salí del baño. Iba yo, me acuerdo, feliz con un nuevo cigarro que llevaba prendido entre los dedos, después de haberlo sacado de una bolsa de mi camisa de franela. Entré de nuevo a la cocina y sobre la mesa cogí de un envoltorio una pieza de pan que sobró de la noche anterior. Nomás mordí la semita (el pan que más me gusta), y me di cuenta que no tenía hambre. Sin pensarlo, me lo embolsé, pensando que en el camino lo comería.

En ese momento, tras de mí, escuché a mi tía lavando algo en el fregador. Mientras, yo todavía seguía abrochándome la bragueta del pantalón. “Se te va a hacer tarde... ¿No ves qué horas son...?”, me reprochó. No le contesté porque yo estaba encabronada. No me gustó nadita que la noche anterior me echara mi hablada: “Si vas a seguir con tu mal humor, mejor vete de la casa... Allá, en un lugar donde nadie te moleste. Porque tú eres muy delicadita...”, me recalcó. “Aquí no tenemos ninguna necesidad de aguantarte.”

Luego, en cuanto voltió mi tía, me vio lo desfajada y me regañó: “Mira nomás, tú con tus chichis y todo de fuera... ¿No te da vergüenza que se vayan a levantar los muchachos y te vean así como andas..?” “Güeno, no me da... ¿Y que tiene eso de malo?”, me le envalentonié.

Yo siempre he sido así. Una vez, me acuerdo bien, cuando apenas era una niña me la enfrenté a mi agüela Fátima. Y todo por una lluvia, en medio de relámpagos y truenos que

tanto atemorizaban a mi carnala y a mí. La agüela abrió la boca pa' decir: "Ésto... no es nada... El día en que ese Cristo baje un dedo de su mano herida... Todos, absolutamente todos, vamos a morir sin remedio por una tormenta pior que ésta, porque así lo quiso El Creador". Entonces, con su índice, ella nos señaló una figura de un crucifijo tallado de madera, completamente lleno de hollín, que estaba colocado sobre una repisa en la sala.

Después de oír aquello, entonces apenas tenía nueve años, me fui a acostar en el sillón en que siempre he dormido desde que tengo uso de razón, sin que lo hubiera logrado por los truenos que seguían en el cielo. Ya en la madrugada, resignada a las piores calamidades por no haber podido pegar un solo ojo, me levanté del sillón y fui directo al Cristo. Entonces, sin ningún remordimiento, yo misma le bajé uno de sus deditos.

Y parece hecho adrede, pero a la mañana hubo un sol amarillote y muchos pájaros. De volada, nomás me levanté del sillón, fui y busqué a mi agüela. En cuanto la encontré y envalentonada le dije: "Eres una mentirosa, madre"... Y ella, toda confundida con mi atrevimiento, únicamente tragó saliva y, sin respirar por un momento, no pudo hablar ni regañarme como era su costumbre. Entonces la agüela estaba tan viejita que murió de hambre en viernes y a pesar de que se la estaban comiendo las enfermedades, en la manera más cruel, seguía ella siendo tan blanca que sus güesos tiernos parecían estar recubiertos con un arrugado papel color carne, casi transparente.

Poco antes de morir, me acuerdo apenas, pasaba todo el día y la noche sentada en su mecedora, desde la que hablaba con los gatos y, para entretenerse, tejía siempre las mismas hilazas, sin nadita de ganas de terminar. De tal manera que a todos nos parecía como si estuviera envuelta en estambres.

En vida, de lo que me acuerdo, es que nomás se escuchaba en la sala el murmullo de su voz, apagada por los suspiros que

le salían del pecho cuando se acordaba de los tiempos en que no había pecados en este mundo.

Fue mi tío Emiliano quien le acercó a mi amá Fátima su devocionario, el álbum familiar, su costurero, su rosario, la Biblia y los platos repletos de fideos, como a ella le gustaban; también sus gatos y hasta un altar que le hizo mi tío Dolores, pa' que pudiera rezar cuando le diera gana.

De niña, nos platicaba mi tía Oralia, ella siempre estuvo metida en la cocina, sin que nadie la conociera siquiera en la voz; de grande, únicamente salió de ahí pa' asistir a la boda en que ella se casó con Esteban Márquez, pero volvió a encerrarse otra vez y todos sus hijos terminaron por olvidarla, hasta que la encontraron muerta en el rincón en que durmió a lo largo de ochenta años.

"Güeno, ¿y eso a mí qué?", me pregunté de lo que había pasado a mi amá Fátima. Entonces, cerca de la puerta que da a la calle, le pedí a mi tío la llave: "Ándele, que se me hace tarde..." Y él se levantó del suelo en que había dormido sobre un cartón, diciéndome: "Sí, sí..." En ese momento me fijé que mi tío, desde que yo tenía razón, andaba todo chamagoso, embarrado de aceite por los fierros viejos y, por eso, le hicieron una noticia en *El Mexicano*, en el que decía: "Es un filósofo que se baña únicamente los días de La Candelaria de cada año." Además, pusieron que él sabía todas las profecías y leía siempre libros que hablaban de los marcianos que habían llegado a la tierra. Sin embargo, a veces me daba lástima porque nadie le hacía caso cuando él trataba de platicarles algo, por eso, a cada rato, lo encontrábamos hablando solo y diciendo cosas que a todos nos daban risa.

Pa' mi desesperación, con la prisa que yo tenía por salir de la casa, mi tío con sus pelmas no encontraba la llave de la puerta. "Ándele, don Lolo... Dese carrilla..." Pero él nomás se quedaba como atontado. "Dejen dormir..:", gritó El Niño Revelación. Y mi tío, tan consecuente como había sido con él desde

que lo bautizó así porque creía que su nacimiento trairía la luz a la casa, lo tranquilizó: "Duérmase, mi niño..." Después de haber apodado así al hijo de mi tío Emiliano, se soltó poniendo nombres raros a todos los niños que iban naciendo en la familia, aunque todos se burlaban de él. Así nació Levitación, a pesar que su mamá la llamaba Elizabet. Y cuando todavía la mujer de mi tío Emiliano no paría a su última criatura, él ya le decía: "Ven, Salvación... Deja que te platique de tu mundo..." Y a todos nos daba miedo que le hablara así a un niño que todavía no nacía.

Finalmente sus dedos emporcados sacaron, del hueco que había entre la paré y el cuadro de la Purísima Concepción, la llave mentada. En cuanto él abrió, salí como si me la hubieran aventado. Afuera arranqué por la calle a pesar de estar oscura porque era todavía de noche y, pa' que se me quitara el miedo, me puse a pensar en El Nano.

En eso que me viene a la cabeza la idea de que estaba mal que todos durmiéramos en la sala, amontonados y casi sin cobijas, mientras que mi tía Oralia del Pilar tenía pa' ella sola una recámara. "Está cabrón...", me dije. "Pero en cuanto gane dinero me voy de la casa..." Y no pude dejar de sentir envidia por la cama vieja en que dormía mi tía, hecha de latón y con figuras raras; el ropero con sus dos lunas, tupidas con flores esmeriladas en los bordes; el buró descarapelado y con las gavetas apretadas por la humidá. "Ella sí tiene casa donde vivir...", pensé. "No que nosotros nos la pasamos como en gallinero..."

De pronto, por el frío que hacía, me dolió la postemilla. "Chingado...", pensé. Y seguí caminando a lo largo de la calle Mariscal, en donde la repentina luz de un carro que pasó iluminó a un borracho que estaba muriéndose mientras se tentaba el estómago porque allí tenía clavado un picahielo. Hasta me dio miedito al oírlo pegar unos gritos pidiendo ayuda, pero de rati-to se me quitó cuando me puse a pensar en el pantaloncito vaquero que le iba a comprar a mi niño en Futurama, con el

dinero que me pagaran. "...Le quedaría muy bien con una camisa de cuadros...", me dije. "Nomás ojalá que no llegue tarde, San Martincito de Porres."

Luego de brincar algunos charcos que había en la calle, vi que de El Seveniseven salía una pareja. Ella todavía estaba chava, con la falda recortada hasta casi vérsese nalguita y el pelo lo tenía teñido con agua oxigenada; él, más pedo que la muchacha, era un parna que trataba de sacarla de ahí a fuerzas. "Andan pedos", me espliqué. "Y ella no quiere con él... Pero pos qué, si ya se ve guanga... Debería mejor seguirle en la pipiluya."

En el momento de cruzar la banqueta de enfrente oí que desde adentro de la cantina alguien gritaba: ¡Déjala, cabrón! Y salió Juan, uno de los amansaborrachos. "Sigue igualito de güeno el Juan ése... Lástima que haiga sido muy compa de El Nano; sino, ya me lo hubiera jainiado..."

Entré y, parada como tonta, me puse a ver los chingazos que el tal Juan le ponía al parna (tanto que hasta tenía los labios anchos y color de rosita, el cabrón) que nomás gritaba en inglés: "¡Yu, sanababich!" Pero a cada rato le sonaba su cabezota como si la tuviera güeca, cuando se pegaba en la banqueta, después que Juan lo tumbaba de los trompones que le daba.

Y cuando ya tenía al negro abajo, salieron como unos cinco parnas más de la misma cantina. Todos iban cayéndose de borrachos. Entonces empezaron los sanababichis y los chingatmadre antes de liarse a putazos todos, porque también unos choferes de taxi vinieron a hacerle el paro a Juan.

De rato, la vieja, tranquilamente se fue con el negro que la estaba jaloneando pa' sacarla, mientras que los otros todavía estaban prendidos a moquetes. Lo gacho fue cuando Juan rompió una botella de cerveza que estaba vacía y tirada en el pavimento. Con los picos de ella le destrozó la cara a dos de los negros, casi todos terminaron bañados de sangre.

Y que me acuerdo que yo tenía que ir a ponerle al camello. "Chingao, no sé pa' que me embarqué tan feo...", me dije. Pero

iba caminando mientras en mi cabeza llevaba todos los pensamientos revueltos. Finalmente, cuando casi amanecía, llegué a la parada de las ruterías que van a los parques industriales. “Seguro que allá en el Chamizal ya está clarito de amanecido”, pensé. Era tan tarde que ya casi no había muchachas esperando la rutería pa’ las maquiladoras.

En cuanto hubo una me subí, después de aventar a una gorda que me estaba estorbando la entrada a la camioneta. Y ya se estaban haciendo los chingazos ahí, si no hubiera sido por el chofer, que nos gritó: “...Ora viejas calientes, que no tengo su prisa...! ¡Súbansen o peléensen en el parque...!” Arriba, en la camioneta rumbo a la fábrica, la gorda soportó de aquella. Me dijo que también jalaba en la misma fábrica. “Chida”, le dije. “Y ¿qué tal es la onda ahí...?” “De aquellita”, me respondió. “Todos los supervisores se portan bien y nunca te la hacen de tos... Nomás tienes que ponerle duro al jale y hacer las cosas bien pa’ que no te las devuelvan...” “Juega”, dije y troné los dedos.

Íbanos las dos bien machines, La Gorda y yo (así le puse a Federica desde que la conocía) como si nos hubiéramos conocido desde hacía un chingo de tiempo. Después de checar a mí me mandaron a una línea en la que no conocía a nadie. Nomás me dijeron: “Tú te vas a pegar estos alambritos con soldadura en este aparato...” Y ni siquiera me enseñaron bien cómo hacerlo, porque el inge se fue a enseñar a otras.

Ya en la joda, estaba yo ahí toda jetona porque a nadie conocía. Pos por primera vez en mi vida le estaba poniendo al jale. Mucho menos se me hubiera ocurrido pensar que yo trabajaría en la Alen a pesar de los quemones que todas decían que todas se daban con el pinchi cautín y, sin embargo, veía que se aventaban al jale de volada, como si nada. Y eso me daba coraje, porque me hacía sentir como si yo estuviera muy pendeja. Y a pesar de todo, el supervisor no me decía nada. Nomás pasaba y se me quedaba viendo. Fue como hasta la

semana cuando empezó a darme carrilla: “Órale, más aprisa... Nunca vas a terminar...” Y yo, a punto de llorar, le pedía: “Pá- seme chanza, ¿no...?” “Verá mañana como ya le agarro la onda...” “Ándale pues, pero mueve las manos...” Y se iba como si nada.

Las chavas que trabajaban cerca de mí, entonces empezaban a hacérmela cansada: “Úfale, si apenas llegaste y él te está consecuentando, tú... ¿Quién lo viera con lo perro que es...?” Pero yo no les contestaba, porque estaba bien encabronada, además que no me lo decían directamente a mí sino que hacían como que estaban echándole la hablada a otra. Era tanto mi coraje que me iba a levantar pa’irme a la casa. “Alcabos que a mí no me falta comida”, me dije. Pero en eso tocó la hora de la comida y todas tuvimos que salir a la botana.

Afuera, de volada, me encontré a La Gorda. “Vente, Güerra...”, me dijo toda confianzuda. “...Vamos a echarnos unos burros...” Pero a mí me daba vergüenza no traer dinero. “No tengo hambre”, le respondí. Y ella ni me peló. Caminamos hasta que llegamos a una cafetería en la que vendían comida. “Y tú, ¿qué quieres?”, preguntó. La verdá era que yo sí tenía mucha hambre porque no había almorzado nada (nomás unas mordiditas a la semita, si mucho). No supe ni cómo le dije que no traía lana, y de nada sirvió porque ella ni caso me hizo otra vez. Nomás le dijo a la señora gorda que atendía: “...Que sean cuatro y dos cocas...”

Luego de haber comido, ella sacó una cajetilla de Baronet y me dio uno. “Oye, Gorda... Digo, Federica...” Entonces me agüité porque pensé que la había ofendido. “No chingues, a mí me gusta más que me digan La Gorda”, me contestó mientras me daba lumbre pa’ prender mi cigarro.

“Es que te quería decir que aquí las chavas son de poca madre, como tú”, le hice saber... “No te creas... Hay de todo”, me respondió. “En mi línea hay unas que son muy mamonas y apretadas”, me explicó.

De regresó (antes de entrar a la fábrica), me dijo La Gorda: "Voy a decirle a mi supervisor a ver si quiere cambiarme a tú línia pa' estar juntas..." "Sí, ándale..." "Porque no me gustan las cabronas con las que me tocó..." "A ver si se me hace...", me dijo antes de irse a su línia.

En cuanto que me senté, que empiezan a joderme las güeyes que estaban frente a mí: "Uy, qué rápida eres María...! ¡Darnos chanza de alcanzarte...! ¿No?" Pero yo no las pelaba y seguía jalando. Así siguieron llenándome el hígado con piedritas y yo como sin nada. Fue hasta casi antes de salida cuando, de lo pensativa que estaba en mis transas, se me salió un pedo pero bien sonoro que se oyó fuerte a pesar del ruido de las máquinas, cuando de volada me dice una de las chavas: "¡Úchale, yo que pensé que eras muda pa' hablar...!" "No, con la otra boca hablo hasta inglés..." Y, todas, de aquello, nos soltamos riendo con ganas.

No había día que mi hermano Cuco (el más grande de todos) no pusiera en el tocadiscos a Elvis Presley, con su Donbicru a todo volumen, y esto hacía que yo me despertara enojada y rayándole la madre. Entonces mi mamá nos decía: "Cuco, deja a Cata... No empiecen a joder." Sin embargo el pleito nunca pasaba de aquello, porque mi madre siempre tenía que despachar a mis carnalitos a la escuela.

De puro coraje yo prendía la televisión que tenía en mi cuarto a todo volumen también, porque me gustaba ver a Los Yefersons, en el canal 4, desde que estuve estudiando inglés en La Lidia Paterson.

Y, todavía acostada sobre la cama después de ir al baño a orinar, yo misma me llevaba el desayuno de lo que mi mamá había preparado pa' mis hermanos. "Mira tú, cómo eres comodina... Ese pan con mantequilla es pa' Beto...", me reclamaba muy encabronada mi jefa.

Pero yo únicamente me reía y corría hacia la cama, con el plato en la mano y, a veces, sin vestir más que el beibidol con que dormía, me aprontaba a la mesa. El más atrevido de mis hermanos era Jorge, porque siempre me pellizcaba las piernas. Y yo, atacada de la risa, le decía: "Tan chiquito y tan mañoso (porque apenas tenía doce años)... Tú vas a ser un viejo plumo." Pero eso sí, con más chacoteo que con coraje, le daba un manotazo. "Tú tienes la culpa", me reconvenía mi mamá. "No sé cómo te gusta andar ahí con el mosquero des-tapado."

Después que Cuco se iba a trabajar en la rutera, sí me ponía a ver la tele a mis anchas mientras que todavía seguía en la cama acostada. Y entonces empezaba mi jefa: “¡Ya levántate que son las nueve...! ¡Deberías de ayudarme por lo menos recogiendo el plato en que comistes...! ¡Tú nomás ahí echadota sin que te importe que yo me esté tallando el lomo aquí sin parar un rato siquiera...!” Entonces yo nomás cerraba la puerta de mi cuarto para no oír aquello.

Era muy padre estar acostada, sin hacer absolutamente nada. Yo disfrutaba hasta el último momento de la mañana viendo televisión; además que no me gustaba que nadie me molestara. “Esta niña no sé qué tiene que nomás se la quiere pasar acostadota y cuando se pone de mal humor anda aventando las cosas...”, se quejaba siempre mi mamá con las visitas. Por eso nomás oigo en la mañana que ya se despertó y ni siquiera volteó a verla porque es muy geniuda.

Si por ella fuera es capaz de pasársela todo el día acostada y viendo televisión a todo volumen, sin salir más que a comer algo y se regresa luego luego, seguía quejándose mi mamá. Y es que ella pos no tiene preocupaciones como una; si no andaría como yo en pie desde las cinco de la mañana, sin parar en todo el día, porque la carga hace andar al burro.

A veces, cuando no veía televisión, oía radio a todo volumen también sin levantarme ni vestirme. Nomás me arrimaba *La novela semanal* y me ponía a leer hasta que terminaba de un solo tirón todas las páginas de la revista.

“De plano... Tú eres una desvergonzada”, me reprochaba mi mamá, cuando andaba en puros calzones en toda la casa, sin que me preocupara si alguien que no fuera de la familia estuviera de visita. Y me decía: “Niña, no vayas a salir porque tenemos visita...” También les explicaba a los visitantes: “...Es que a esta muchacha le importa poco salir como anda a pesar de que aiga gente en la casa...”

Me acuerdo que hasta los doce años me gustó meterme a

bañar con los muchachos. Aunque siempre andaba mi madre con que “...Salte de ahí, Catalina... Tú no debes estar junto con los hombres porque eres mujer y ellos te pueden hacer una grosería.” Y yo me quedaba pensando: “Bueno, ¿y qué es una grosería?” Hasta una vez se me ocurrió decirle a mi jefa que Meni, mi hermano, me había hecho una grosería, nomás porque me golpió con un pie cuando nos bañábamos juntos en una tina en el patio.

Luego luego mi mamá fue y lo manotió. “Niño pelado...”, le gritó. “Ni a tu hermanita respetas, ¿que irá ser de ti cuando seas grande...? Me vas a dar muchos dolores de cabeza... Pero verás cuando venga tu padre lo que le voy a decir, pa’ que te castigue...”

Y yo, todavía sin comprender lo que era la mentada grosería, pensaba que se trataba de golpear a una niña. Entonces, cuando mi madre me preguntó: “Y, ¿qué te hizo, mi reina?”, yo le mostré bajo los calzoncillos con mi dedo la parte en que me había golpeado. En eso ella se quería casi desfallecer al pensar que Meni me había desflorado.

En cuanto llegó mi papá, ella acusó a Meni: “Este niño cochino que ni a su hermanita respeta”... Y a pesar de la angustia de mi madre, mi papá soltó una carcajada y le dijo: “Si serás bruta, mujer... No ves que la criatura ni puede ni sabe hacer esas cosas. ¿No te das cuenta...?” “Pero Catita, ¿qué fue lo que le hizo?”, casi lloró mi madre. “...Y tú tan tonta para creerle, ¿verdá?”

Esa vez pensé que le iban a pegar mucho a Meni (por eso hasta ya me había arrepentido de haberle dicho a mi mamá). “Es que me pegó con su patota”, le expliqué a mi papá, cuando me pidió le dijera todo. Todavía no había terminado yo de hablar cuando mi madre se soltó llorando. Él nomás menió la cabeza.

Mi papá me quería mucho. Por eso siempre me le sentaba en las piernas a pesar de yo ya tener veinte años (después de

haber conocido a Roberto y mi mamá, así como es de delicada, siempre andaba diciéndole a él: “Deberías tener más cuidado y no dejar que se te siente en las piernas Cata”, porque se ve muy mal que ella tan grandota la tengas encima. Y la verdá que mi jefe me agasajaba a veces, poniéndome su mano en las piernas, aunque no lo hacía con mala intención. Lo que pasaba era que él creció en el Otro Lado y allá no había fijón. A mí, pos la neta, me valía cuando se me escurría la falda y él me veía buena parte de lo que tenía yo adentro.

No sé pero era tan bonita la confianza que nos teníamos los dos, que todavía a los catorce años mi papá me conocía todo. Muchas veces entró a mi cuarto y delante de él me cambiaba de ropa sin que ninguno de los dos se escandalizara. Él me respetaba al igual que yo a él. Aunque a mí, mi papá se me hacía el hombre más guapo del mundo. Me gustaba mucho por sus ojos enmielados y profundos, su pelo castaño y entrecano, su color de piel y su barba partida. Por eso yo le decía: “Papá, cuando tenga un hijo, quiero que sea como tú hasta en el nombre...” Y él se soltaba riendo de buena gana.

Yo era su favorita. Por eso nunca me quiso mucho mi mamá. Nomás llegaba él de su trabajo en El Paso (desde que se casaron ellos, él era carnicero en Silvas Supermarket) preguntaba por mí: ¿Dónde está Yoko? Así me decía porque él siempre andaba con que me parecía a Yoko Ono, la de John Lennon. Y entonces me entregaba lo que me traía. A mí nunca me faltaron zapatos, vestidos o cualquier otra cosa. Todo me lo llevaba él. Nunca llegaba con las manos vacías para mí. Cuando no tenía dinero, por lo menos me llevaba un Jerchis pa' que me lo comiera después de la cena, porque sabía que me gustaban mucho esos chocolates.

En cambio con Cuco él era diferente. No sé, pero a veces se le notaba como que no lo quería. Tal vez porque no era su hijo. Su papá había sido un señor que vivió antes con mi mamá y Cuco había salido a él. Por eso mi papá siempre andaba echán-

dole a los negros con quien él trataba en El Paso: “Son unos cabrones que no trabajan y todo lo quieren de El Güelfer”, decía. Y mi mamá se sentía ofendida porque el papá de Cuco era de color.

“...Lo que pasa es que todavía está celoso”, me explicó mi agüela Enedina. “Nunca le va a perdonar a tu madre que antes de él ella aiga tenido por hombre a un negro.” Y es que cuando mi papá empezó a trabajar, en El Paso, era un simple mandadero en una tienda de El Fortblis y los soldados negros (dice él) lo trataron con la punta del pie. Eran muy mandones y casi nunca le daban propina. También dice que arregló residencia y luego luego se fue a Los Ángeles a buscar trabajo, porque no hallaba aquí en El Paso; y mientras que él tuvo que comer sobras que se encontraba en los botes de basura, muchos negros vivían mamándole la teta a El Güelfer.

Sin embargo, había algo que sí me caía gordo de mi papá: Siempre, los domingos por la mañana, en cuanto se levantaba, empezaba a joder con que “...Vámonos a misa.” Él era muy creyente y, por eso, nos daba mucha carrilla. Entonces todos teníamos que bañarnos y ponernos ropa limpia (y a veces hasta nueva) nomás pa' ir a la misa de doce en la iglesia El Carmen.

El orgullo de mi papá era llegar toda la familia en la camioneta, también limpiecita, al atrio de la iglesia y saludar a los Martínez, a los Aguirre, a los López... Antes de que empezara la misa. Entonces decía lo que pensaba de México: “Si yo me hubiera quedado aquí, nunca hubiera logrado siquiera tener un trabajo fijo... No que allá, pos, no me falta... Ahora tengo mi casa propia y les estoy arreglando pasaporte de residencia a cada uno de mis hijos. Es que en nuestro país (y conste que lo digo con lástima) nadie hace nada por salir de donde estamos; mientras que allá, en el Otro Lado, todo es muy legal... Si lo para a uno la policía, no le anda pidiendo dinero para dejarlo ir... No sé en que irá a terminar todo esto...”

Y empezaba el otro, con quien conversaba: "No, don Artemio, pa' qué le cuento... Viera: Me la pasé casi diez años sobándome el lomo arreglando motores en un taller que está en la Hermanos Escobar y ni siquiera pude darles estudio a mis hijos... Pero ahora, después de que arreglé residencia, nomás trabajo por las mañanas y en menos de dos años ya voy a terminar mi casita en La Insurgentes."

"Por eso le dije yo a mi viejo -metía su cuchara mi jefa- que nomás la primaria hagan aquí los muchachos... Y allá, pos los metemos a una escuela de gobierno... Sirve que desde chicos aprenden inglés. Ya ve usted cuánta falta hace para trabajar allá..."

Y a veces hasta el padre Estrella le hacía al cuento en su sermón: "...Si no fuera por la ayuda que me dan los hermanos de La Cristian Faundeichon cada mes, yo no hubiera podido levantar una capillita en la colonia Echeverría, porque aquí ya no alcanza el dinero... A pesar de la buena voluntad de ustedes con sus limosnas que le dejan a este templo..."

Todas las familias de bien, a la salida de misa, éramos despedidas por el mismo cura, quien después de oficiar salía a la puerta y empezaba a darnos la bendición. Entonces mi papá (al igual que todos los que trabajaban en El Paso) en el momento de darle la mano para despedirse del padre, le entregaba un billete hasta de diez dólares, muy bien dobladito para que no se notara. "Es un santo este padre...", comentaba mi papá en el camino de regreso. "Mira (se dirigía a mi mamá) que ser de una familia rica y venirse a oficiar en esta colonia rascache..." "Sí", comentó mi hermano Beto. "Por eso dice la gente que traía ese carro tan lujoso." Pero no cabía duda que mi papá le había agarrado buena idea al padre Estrella después que éste le bendijo su primer carro nuevo, hace cinco años, y el mueble le salió muy bueno. "Es que Dios quiere que yo no esté gastando dinero para todo...", le decía a mi mamá. "Y ya ves, pos hasta me duró tres años con la pintura sanita; si no hubiera sido porque compré esta camioneta nuevita, no lo hubiera vendi-

do". Otra cosa que no me gustaba, era que todos los sábados tomaba. "Buenas noches, Doña Sofía...", le decían a mi mamá los amigos de él. Y ella, mientras tejía sus interminables cojines y colchas, con los lentes encima de la nariz, como si fuera una anciana, secamente les respondía: "Pasen, están en su casa..." En la sala, inquieto y con una botella de Carisac, los esperaba mi padre. Desde que llegaba, eso sí, renegaba con nosotros porque le habíamos perdido el juego de dominó o le habíamos rayado algún disco de Javier Solís. Entonces ni yo que era su favorita me escapaba de sus regañadas, cuando casi llegaban sus visitas y a mí se me caía accidentalmente algún vaso en el momento de ponerlos sobre la mesita de centro.

En las siguientes cinco horas, nadie podría hablar fuerte en aquella casa que no fuera algún invitado. Entonces mi mamá nos mandaba a dormir después de las nueve de la noche o nos ordenaba que no saliéramos a menos que al baño y regresar luego luego. Sólo mi padre y sus amigos podían hablar y alegar por cualquier pendejada, peliarse por las trampas que se hacían o quebrar vasos y botellas, sin que nadie les dijera nada por lo que habían hecho en la sala que mamá tanto cuidaba. Un día escuché por primera vez de sus bocas la palabra cabrón, cuando apenas iba a la doctrina para la primera comunión.

Una vez que vino mi abuela de Guadalajara a visitarnos oí que mi madre le explicaba: "Es que prefiero que tomé aquí, mamá... No que de otra manera puede volver a las andadas, como cuando se metía a las cantinas con la Marta aquella... A la que sacaba de El Pepitos todos los viernes después de que él salía de trabajar. ¿No cree...?"

Y por si fuera poco, a pesar de lo creyente que era mi papá, me di cuenta que tenía la mente muy cochambrosa. Tanto que una vez, cuando yo ya andaba con Roberto como amante, antes de irme a trabajar a la fábrica me dijo mi mamá: "Ándale, hija, ayúdame con las camas mientras que yo alzo la cocina... No quiero que venga tu padre y la encuentre como la

dejó...” De mala gana, y en el momento de arreglar las almohadas de la cama en que dormían mis papás, salió un librito que me llamó la atención por el título. Se llamaba algo así como *La enfermera ninfómana*. De esas veces, empecé a hojiarlo y me encontré que era una novelita pero bien cachonda. Tanto que me dije: “Bueno, ¿y porqué no se la enseño a las muchachas en la fábrica para que se botaneen?”

De pura malora que soy, se la empecé a leer a la hora de la cena. Y entonces les gustó tanto a ellas que me dijeron: “Préstamela, ¿no...? Para leerla más agusto en el baño de mi casa, con mi cafecito, mi cigarrito y mi tele.” Así, el librito anduvo en manos de todas hasta que me lo devolvieron ya sin pasta de tanto manosiarlo. Mi papá, pienso yo, nunca me dijo nada porque creyó que su vieja lo había quemado.

De los dos, mi mamá era la más delicada. No podía uno decir malarraciones delante de ella, porque se molestaba; sin embargo ella sí las decía cuando estaba enojada. Y hubo muchas veces que nos la rayó bien feo. En cambio mi papá era delicado pero con el dinero. A él no le gustaba que fueran a pensar los vecinos que él nos traía en las últimas. Por eso, cuando le dije: “Papá, voy a dejar la escuela”, le dio el soponcio. Empezó a decirme que él siempre había procurado darnos lo mejor para que no tuviéramos algo que nos faltara. “...Y ahora tú, me sales con eso.” Yo, por mi parte le expliqué que el inglés no me entraba. “Es por tu bien...”, me rogaba, como era su costumbre. “Algún día me lo agradecerás...” “Pero es que se me hace redifícil... Todavía se tratara nomás de leer, pero no... También hay que pronunciarlo; y eso, pos no me sale...”

La noche en que le dije que no quería ir a la escuela, duró buen rato con el sentimiento de que yo no lo quería porque ya no iba a estudiar como él me lo había mandado. “Es inútil, vieja... Los hijos no comprenden que los padres queremos que ellos tengan un mejor futuro para que no batallen como uno que se tuvo que tallar el lomo...” Y mi madre también, en el

fondo, sentía lo mismo que él. En cambio yo, pos estaba medio feliz porque no quería volver a aquella escuela (La Lidia Paterson) porque Mis Trejo me traía del chongo, dándome carrilla con la pronunciación, además que se burlaban mucho de mí los compañeros cuando me tocaba leer en voz alta.

Al día siguiente, antes de irse al trabajo, me dijo mi papá: “Pos si no quieres estudiar, allá tú; pero te pones por lo menos a trabajar.” Y aquello me dejó aturdida porque no sabía cómo tomarlo.

Ese día mi prima Meche y yo, la que hallaron muerta en el Lote Bravo, nos salimos a buscar trabajo como a las diez de la mañana. Nos compramos *El Fronterizo* y empezamos a buscar en el anuncio clasificado: “Solicito cantinera presentable, sueldo según aptitudes; úrgenos un mensajero con bicicleta propia y pasaporte local; sirvienta para atender a una persona sola que no tenga problemas de residencia en los Estados Unidos; secretaria para una empresa líder en su ramo...” Finalmente, en un pedazo fuera del clasificado, decía: “Acapulco Fashion necesita señoritas sin experiencia que deseen trabajar en la elaboración de prendas de vestir. Citas con la señorita Gutiérrez...” “Esto me gusta”, le dije a la Meche. Pero ella en ese momento tenía el antojo de comerse una piña con mucho chile en polvo y limón. Así, entre la piña, el agua fresca, el burrito, la coca, la paleta de chocolate, la naranja partida, la jícama, el elote, la nieve de fresa, el raspado de rutbir, la rebanada de sandía y la de coco, las palomitas de maíz, las gelatinas, los duritos de harina frita con chile colorado y toda una cajetilla de Baronet, llegó el mediodía y nosotras estábamos todavía sentadas en una banca de El Monumento.

Entonces nos dio hambre y nos fuimos a comer a la casa. “Es que no hay trabajo...”, le dije a mi mamá. “Pos a ver que le dices a tu padre cuando venga.”

Luego, de la regañada que me dio en la noche, al día siguiente iba yo tan priocupada a pedir trabajo en la Acapulco

Feichon. De tan apurada que iba por lo que me dijo mi papá, no sé ni cómo le hice pa' entrar a trabajar ahí. Nomás me acuerdo que hablé con un licenciado que traía un traje azul de rayitas y corbata roja (más bien parda), que me presentó a Trini para que me enseñara a hacer todo. "Ella se va a quedar con nosotros, así que se la encargo", le dijo el licenciado.

Lo primero que me llamó la atención es que todas las muchachas que ahí trabajaban tenían los dedos picoteados. "Y, ¿eso que tienes en el dedo?", pregunté a Trini. Ella, viéndome con desconfianza, me contestó: "Es la máquina de coser que a veces nos agarra los dedos cuando nos descuidamos." Entonces yo nada más exclamé: "¡Ah!"

Ese día ni me cansé de hacer lo que me pusieron. Pero sí me di una hambriada buena porque nomás tenía diez pesos (y me quedaban cinco para el camión de regreso), por lo que me compré en un puestecito un Gansito y una Coca para calmar la lombriz que ya me traiba.

A la salida como a las cinco de la tarde, tenía yo un dolorón de cabeza y ni hablar quería porque tenía el estómago pegado a la espalda. Toda trasijada.

En cuanto llegué a la casa nomás entré y sin quitarme la ropa me fui a dormir a pesar de que eran apenas las seis de la tarde. En la noche, cuando me hablaron pa' que fuera a cenar, nomás gruñí (dice mi mamá) y me volví a quedar dormida como sin nada. Entonces, con el vaso de leche que me llevaba en la mano, ella comentó: "Siempre pasa así el primer día de trabajo en la vida."

Hasta los cuarenta años anduve yo con el brete del matrimonio. Nomás conocía algún muchacho y pensaba: "Chuya, éste sí que es formalito... Y si te pones lista, puede que termines casada con él." Pero pronto se me vinieron encima los cuarenta y un años, los cuarenta y dos, los cuarenta y tres... Y aquí estoy con casi cuarenta y cuatro cumplidos. Ya ni pienso en eso siquiera. Ahora me digo a mí misma: "Bueno ¿y cuál es la diferencia...? Así me la estoy pasando bien, al cabos..." No voy a decir que todos los hombres con los que he tenido algo que ver aigan sido unos cabrones, porque también yo me portaba mal cuando ellos querían algo serio conmigo.

Me acuerdo en este momento de Candelario. Él siempre que iba a mi casa andaba besuquiando a mi Sarita. Y yo me prevenía: "Este güey me quiere ganar, siendo muy cariñoso con la niña, pero yo no soy ninguna pendeja; además que no me gusta él porque nunca traiba dinero..."

En aquellos días contaba yo con mis veinte años y todos los hombres (recién entré a la fábrica) me compraban lo que quisiera, nomás porque me acostara con ellos. Por eso me sentía como si tuviera mucho dinero. Bastaba con que le insinuara a cualquiera con los que andaba yo saliendo: "Tengo ganas de ponerme un vestido como aquel que está en el aparador de Las Carolinas." Y me lo llevaban al día siguiente. Desde entonces, yo empecé con mis pretensiones. Para salir a la calle me envolvía en un vestido chemís (de ésos que en aquel tiempo se andaban usando y que tanto me gustaban), porque me encantaba

que tuviera un escote muy escandaloso entonces y, al no tener mangas, podía lucir mis hombros. Sin faltar, por supuesto, los aretes grandes de colores y en mi pelo cada seis meses iba al peinador a que me lo pintaran de güero.

Desde que tengo razón, nunca me he comprado yo un solo vestido. Todos me los han ido regalando los viejos con quienes he tenido algo qué ver. También, de puros regalos que me han ido haciendo, levanté mi casa. Ellos, por querer quedar bien conmigo, me han llevado el refrigerador blanco que todavía tengo, la cama enchapada de nogal en la que duermo, la televisión a colores, el ventilador gringo con que me refresco en los veranos, el tocadiscos café que está en la sala, el buró que Sarita rayó con una tijeras (porque un hombre que llega con las manos vacías con una mujer... ¿Cómo quiere que se fije en él?). Lo que sí he tenido que comprar ha sido ropita para mi niña, aunque a veces le quito dinero a su padre. Le digo: "La Sarita ya no tiene zapatos, Natalio..." Y él, con tal que me deje coger otra vez cuando va a visitarme en mi casa de la colonia San Antonio, me da lana sin hacer escándalo. Además que a su hija nunca le ha negado nada. Hasta la cabrona está nomás pensando en ver a su padre para quitarle dinero.

Tamién fue Natalio quien me compró aquel carro destaralado que yo manejaba. Y me advirtió: "Lo cuidas porque me costó mis cincuenta dólares, ¿eh...? Nomás porque no quiero verte batallar esperando el camión..." Esa vez, me vio en la esquina de la casa mientras yo esperaba el camión. Era de esperarse porque en aquel tiempo tardaban en pasar hasta una hora. No era como ahora que pasan a cada rato. Eran unos camiones que tenían los asientos de madera y cobraban un diez de pasaje.

En cambio, Candelario llegaba y se ponía a platicarme de sus trabajos: "Fíjensen que ya mero aprendo a componer radios (hasta de usté me hablaba el güey), y con esto sí podría

ganar un buen dinero... Por lo pronto, voy a seguir trabajando con estibador en el mercado Cuauhtémoc mientras que estudio radiotecnica por carta..."

Si algo de bueno tenía el tal Candelario era que me arreglaba todo en la casa, por servicial que era. A veces hasta a traer petróleo para el calentón me servía. Yo lo mandaba y él iba contento.

Lo que sí tenía eran sus celos. Cuando me visitaba un hombre, él se salía sin despedirse siquiera y no volvía en varios días. No faltaba cómo, pero yo me enteraba que en ese tiempo él agarraba la tomada en serio. Eso sí, era bueno para empinar el codo. Con eso de que cuando llegó de Torrión ni casa tenía y anduvo durmiendo en las cantinas durante las noches mientras que en el día le hacía la lucha por pelarse a el otro lado. Pos conocía a muchos cantineros que ni le cobraban siquiera lo que se tomaba.

Por mi lado, me ponía mis borracheras en la casa oyendo La Nave de Olvido de José José, tomándome mis Cartas Blancas cuando me ponía triste y quería casarme. "Es que una tamién tiene sus sentimientos, ¿o no...?" Y Nacha, de quien yo aprendí que a los hombres hay que usarlos antes que le saquen provecho a una, nomás me decía: "¡Ay, Chuya...! ¿Cuándo se te quitará a ti lo sentimental...?"

Pero ninguna canción me hacía llorar como Sin Sangre en las Venas de Javier Solís. Esa sí que me sacaba de adentro del pecho todo lo podrido que me ha dejado la vida. "No sé por qué tienes mala suerte, Chuya... Si tú ni fea eres...", me consolaba Nacha. "Yo hubiera querido tener esas piernas como las tuyas." Esa vieja, sin dientes ni ánimo de vivir, fue la única amiga fiel que he tenido desde que el cabrón de Natalio me trajo de Villa Ahumada. Por eso el día que se murió, yo fui la única que le llevó una corona de flores al pantión. Todo porque sus hijos nunca la pelaron ahora de grandes.

Sin embargo Nacha ya no me vio cuando cumplí mis treinta años. Esa noche de mi cumpleaños lloré sin darme cuenta por qué. Días después encontré la respuesta: Frente al espejo del peinador pude ver que aparte de lo que me afeaban los dientes cafés que tenía desde niña, por el agua salada que tomábamos en Villa Ahumada, se me arrugaban un poco los párpados; además me estaba haciendo caderona y en la panza me crecían algunas lonjitas “¿Dónde está aquella Chuya que bailaba sobre una pista en El Bajarí y todos los borrachos hijos de su puta madre se calentaban por mis piernotas macizas y torniadas; a parte de, no se diga, las tetas firmes y llenadoras de brasieres...? ¿Dónde están las nalgotas que yo tanto movía al ritmo de las cumbias...? ¿Dónde está la piel suavcita que decía Natalio que era lo que más le gustaba de mí? Entonces fue cuando ríalmente empecé a sufrir en Juárez.

Desde que me di cuenta que me estaba acabando no pude estar tranquila. Iba al cine con Sarita pero las películas me aburrían; iba al circo y hasta me daba coraje cuando mi niña se reía de los payasos; iba a bailar sin ganas, porque sabía que los viejos lo que querían era que me fuera a la cama con ellos y a mí me empezaba a chocar que me tocaran; iba a tomar cerveza y hasta chorrillo me daba la cabrona, por la mala gana con que me la tomaba.

En ese tiempo, en cambio, me dio por hacer con gusto los quihaceres de la casa; antes, ni pensar lo que me quedara a remendar las calcetas de Sarita. Pero a partir de esa cosa rara que me dio, aprendí a coser, a tejer, a cocinar, a barrer bien la casa (porque hasta eso, se me estaba olvidando). Aparte que ni Candelario me buscaba ya, por eso salieron goteras en el tiempo de lluvia; además que la cama comenzó a rechinar, la puerta a no querer cerrar bien..., pos él me hacía todo esto y yo nunca supe apreciar.

Tamién, los hombres que me iban a visitar me caían gordos. Álvaro siempre hablaba de sus peleas de gallos; Pedro de

sus parrandas en las que había gastado más de mil pesos; Manuel con sus carros Biuik grandotes y lujosos; Adalberto con la nueva cantina que había puesto en la Vicente Guerrero; Demetrio del botellazo en la cabeza que le dieron por una de las bailarinas de El Segundo Frente en Guarafil; o Mario, de sus quince días de cárcel porque había golpeado a una cantinera que le quería cobrar de más.

En cambio, comenzó a gustarme el novio de mi vecina Chole. Y es que se veía muy seriecito. En ésas anduve hasta que una vez de volada, en la esquina, le saqué plática la primera que lo vi solo. “Mire nomás, ¿pos pa’ qué tanta prisa”, le dije con todos mis años. “Es que Chole debe estar esperándome desde hace una hora...” “Ándele, mejor véngase a tomar una cerveza conmigo.” Y lo invité a pasar a mi casa, después de todo nadie se iba a dar cuenta por lo oscuro que estaba la calle. “Ándele, no le voy a hacer nada... ¿O me tiene miedo...?” “No, pero casi son las nueve de la noche; además que a lo mejor usted ya se va a acostar...” “Véngase”, lo jalé de la mano.

Adentro, en cuanto entramos, él se puso a un lado de la puerta. “Es que está muy tiernito todavía”, pensé. Y le apresuré: “Ándele, déle el pajuelazo...” Entonces le ofrecí una Carta Blanca. Pero él nomás besó el pico de la botella. “Es que yo no tomo...” me explicó. “¡Ah, cabrón... Nunca me había salido un hombre con estas mañas!” me sorprendí. “Y ¿ahora qué hago?”, pensé. Y no se me ocurrió algo más que preguntarle: “¿Ya cenó, oiga?” La verdá es que yo no sabía ni qué hacer y él en un arranque de sinceridá me dijo que no.

Luego luego fui y le preparé un pedazo de carne con cebolla y mucho chile jalapeño (era lo único que me salía mejor). En cuanto estuvo, en un plato lo serví sobre la mesa. Él, como si tuviera mucha vergüenza, me pidió: “Ai usted disculpe, pero desde que salí en la mañana al trabajo no había comido ni una migaja de pan.” Y sí era cierto: De grandes mordidas se devoró la carne y ni siquiera le picó el chile.

Después del guisado, ante mi sorpresa, se tragó (perdón, se comió) sin mascar dos platos de sopa de arroz con chile verde con queso; uno con frijoles con chorizo; cuatro enchiladas que me habían sobrado del día anterior, en la comida; un trozo de pollo rostizado que me había llevado Natalio la noche anterior y, finalmente, dos tazas de café bien cargados.

En cuanto terminó de fumar su Fiesta, muy amable me dijo: "Bueno, señora... Dios se lo pague." Y salió mientras yo me quedé enchinchada de coraje con todos los platos sucios.

Tamién me empezaron a gustar los jovencitos. Me acuerdo ahora de Ramírez. Éste era un seminarista que conocí en el camino de la fábrica a Juárez. Él, junto con otros compañeros, estaban afuera del Seminario esperando camión, sin que éste pasara como debía en la carretera a El Valle; pero yo, de cabrona, me paré y les dije: "Órale, si quieren un aventón... Voy al centro..." De todos, Ramírez era el único que no me sacó plática. Los demás empezaron a decir sus cosas: "¿Y, de perdido, les pagan bien en las maquiladoras a las trabajadoras...?" "El mínimo", les respondí. "Es el imperialismo norteamericano lo que te está explotando...", creo que me decían. "...Toda tu fuerza de trabajo se la están llevando y tú como si nada..." Pero la verdad está que yo ni les entendía ni quería saber aquello, porque estaba mirando a Ramírez en el espejo retrovisor. Él no hablaba (yo pienso que, por eso, se me hizo como interesante), ni siquiera había voltiado a verme en todo el tiempo. Nomás veía hacia adelante de la carretera y estaba como ansioso. "¿Qué te pasa?", le pregunté. Y él nomás gruñó: "Nada..." "Así es él...", me contestaron los muchachos y se rieron.

Al despedirnos, como me había portado muy aliviada, ellos me dijeron: "La invitamos a la quermés del Seminario el próximo viernes..." "Sí, sí voy", les acepté. Y por dentro pensaba: "...Así puedo hablar con Ramírez."

Esos días estuve pensando mucho en él. Nomás pasaba frente al Seminario en mi carro, de regreso del trabajo, le

decía a quien viniera conmigo: "...Allá está mi amor." Y se reían de mí. "Eres una cabrona... Mira que ganarle a Dios con un chavo."

Tamién me sirvió ese entusiasmo para pasar muchas cosas muy amargas. En esos días se murió Nacha y tuve que ir a su entierro. Lloré mucho. Pero nomás me acordaba: "...Al cabos que el viernes voy al Seminario y veo a Ramírez... Si no, pos no voy a aguantar este sufrimiento."

Y agradadamente esa noche Natalio fue a visitarme. Se estuvo tomando sus pistos en el sillón que me había comprado por que no le gustaba emborracharse en mi mesa de madera. "Es que no me gusta tu mantel de plástico con esas flores amarillas...", me regañaba. "Deberías tirarlo a la basura..." "Pos regálame uno bueno." Pero nunca se acordó de traérmelo. Siempre me decía: "Ya te lo traía y me lo vio mi vieja... Entonces tuve que dárselo"; sin embargo, con ese pretexto le estuve quitando dinero cada rato: "Deberías mejor darme para comprarlo yo a mi gusto, no quién sabe qué cochinidad me vayas atraer..." Y, como siempre se le olvidaba, le saqué como unos mil pesos de aquel tiempo hasta que ya no me quiso dar más.

Esa noche lo chiplí tanto que me preguntó: "Y ora tú, ¿qué te tráis...? ¿Qué me quieres pedir...?" "¡Má...! ¿Qué ya ni consentirte como antes puedo...?" "Es que pos estás rete rara tú..." Y no se quedó con la duda: "Ándale, ¿dime qué es lo que quieres...?" "No, pos un vestido nuevo..." "¿Y el que te compré la semana pasada...?" "Es que ya no me gusta..." "Bueno, pero nomás uno, ¿eh...?" "Pero tampoco tengo zapatos..." "¿Y los que te traje el mes pasado...?" "Se los presté a Nacha, ¿y cómo voy a ponerme cosas que trajo una muerta...?" "Ándale pues, pero no estés jodiendo el alma..."

En busca de más pretextos, de ratito (nomás porque me repitió casi en la cara de lo borracho que estaba) me hice la enojada. Y le eché brava: "Deberías mejor llevarte a tu niña, no que hasta con ella tengo que cargar yo..." Y como siempre

tenía miedo a que le fuera hacer un escándalo, empezó a consecretarme: “No, no es eso... Mira, también te voy a traer unas arracadas nuevas porque ésas como que ya no brillan (y sabía que mi lado flaco eran los colgijes), además del perfume aquel que te gustó en la tienda de Marco Flores, ¿quieres...?” “No”, le eché unos ojotes como si me lo quisiera comer. El viernes, casi a las seis de la tarde (ya lo sabía yo), tenía en mis manos todo lo que me había prometido. Además, él no iba a ir a visitarme porque tendría que trabajar en Casas Grandes, en la Garita Aduanal, así que podía quedarme toda la noche sin ir a la casa. Y yo no dejaba de pensar en Ramírez.

Ese día ni a trabajar fui. Con los veinte dólares que me dio Natalio me anduve comprando mis cosas que iba a necesitar para la noche. Nomás me quedaba un problema: “¿Dónde voy a dejar a Sarita...?” Cuando Nacha vivía, pos ella me la cuidaba. Pero ahora, “¿con quién estaría bueno dejarla?” Y lo que nunca: Fui y le pedí el favor a la madrina de la niña (a pesar de haberme bautizado a la Sarita me caía gorda porque anduvo diciendo que yo si no quería a Candelario debería mejor desengañarlo al pobre; pero que no lo hacía porque era una lagartona).

En cuanto me vio llegar a su casa, ella fingió que le daba mucho gusto: “¡Ay Chuya...! ¿Dónde te habías metido...?” “No, pos aquí.” Y empezó a decirme que su viejo le había comprado una tele. “Es que mi Toribio me quiere muncho”, me explicó con voz añorada y chiplona, mientras yo pensaba que la última vez su viejo se llamaba Ángel.

Aunque ni agua me ofreció, sí me hizo pasar a una salita. Sobre su hombro pude ver que una puerta que daba a un cuarto enseguida, estaba entreabierta. Y pude ver a su viejo sobre una cama y en puros calzones, dormido bocabajo, todo peludo de la espalda y de las patas. La güey, en cuanto nos sentamos, bajó la voz: “Es que, pos él es policía y trabaja de noche... Por eso ahorita está desvelado.” Así, entre pedo y pedo del cabrón, le expliqué a lo que iba: “Nomás esta noche, Normis... Porque

tengo que ir a un velorio.” Y, sin reírse, no le quedó más remedio que decir: “Güeno, ¿pero a qué horas vienes por ella mañana...?” “Tempranito, no te preocupes.”

En caliente me fui al peinador a que me dieran una manita. Como era viernes pos había muchas viejas esperando turno para que las arreglaran. Mientras tanto, agarré una revista para maderiarme un rato. Nomás veía los retratos de las muchachas que salían en la revista, porque la verdá cuando yo estaba en Villa Ahumada apenas aprendí a deletriar las palabras escritas.

Sin embargo estuve agarrando botana porque en el peinador Olivia iban muchas viejillas (de ésas que trabajan en La Fara, en El Paso) a que les dieran su restiradita para en la noche meterse a bailar en El Charro, donde se consiguen a puros chavos a cambio de que les pichen todos los pistos y el hotel.

Las peinadoras, en cambio, las barbiaban mucho porque ellas dejaban buenas propinas, hasta de un dólar (entonces estaba a doce cincuenta), por lo que les rogaban: “Elvirita, no debería ponerse más ese color de labios... Le va mejor éste... Además que es una marca nueva.” Y ellas, como si fueran reinas, se hacían las importantes: “¡Ay, criatura...! Nadien más que tú sabe qué es lo que necesita mi cara.”

Después de casi una hora, ya estaba yo en el carro arreglada: Mi meicap, mi maniquiur, mis zapatos de tacón alto, mi vestido con escote y rabón, con mis ojos pintados, rumbo a El Seminario a la quermés, con la esperanza de ver otra vez a Ramírez.

Y como valía más estar aprevenida, pos de pasadita llegué a la casa y envolví el cuadro de San Antonio en un trapo y lo voltié de cabeza en un rincón del ropero. Le dije: “...Ahí te quedas hasta que me consiga a Ramírez...” Más seguro, más amarrado (como decía Nacha). ¿O no?

Iba yo bien dispuesta a decirle a Ramírez: “Mira te invito al cine, a cenar, a bailar...” Pero lo que me hubiera gustado más era andar con él cogida de la mano en el parque. Y qué espe-

ranzas que me insinuara que quería ir a la cama conmigo, me hubiera dolido mucho en el alma. “Es que coger es algo sucio”, pensé. “No sé porque les gusta tanto a los hombres.” Sin querer, además, se me vino a la cabeza el recuerdo de mi primo Amparo. “Si me hubiera quedado allá (en Villa Ahumada), a lo mejor ahorita estaría llena de hijos de él”, pensé. “...Y es que no había más hombre que él con el que me hubiera casado, después de todo. En el rancho en que vivía entonces éramos puras viejas. Todos los hombres estaban casados y, los que no, pos andaban en el Otro Lado, en la pizca del tomate.

Después de cruzar casi toda la ciudad y salir rumbo a El Valle, llegué a la mentada quermés. Era muy grande. Había mucha gente bien arreglada. Y yo me dije: “¡Qué bueno que me puse como la gente!” ...Iba yo despampanante con mi vestido verde de poliester y mi blusa blanca; mi pulsera de oro con una esmeraldina; mis pestañas postizas para agrandarme los ojos; mi collar blanco como si fuera de perlas; mis aretes grandes; mis uñas largas pintadas de rojo carmesí; mis zapatos de tacón altó. Además de mi anillo con una piedrita de circonio, como lo había visto en *Vanidades* y luego luego lo mandé hacer para mí (ora que ya son muchas las que así lo usan).

Como loca, entre la gente anduve buscando a los muchachos, pero no los encontré. Sólo veía a las mamás llevando a sus hijos de la mano, mientras que le pedían a los maridos que les dieran dinero para dar limosna en la misa que más tarde habría en la capilla del mismo Seminario; y ellos, los maridos, renegaban porque no estaban tranquilos de haber dejado el coche lejos, porque no encontraron lugar en el estacionamiento.

De momento, como que me dieron ganas de preguntar por alguno de los muchachos, pero sólo me acordé del apeído de Ramírez (y eso porque así le decían cuando los conocí). De los demás, pos sólo me acordaba de sus caras, pero no andaban por ahí.

Así como andaba de inquieta pasiándome entre toda aquella gente; saqué un Salem mientras que caminaba de un lado a otro, sin rumbo; pero con la esperanza de verlos. En eso vi muchas parejas haciéndose bromas y apapachándose. Y me imaginaba: Al cabos que así me voy a ver con Ramírez algún día. Para entonces ni su nombre sabía, pero yo le había puesto uno que a mí siempre me ha gustado: Eugenio. Todo porque en *Claudia* había leído una novela en la que un muchacho llamado así (que era escritor con una barba grande y siempre fumando tabaco en una pipa) se enamoró de Eneida por sus cabellos rubios y sus ojos verdes, desde la vez que la vio meter sus blancos pies en el agua del río azul, mientras que contemplaba cómo se metía el sol atrás de los árboles. Pero ella murió al día siguiente de lucemia y él, enfurecido, escribió todo lo que sentía en una novela con la que ganó mucha fama y dinero. Finalmente, Eugenio, de tanto tomar güisqui, murió a un lado de aquel río en que conoció a su Eneida.

De rato, con los pies hinchados de la caminata, me encabroné al no encontrar a Ramírez. Luego me fui a tomar mis alipuses casi toda la noche a varios leidisbar, a los que hacía tiempo ya no iba. Hasta los meseros en cuanto me vieron llegar arrastrando la cobija, me dijeron: “Qué milagro, Chuya... Hace tiempo que nos habías olvidado...” “Es que ahora tengo el turno de la noche en la fábrica”, les dije. Y empecé a tomar con los diez dólares que me habían sobrado de los que me dio Natalio.

Como a las dos de la mañana, después de haber rechazado a los que se me acercaban a invitarme una copa, me fui a la casa. Me sentía muy mal. Hasta el dueño de El Maxim me dijo: “...Andas con la moral en los suelos... ¿Verdá...?” “Pos sí...” “Llévate esta botella.” Y me entregó una de Presidente casi completita. “Para algo te ha de servir, ¿no?” ...Sin darle las gracias, me salí.

En cuanto llegué a donde vivo todavía, me quité la ropa. Sin saber por qué estaba dentro de mí como enojada y lloran-

do: “Es que soy una pendeja”, me dije. Y todo lo que traía puesto me lo iba arrancando a jalones, sin importarme que se rompiera. En una idita al espejo me di cuenta que tenía todos los pelos enmarañados y el maquillaje se me había corrido con el llanto, antes de miar en el baño. En cuanto arreciaron más las ganas de hacer de las aguas, me estuve viendo en el espejo: Ahí estaba yo, con mis tetas colgadas, la papada que me empezaba a salir, mis patitas de gallo, mi pelo todo quemado por la pintura que desde chica me ponía, mis cachetes abultados, mis llantitas y la panza que ni las fajas me podían detener, mis dos dientes de oro que me pusieron, porque los naturales se me cayeron por la falta de limpieza (según me dijo el doctor), mis nalgotas y mis tetas como dos melones... Sin poder evitarlo, pensé en Natalio y, como si lo tuviera enfrente, le grité: “¡Chinga tu madre!”...Sin embargo, por lo menos a él, me hubiera gustado tenerlo ahí. “Después de todo él es mi señor...”, me dije.

Raúl (o sea el supervisor que tenía yo en la fábrica en cuanto entré a trabajar) me dio muchas quebradas en el jale. Siempre andaba yo llegando tarde o como no sabía hacer bien las transas que me pusieron, me salían de la chingada. Entonces él me decía: “No te agüites, güera.” Y yo pensaba que era muy güena onda aquel chavo. Por eso a la salida, con lo sentimental que siempre he sido, le decía de puro cariño: “Salúdame a tu esposa”... Nomás porque y pensaba que si así como era de suave conmigo debería ser muy tierno con su familia. Aunque, la verdad no sabía si era casado. Por lo serio que siempre andaba se me hacía hasta formalito.

En ese tiempo yo ya me había acoplado con la gente, y como si los conociera desde hacía un chingo, con todos me llevaba. La Gorda, aquella que conocí el primer día en que entré a la Alen, se había arrejuntado con un güey que camellaba en Florex (hasta tenía todas las manos y la cara quemadas por el ácido con que trabajaban ahí, en una manchitas como si tuviera el mal del pinto) y yo me tuve que juntar con Ema en todo. Pero no me gustaba mucho porque ella era aleluya y de todo se asustaba. Hasta un día llegué peda al jale porque había visto a El Nano y anduve con él toda la noche; y ella empezó a sermoniarme: “El diablo nunca deja de buscar almas para llevárselas al infierno...” Pero yo, en cambio, me quería acabar toda la agua del baño por la crudota que traía encima.”

Y por más que le decía yo a Ema: “Vente, nomás nos echamos unos pistos y luego luego nos vamos a la casa.” Pero ella

siempre andaba con su chingada biblia en su bolsa, en vez de colorete o esas cosas. Yo no podía convencerla siquiera que se tomara una cerveza mientras comíamos nuestro pollo rostizado en El Palenque, después de que nos pagaban todos los viernes. Ella tenía una cara muy bonita y a todos los traía como pendejos; pero sus papás, por delicados, no la dejaban tener novio siquiera. Y yo, así como soy de simple, le decía: "Pos no les pidas permiso... Y punto."

En secreto, después me enteré, la Ema estaba pero bien pelotas de Raúl. Por eso se la pasaba diciéndome: "Mira nomás, Güera... ¡Qué bonito se ríe...!" Y yo me burlaba de ella: "Ay, sí tú... Lo único que le faltaba es que tenga alitas para parecer un angelito ¿no...?" Y nomás pasaba el mentado y la Ema se le quedaba viendo como idiota. Hasta parecía que se le caía la baba por lo boquiabierto que se ponía.

A la hora de la comida, Raúl iba hasta donde estábamos y nos llevaba dos Coças ahí en el zacate del jardín de la fábrica. Y a mí me decía: "Óra, güera, échate ésta como si tuviera pisto (la soda)..." "Tá güeno...", le contestaba y me reía a carcajadas. Tampoco nunca pude convencer a la tal Ema a que fuera conmigo a bailar, por más que le juraba: "Mira, al cabo que nos vamos nomás a La Antigua... Ahí venden pistos y es tardiada..." Pero nada. Siempre me ha salido con que debía ir al Servicio (la misa de los aleluyas) en las tardes y las mañanas de los domingos, acompañando a sus papás y ellos ni siquiera la dejaban ir a ninguna parte cuando no fuera con alguien de su familia. "Güeno, ¿pero por qué entonces te dejan venir a trabajar sola...?" "No sé...", me contestó, mirando con tristeza a La Tonina cuando ésta se le acercaba a Raúl en una manera muy ofrecida, para explicarle algo.

Mi papá dice que él tiene muchas bocas que alimentar en la casa. Un día me trajo a pedir este trabajo aquí. Nomás me dijo: "Dios todopoderoso nos ha de ayudar, hija." Y según él, me lo dieron porque en cuanto llegamos a la puerta de la fabri-

ca él oró al Señor para que me cubriera con su gloria. Yo me hiqué a sus pies mientras que él, en voz alta, pedía a Dios que me diera trabajo mientras que apoyaba su mano derecha en mi cabeza. En mis adentros me dije: "Ya ves, Güera... No nada más tu tío Dolores hace pendejadas... Hay otros piores..." Además, Ema me explicó que ella estaba muy orgullosa de su padre, porque a puro estudio había llegado a ser ministro de la iglesia. "...Ahora se sabe todo lo que dicen las Escrituras", se ufano conmigo. Y su fe es admirada también por los hermanos del Otro lado. "Es por eso que le mandan dinero para que levante un templo en la colonia Lázaro Cárdenas", dijo. En cuanto terminó de hablar, sin embargo, estuvo a punto de cantar fuerte una de las ondas que ellos se avientan en sus templos durante El Servicio pero yo la detuve de volada.

A mí me hacía como muy gacho que Ema estuviera así tan clavada con sus ondas. Por eso, en vez de aplacarme, empecé a darle más carrilla con la ida a bailar. Pero ella, en uno de tantos pleitos que teníamos por que no podía ir, me confesó que nunca había besado a ningún hombre. Entonces me quedé con los ojos cuadrados al oír aquello. "Pero no es posible..." le reprochaba. "Si yo a los ocho años me dejé cachondiar por Roque nomás porque le rompí un cuaderno de su escuela..." Y pensé: "Mejor me dejo que me bese y meta mano bajo el vestido, si no él va ir con el chisme con mi tía y ella luego luego va a querer cuerirme con la fajilla..." Así, cuando se acercó a besarme, nomás le dije: "Tá güeno, pero no le vayas a decir a mi tía Oralía lo del cuaderno, ¿eh?" Y él ni me peló. De volada empezó a agarrarme abajo y yo no sabía ni qué chiste le hallaba. Después, sin embargo, me enteré que el cabrón se aprovechó de mí porque el mentado cuaderno ya no lo usaba en la escuela, porque estaba rayado.

Si mucho Ema me encaminaba a la parada del camión. Y eso porque en La Plaza de Armas siempre la esperaba el papá. Aunque eso sí, a veces nos íbamos cuando llegábamos tem-

prano al centro, a mirar los anuncios de las películas que estaban exhibiéndose en el cine Plaza. Y yo, de cabrona, le decía: "Mira... Ésos están cogiendo..." Y ella, a pesar de que tenía ganas de ver, me hacía sus panchitos sin que le valiera el que la gente estaba pasando en la Dieciséis de Septiembre. Él, le seguía yo sin hacerle caso, se está sacando su cosa con esta mano (y se la enseñé, con mi dedo) mientras que se la cachondeó.

Y como si nada me faltara, vino la bautizadera de mi niño y no encontraba alguien que quisiera ser padrino de mi criatura nomás porque no tenía papá. Le dije a Ema. Pero ella me echó una bola de biblajos para decirme que su religión (yo ni sabía) no permitía adorar ni cruces ni dioses de barro. Entonces anduve taloniando a La Gorda, pero ella no tenía lana para comprarle a mi niño unas chambritas de perdido. Fui sobres de Herminia la que vive en el callejón que está por mi casa y ella me cantó la neta: "El pedo es que acabo de sacar a mi viejo de La Peni y él todavía no agarra jale... Por eso estamos pensando que él se pase pa' el Otro Lado y se vaya a Los Ángeles, con mis carnales." Le caí también a Laura, la que estuvo conmigo en la secundaria, y ella me esplicó que se andaba divorciando de su marido y que ahorita no tenía cabeza más que pa' pensar en qué va a hacer cuando esté sola con sus tres niños; sin embargo, Regina, la que vive enseguida de La Chaveña, me recordó a unos viejitos muy católicos que vivían cerca de la iglesia El Carmen. Fui y le dije a la señora, pero ella, toda arrugada como estaba, me preguntó: "¿Ya pensaste en qué tipo de padrinos quieres para tu niño, m'hija...?" "Pos sí, en ustedes..." "Mira: Nosotros ya estamos viejos y falta poco para que un día amezcamos muertos sin que tu criatura llegue siquiera a caminar solo...", me hizo ver el señor, mientras fumaba sus Faros. "No, pero es que ustedes son muy religiosos y eso quiero que mi niño tenga como padrinos..." "Entiende que no es que nos neguemos, al contrario... A lo largo de casi cuarenta

años hemos sido padrinos de como veinte criaturas... Pero eso era antes, porque ahora estamos muy viejos y muchos de nuestros ahijados ya están más grandes que tú..." Y, sin vencerme todavía, salí del jacal en que medio año después murieron aquellos viejos. De ellos todavía me queda el recuerdo de sus gatos, flacuchos y hambrientos como sus dueños. Los animales se subían a la mesa a lamber los platos de peltre blanco con florecitas rojas pintadas, en los que había servida poquita avena con leche.

Y yo seguía buscando en todas partes a los padrinos de mi criatura mientras que en mi casa era un desmadre, porque mi tía Oralía del Pilar quería que invitara a Sotero como padrino de mi niño. Pero a mí me caía gordo por la forma que nos trataba él cuando iba a la casa con el pretesto de visitar a mi tía. "Dame un vaso de agua, Güera"; "traime un café bien cargado con poca azúcar, si no me vuelve la diabetes"; "pídele un cigarro a tu tío Dolores pa' mí", "muévele tantito al aire pa' este lado, pa' que me ventile un poco porque está haciendo un calor quemante"; "tráime la otra parte del periódico porque no está completo"; "dácame un tanto de ese chilito con carne en una tortilla calentita, como las que acaba de traer El Niño Iluminación."

Mi tío Dolores, por su parte, habló pa' decir que mi niño debería ser bautizado con el nombre de Rutilo, porque su amigo, que así se llamaba, era un buen masón y había leído mucho sobre la vida en otros planetas. Pero el tal Rutilo era un piñero que a cada rato iba con mi tío y le quitaba dinero: "Fíjese don Lolo que mi mujer está enferma y le recetaron estas medicinas." Entonces él sacaba de su chamarra una receta de la Cruz Roja que siempre usaba para lo mismo. "Bueno, ¿y cuánto, digo, cuesta la curación...?" "No pos no sé... Pero fíjese que el boticario me dijo que con cincuenta pesos me puede dejar por lo menos las más güenas..." "Toma, hijo...", le decía mi tío. "Ve a darle salud a tu mujer."

También mi carnala Romelia andaba sobres de que su amiga Teresa bautizara mi hijo, nomás porque ella estaba recién casada y habían oído que teniendo un ahijado pasarían el noviciado del matrimonio ella y su marido con mejor suerte. “...Así, pos no se están peliando por dinero, Dios les ayuda pa’ que no les falte ni trabajo para él ni salud pa’ los dos”, me dijo mi carnala. “Y estaría güeno que ellos fueran los padrinos de tu niño... Pos al cabos qué más da... Lo güeno es que tenga uno pa’ que no vaya a vagar al Limbo, sin importar quiénes sean.”

Mis tías (aparte de Oralia del Pilar), todas estaban en favor de Agripina. Decía Úrsula: “Al cabos que cuando se te enferme, ella te lo cura, pos es regüena para la sobada y las limpias”. Paulina: “...A ella nunca le falta dinero, pos hasta del Otro Lado vienen a que les haga limpias, porque confían en ella... Eso te conviene porque en un apuro ella puede ayudarte con tu hijo.” Y el colmo fue Luciana: “Si tú la haces tu comadre, entonces pos todas podemos llevarle a nuestros mocosos cuando estén empaçados para que los cure y no nos cobre ¿eh?”

Sin embargo, todos ellos no fueron los únicos que me anduvieron jodiendo con ser los padrinos para mi niño. También mi primo Emilio (al que le volaba yo las lisas vaqueras para ponérmelas cuando apenas empezaba a salir con El Nano) tenía su tirada: “Te lo bautizamos nosotros, Güera”, me decía. “Sirve que me voy acostumbrando a la iglesia antes de casarme con Carolina.” Y su novia también metía su cuchara para decirme que sí quería: “Yo sé tejer unas chambritas muy padres, si tú quieres, pos me aviento.”

Otra friega fue el nombre. Unos decían que se llamara como el esposo de la agüela Fátima. Pero a mí se me hacía muy feo, cuando creciera la criatura, andarle gritando: “Ven, Mamerito...” otros, alegaban los nombres de Medardo, Liborio, Lucas, Marcelino, Santiago, Pablo... Y hasta mi tía Úrsula dijo: “Que se llame Onofre, como el señor que le vendía chamizos a mi papá, recién llegamos aquí.” Pero, de volada, le salté: “Ni lo

mande Dios, prefiero no haberlo tenido que ponerle ese nombre tan ojete...” “Niña”, me gritó. Y yo mejor me iba la calle a platicar con los muchachos que pasaban.

Pero dónde todas mis amigas empezaron a decirme que yo era la que debería escoger el nombre del niño. Les contesté: “Güeno, que se llame como su padre...” Y en cuanto les hablé de eso en la casa, ellos pegaron el grito en el cielo: “No, ese niño nunca se va a llamar como ese hijo de la chingada...” “Pero es su padre...”, les reprochaba yo. “¿Y eso qué...? Él nunca ha movido ni un solo dedo por esta criatura...” “No, pos sí...”

De puro coraje, esos días dejé de ir a trabajar a la fábrica y me la pasaba con la camisa de franela a cuadros y el pantalón de caqui con que conocí al Nano. Y desde la mañana me iba a La Placita de Bellavista y ahí me estaba viendo a los chavos darse sus toques de mota en sus carros, aventarse sus cheves frías o, cuando ni dinero traiban, jugar a las guachas en el zacatito. Pero El Nano nunca se apareció. “...Es que anda en Los Ángeles”, me decían. “Fue por una lana para pasársela chida aquí, otro güen rato.”

Y el niño duró un buen tiempo sin bautizarse a pesar del miedo que yo sentía que se me fuera al Limbo si se me hubiera muerto antes. Hasta mis tíos me decían, cuando me echaban sus habladas, que la criatura iba a terminar como los beibis que se robó La Nacha (una señora que era la chingona entre los narcos de Juárez, muchos años atrás). Ella se robaba a los niños del barrio cuando éstos todavía mamaban pecho y los enviaba con su cochinateda y, una vez adictos, los obligaba a vender su porquería a cambio de regalarles pequeñas dosis. Muchas criaturas se le murieron y otras tantas crecieron atontadas.

Los niños que se morían, decía mi tía Úrsula, se fueron derecho al Limbo. “Ahí es donde tu mocoso puede terminar si tú no te apuras a bautizarlo... Es por eso que todas las noches se oye llanto de niño en la casa de atrás, pos ahí La Nacha tenía un picadero”, completaba mi tía Paulina.

Entonces, en un arranque de miedo fui con el padre Conti y le dije: "Sería güeno que me bautizaras a mi niño. Y él de volada agarró la onda: "Sí...", dijo. "Pero antes tienes que asistir a unas pláticas..." "No, pos así no." Yo pensaba que él, como anduvo saliendo conmigo antes de conocer a El Nano, se iba a portar chido. Pero no, luego me salió con una bola de cosas. No sé ni qué pasó después pero yo volví a la fábrica a trabajar, después de dos días. Y me dijo Raúl: "Estaba preocupado por ti..." Luego me puse a jalar.

Pero dentro de mí, me quedé pensando: "Este chavo es rete güena onda conmigo..." Y me cai el veinte: "Güeno, ¿y por qué no lo invito a que bautice a mi niño...?" En cuanto le caí (a la hora de la comida), él me capió de güena onda. "Óra, le entro."

De lo contenta que estaba yo, a pesar de que todavía no me bautizaba al niño y ya le decía "compadre." Pero entonces empecé a oír que las demás decían que Raúl era un cabrón, y yo no lo creía. Hasta, alegaban, "si una no se quiere acostar con él, la manda al turno de la noche... Por eso mejor me metí con él el viernes pasado, dizque nomás para echarnos unos pistos..." No, pero tamién le hizo lo mismo a Leticia (aquella que siempre traía unos pantalones entallados y una camiseta casi transparente, además de cortita para enseñar el ombligo), porque le dijo que se quedara tiempo extra y a la salida le cayó: "Mira, vente... Nomás nos echamos una cerveza y te llevo a tu casa en mi ranfla." Pero antes de llevarla a donde le prometió, fue y en su carro la metió a un rancho que está allá por El Galgódromo. Y por más que ella le decía: "No, porque me embarazo luego luego." Él se le fue encima. Después, como la chava empezó a darle carrilla en el jale con que le cumpliera, él, a cada rato, le devolvía los circuitos para que los hiciera otra vez, con el pretesto que estaban mal. O, a cada rato, le subía el estándar para obligarla a renunciar y se fuera a otra fábrica. Finalmente, después de todo aquello, hizo que la cambiaran al turno de la noche.

Y ellas continuaron hablando de Raúl a mis espaldas mientras que Ema y yo comíamos en el jardín de la fábrica: "Me acuerdo de Guadalupe...", dijo una de las chismosas. "...A ella la traía juida nomás porque le gustaban a él los ojos azules que la chava tenía..." A cada rato se le acercaba, y le insinuaba: "Ora, Lupe... Taría güeno que nos fuéramos a dar una vuelta tú y yo, ¿no...?" "Eso dícelo a mi marido...", le respondía ella, porque era de muchos calzones. "Ándale... Nomás una güeltecita por ai..."

Pero un día, seguía bueno el chisme, él le mandó: "Mira, Lupe: Ya me cansé de andarte rogando..." "Pos no me ruegues, total... Al cabos que yo siempre te he dicho que no quiero nada contigo..." "Entonces atente a las consecuencias..." Y que sale el mentado Raúl encorajinado.

Desde luego que eso no paró ahí. Al día siguiente él mismo, muy cortante, le dijo: "Desde la semana siguiente vas a tener que venir a cubrir el turno de noche... Entrarás a las once y saldrás a las siete de la mañana. Nomás porque tú sabes manejar muy bien las máquinas de dos cabezales y las de ese turno son muy malas..." En un principio, Lupe no supo ni por qué la habían cambiado si ya tenía casi siete años trabajando en ese turno en la mañana, sin que siquiera hubiera llegado tarde.

Habló entonces con todos los licenciados de las oficinas, principalmente con el que estaba escogiendo a las muchachas. Y él le dijo a la Guadalupe. "Ni modo, tu asunto únicamente lo puede resolver Raúl; él es tu jefe directo... Si él dice que te necesita en ese turno, pues te quedas." Entonces toda la mañana estuvo esperando a que mi compadre se le acercara para esplicarle que ella no podía venir a esa hora porque tenía que atender a los niños y la casa, después de salir de la fábrica.

Un poco antes de mediodía, Raúl llegó hasta donde estaba Guadalupe. De volada ella se lo soltó: "...Y me dijo que nomás tú puedes decidir..." Y él, como si estuviera muy güeno, se le quedó viendo y le preguntó: "¿Y tú qué has pensado...? ¿Nos

echamos pues una cerveza...?" Guadalupe, pensativa por un rato, le respondió: "Ándale, pues..."

Nomás terminé de oír aquéllo, me dije: "Ora, Güera, esas culeras le están haciendo chismes a tu compadre..." Y en caliente fui y le dije: "Fíjate que La Agüela y La Alcaselser estaban diciendo cosas de ti, Raúl..." En un rato le solté todo, y él nomás decía: "¡Ah, con que ésas tenemos...! ¡Mira nomás...! ¡Y tantos favores que me deben las dos!"

Días después me enteré que tanto La Agüela como La Alcaselser tuvieron que trabajar en el turno de la noche. Y a pesar de que alguien me dijo que Raúl las había mandado a ese turno, yo no le creí. "Lo que pasa es que le tienen mucho coraje porque él es muy delicado en su trabajo", me decía yo. "...Y éstas, pos la verdá, eran de lo piorcito hasta en lo desbozaladas."

Luego de varios días, que me dice Raúl: "Güera, el próximo sábado te bautizo a tu niño." Y por dentro me dio mucho gusto. "Güeno, compadre..." Y él también me traía de "comadre..." Pa'allá y "comadre" pa'acá.

Lo que me más me gustaba era de que él siempre andaba con su "si Dios me ayuda, pos ojalá y un güen día me nombren jefe de personal, comadre." Entonces sí que habría muchos cambios aquí. "¡Acuérdate de mí!" Entonces hasta me di cuenta por qué me caía bien el condenado: Era igualito a Cristóbal. El maestro de primaria que mi prima Paula me presentó y que yo me jainié cuando estaba apenas embarazada del niño de El Nano. Hasta tenía el pelo lacio y sin peinar, flaco y barbón. Pero los dos hablaban tan quedito que parecían curas viejitos.

Y llegó la fecha del bautismo. Yo andaba feliz porque iba a tener un compadre como Raúl (y estrañamente, mi tía Oralia del Pilar también andaba contenta). Desde temprano, las dos nos pusimos a limpiar la casa. Sacamos todos los sillones viejos y destartalados en que dormíanos en la sala, mientras que mis tíos tapaban con yeso los hoyos que había en las paredes;

pusimos desde días antes una ratonera y con ella agarramos nada menos que siete animales en menos de una semana; tallamos con agua y jabón el piso de cemento de la sala hasta quitarle toda la mugre que se le había pegado en por lo menos desde que yo estaba chica (porque la última que lo lavó fue mamá Fátima); pelamos nueve gallinas para el mole, a pesar de la lástima que me daba cuando mi tío Dolores les retorció el cuello como si nada; lavamos, mi tía y yo, el destartalado refrigerador, la estufa de leña y sus codos, las sillas quebradas y todas embarradas de comida, porque a los niños les valía madre aventar frijoles en ellas; tiramos todos los fierros viejos que había en el patio porque mi tío Dolores los iba juntando sin saber ni para qué los quería.

Apenas se estaba anocheciendo cuando ya tenía yo bañado y cambiado a mi niño para la hora de ir a la iglesia. Llegó Raúl y saludó: "Buenas noches..." Y en su voz había un temblor como si estuviera borracho. De rato él fue quien me dijo: "Ojalá que no nos tardemos mucho en la iglesia porque ando poco tomado..." Yo lo veía después que en los escalones del templo él se tambaliaba.

Entre las invitadas, con prisas, anduvimos buscando una que quisiera ser la madrina. Así fue como terminé por aceptar que Celina, mi pior enemiga en la fábrica, fuera la madrina de mi niño. Lo güeno fue que mi Mauricio nunca la ha necesitado en nada porque, aunque pobre, le doy todo lo que le hace falta.

En la fiesta, con el pretesto de que yo era su comadre, Raúl me andaba abraza y abraza. "...Es que tú, comadre, desde que llegaste a la fábrica, me caístes bien", me decía casi cayéndose de lo borracho que andaba. Y yo no le había perdido la confianza, por eso le capié a bailar algunas rolas, a pesar de que se me repegaba mucho.

No sé ni cómo, pero mi tía Oralia siempre ha sido muy delicada con los desfiguros de nosotras (Romelia y yo) frente a la gente, pero esa noche tal vez porque también ella se tomó

varios vasos de cerveza, ni cuenta se dio de que Raúl me metía la rodilla entre las piernas. Y todo lo que yo hacía era empujarlo y decirle: “Ándale, compadre... Mejor baila con mi prima Luz.” Pero él seguía terco en sacarme a mí.

Para evitar que mi tía Oralia viera como me traía Raúl amarquetada, cuando uno de mis tíos dijo “falta pisto, ¿quién va a traerlo?”, yo, de volada, ofrecí los servicios de él. Pero él, todo mañoso, insistió a que yo lo acompañara. Mi tío andaba tan pedo que, sin poner atención, me envarilló a ir con él. “Ve, no te hagas del rogar...” “Pero tío...” Y como todos estaban completamente borrachos, ni cuenta se dieron que nos salimos del baile.

De regreso, él, en vez de darle a su carro a mi casa, se fue pa' otro lado. Y yo le digo: “Ora, la casa queda pa' allá...” “Es que vamos a pasar un rato aquí a darnos un baño caliente pa' que se nos quite el frío...” “Pero si yo apenas en la mañana me bañé todita...”, pensé. Sin embargo estaba yo tan peda que ni siquiera pude hablar. Entonces, en un motel que está frente al Tecnológico, nos metimos y rentó un cuarto.

Adentro fue donde se descaró: Empezó a querer besarme la boca. Y yo le decía: “No, compadre... Mejor vámonos... Acuérdate de su ahijado...” Pero él no dejaba de lamberme las orejas y me subía la falda. “...Entre nosotros no debemos hacer cositas”, le insistía. “...Porque si no Dios se enoja...” Entonces él me iba bajando los calzones muy suavcito.

En cuanto me tumbó sobre la cama, de entre los pantalones se sacó algo duro y calentito. Yo nomás me acuerdo que con la poca luz del baño que entraba a la recámara en que estábamos, pude ver que él la tenía medio chueca. Así de ladito. No como El Nano. Aunque no me crean mucho porque tampoco a mi viejo se la vi bien.

De rato, a pesar de que yo de lo peda que andaba, no me sentía muy caliente, él me estuvo cogiendo mientras que yo seguía pensando en lo que oí decir a La Agüela y a La

Alcaselser de Raúl. “Sí es cierto entonces...”, me dije. “Si por lo menos no me lastimara tanto, el cabrón...” Porque ya me estaba enojando.

Sin embargo yo no tenía fuerzas para nada y además estaba muy aturdida por los pistos que me eché. Además que el güey, al estar arriba de mí, me estaba apretando gacho la panza. Él, por otra parte, tampoco pudo muy bien y estaba a reniego y reniego: “No, Güera... Lo que pasa es que tú ya estás muy guanga...” Entonces, al oír aquello, pos me dio mucho sentimiento. Y le respondí casi a punto de aventarlo: “¡Ay tú, ni que estuvieras muy güeno...!” Sin embargo aquello nunca se me ha olvidado.

Luego, el hijo de su puta madre salió del cuarto sin decir nada. Y yo pensé: “Va a miar en el patio...” Pero de rato me di cuenta que prendió el carro y se fue dejándome ahí, sin que supiera qué hacer yo para volverme a mi casa. No me acuerdo cómo pero llegué a la fiesta y todavía mi tía Oralia del Pilar andaba peda. Estaban todos oyendo unos discos de Los Panchos. Úrsula les preguntaba: “¿Te acuerdas de Modesto, Oralia...? ¿Todavía tienes el mechón que te regaló Rita como recuerdo antes que se la llevaran a Monterrey cuando estábamos en la escuela, Dolores...? ¿Cuánto hará que andaba de moda Gema de Los Panchos, Paulina?” Y todos estaban atentos, oyendo las canciones y las guitarras que estaban tocando. Tanto que cuando entré nomás voltiaron a verme sin que se hubieran fijado que yo falté casi toda la noche.

Ellos nomás tomaban pisto de unos vasos y los ojos se les veían como si tuvieran mucho sueño y hablaban casi arrastrando la lengua (al menos así me parecía en ese momento), además de fumar mucho.

Y todavía estaba yo tomando junto con mis tíos, sin que se me olvidara lo que me dijo Raúl: “Estás muy guanga, estás muy guanga, estás muy guanga, estás muy guanga...” Lo güeno fue que luego empezaron a peliarse mis tíos y entonces se fue-

ron a dormir. Sólo así me pude acostar donde siempre he dormido desde que tengo razón: En el suelo. Ahí, entre las botellas vacías de Carta Blanca, porque me dio güeva quitarlas del piso donde estaban.

Después, nomás por lo que me dijo Raúl, no le capié al ingeniero de la planta cuando me invitó a bailar. Pero como él era muy terco, terminé diciendo que sí iba. Luego, a la salida de El Querlis, me dijo el cabrón: "Vamos a dormirnos pues..." De volada yo le espresé: "...Es que yo ya estoy muy guanga..." Él se rió, pero me dijo: "Así como ando de caliente, me vale." Sin embargo no fuimos a ninguna parte porque no me dejé, a pesar de que me gustaba mucho y pos El Nano ni sus luces.

Tampoco me fui con Pablo, a pesar de que me rogó mucho. Ni con El Pata de Perro. Ni con Dany. Ni con Manuel. Ni con El Ruco. Ni con Fabián. Con ellos únicamente me dejaba cachondiar y cuando estábamos calientes, les decía: "Ya está güeno..." Me acuerdo que hasta ellos se quedaban babiando y a mí hasta lástima me daba.

También, como yo ya me empezaba a meter aquí al Jaguayán a bailar, una noche conocí a Beni, el dueño de una licorería de la Juárez. Él me invitó unos pistos en su mesa. Estuvimos en aquella que está cerca del barco, tomando y bailando un güen rato. Hasta que me dijo: "Vámonos..." Y yo, obediente, agarré mi abrigo (ya hasta empezaba a usar esas chingaderas tú) y salimos acá pa' la Juárez, onde él tenía su carro estacionado. Nos subimos, y él le dio derecho a La Cuesta, donde nos metimos en un cuarto que él rentó.

A pesar de lo caliente que yo estaba entonces, que le digo: "No, mejor no..." Y él muy tranquilo, me contestó: "No tengas miedo, no te voy a lastimar..." "No, no es eso...", le advertí. "Es que no le voy a gustar, Beny (era raro que yo le hablara de usted a alguien, porque yo siempre he sido muy igualada)..." "Pero cómo es que crés que no me vas a gustar, dime... Si no, no te hubiera traído..." "No, es que ya estoy muy guanga..."

"Pero, ¿quién te ha metido esas ideas en la cabeza, niña?", me consoló. "Tú eres toda una mujercita, y sabrosa..."

Y como yo no le creía, me hizo que me mirara en un espejo que estaba pegado en la puerta del close. "Vete...", me dijo. "Tienes un cuerpo que cualquiera mayor que tú hubiera querido..." Entonces me di, cuenta que veinte años no es nada, como dice la canción.

Ya pesar de lo agusto que estaba en la Acapulco Feichon, no faltó quien me la hiciera de tos. Me dijo: "Al cabos que te has de morir de pura pudrición, nomás por andarte metiendo con todos los hombres que encuentras, Cata..." Y yo abrí los ojos de sorpresa, mientras me preguntaba: "Y ¿de dónde saca ésta que yo me he metido con muchos hombres?" Pero nomás le di una cachetada que hasta las lágrimas le saqué.

Entonces ya no me encorajinaba el que Sabina me hubiera empujado para checar su tarjeta antes que yo, sino lo que quería saber era de dónde había sacado eso de que yo me había metido con muchos hombres. Por eso le dije: "Órale, cabrona... Me vas a decir con quién me has visto que me acueste..." Y yo le estaba surtiendo de chingadazos con mi bolsa de mano en su carota de ardilla, mientras que ella únicamente gritaba: "¡Ay, ay, ay, ay, ay...!" Si por mí hubiera sido, me la echaría a puros moquetes hasta ponerle la jeta así de grande. Pero, en caliente, tres chavas me detuvieron. Y yo les gritaba: "¡Déjenmen!, ¿no ven lo que me dijo la cabrona...?" "Ya, ya párale..." "Pero es que me dijo que me estoy muriendo de pura pudrición, nomás por ser bien puta." Y me le arranco a ponerle una madriza nuevamente, con tal suerte que esta vez la tumbé y sonó muy feo su cabezota en una de las paredes, cerca del reloj checador.

De ratito, atraídos por el griterío que teníamos, vino el gerente con dos de los policías que cuidan aquí. Entonces que empezaron a rayarnos la madre. "Llévese estas hijas de la chin-

gada fuera de la empresa...”, le pedía el gerente a sus policías. “No quiero escándalos aquí.”

Los polis, casi a patadas, nos sacaron de la fábrica. Afuera lo único que le pude sacar a la Sabina fue que ella había oído a Marucha decir que me habían visto meterme a un motel con un hombre, después de habernos estado emborrachando en El Malibú.

Durante tres días no pude hacer nada porque me descansaron. Nomás me la pasaba en la casa, pensando que en cuanto llegara de nuevo a la fábrica iba a buscar a la tal Marucha para que me dijera la verdá de que yo me estaba pudriendo por haberme metido con muchos hombres.

Y me decía mi papá: “¿Qué tienes, hija...?” Y cómo le iba a decir yo a él, con lo delicado que era: “Fíjate papá que en la fábrica dicen que soy puta, ¿verdá...?” Pos nomás lo calmaba: “Nada, ando nerviosa porque no voy a tener el dinero para el abono de la mueblería (porque El Día de las Madres le había regalado a mi mamá una tele, que nomás yo veía)...” “No te preocupes, yo te presto.” Y se iba a seguir leyendo *El Fronterizo* en la sala.

En ésas me pasé los días que me faltaban pa' cubrir el castigo que me pusieron en la fábrica por andar de pelionera, y yo me la pasaba pensando en muchas cosas desde que dejé la escuela pa' ponerme a trabajar: Me acordé sin querer de la patada que me metió uno de sus choferes de sitio la noche aquella, pa' sacarnos de la fábrica cuando estábamos en huelga. Era un panzón con bigote alargado, que me dijo: “Ora verás, vieja alborotadora...” Y entonces, cuando quería salir corriendo, sentí en las nalgas una patada tan fuerte que estuve vomitando todo el día, aun en el Seguro Social, nomás porque nosotras queríamos nos dieran siete pesos diarios más y los gerentes de la fábrica alegaban que era mucho, principalmente el gringo gordo, con la cara llena de pecas y que a cada rato se aconsejaba con un licenciado chilango. “...Por eso, si insisten...”, nos amenazó el tinterillo de mister Clark, “...nosotros mejor cerramos la fábrica y nos vamos a Panamá.”

Apenas tenía un mes trabajando ahí cuando empezó todo. A la hora de la comida vino Estela y estuvo diciendo cosas que yo no entendía ni papa: “El dinero no alcanza, le pagan a una muy poco a la semana; no tiene una derecho ni siquiera de faltar un día porque luego luego lo descuentan; tiene una que estar pegada a la máquina las ocho horas, porque si no, los supervisores empiezan a joderla; son capaces hasta de descontar todo el día, nomás porque una llega tarde cinco minutos... Como ellos tienen sus güenos carros; si algo sale mal se lo descuentan a una (y siempre hasta el doble de lo que cuesta un trapo de esos que tiene una que coser), no se fijan que muchas veces nos picamos los dedos con las máquinas de coser, por eso casi todas los tenemos todos fregados; ni al baño la dejan a una ir a veces, con el pretexto de que teníamos el trabajo tirado, siendo que todas (bueno, las que yo conocía) llevábamos nuestros estándares muy bien...” y todas, en el puesto donde íbamos a comer nuestros burritos al mediodía, nomás decíanos: “No, pos sí...” Y ella estaba tan metida en su rollo que le siguió durante un buen rato habliyahabli.

Al día siguiente fue Maciel quien nos dijo: “Ya saben que corrieron a Estela, ¿sí...? Nomás porque estuvo diciendo cosas de la empresa y eso no les conviene a los dueños... Hoy en la mañana, en cuanto entró a trabajar, le dijieron que fuera a hablar con el gerente porque estaba despedida y ella no podía entrar.

Entonces se soltó llorando y, de pasadita, me dijo: “Es que no quiero volver a lo mismo...”, porque ella trabajaba antes en La Rueda, sirviendo y fichando los pistos. En la oficina del gerente, éste la trató muy feo: “Gente como usted no sirve ni pa'trabajar, porque siempre anda metiendo cizaña.” Pero lo gacho fue que nomás le dieron quinientos pesos, a pesar de que ella tenía ocho años trabajando y le correspondían por lo menos cinco mil por lo bajito.

Después de Estela siguió Manuela. A ella la corrieron porque estaba estudiando la prepa en La Altavista y entonces andaba fuerte la bronca del secuestro de camiones Valle de Juárez. "Tienen miedo que aquí vaya a hacer un escándalo", le platicó Agustín, el ingeniero de Mantenimiento, a Maciel, con quien andaba noviendo. Por eso la corrieron. Pero también andan sobres de Carmen Zenaida, porque también están en esa misma escuela.

La apuración se nos vino a todas. Entonces andábanos tristes y casi no hablábanos para que no fueran a decir que éramos nosotras las que hicimos todo el pedo. Mientras que antes, de puro gusto, a la salida nos encaminábanos unas a otras aprovechando para platicar de nuestras cosas. Ora no: Nomás veíanos que se levantaba alguna y entraba a las oficinas luego luego pensábanos que ya la iban a correr por haber dicho algo.

En mi casa me decía mi papá: "Pos si no estás agusto, salte. Total que todavía tengo fuerzas pa' trabajar; además que yo quiero que si has de trabajar será en el Otro Lado, porque aquí ni para los corajes se gana..." Mi mamá: "Pero mira qué gringos tan injustos... Deberían devolverlos a su tierra, donde sí se tienen güenas leyes... Pero se aprovechan de que aquí nuestras autoridades son de lo pior y están que brincan por unos cuantos dólares."

El más chistoso fue mi hermano Beto: "Bastaría con que entre todas los jalaran del pito y los echaran fuera de Juárez; son una peste esos pinches gringos... ¿Qué no has visto en la tele lo que andan haciendo en Vietnam?"...A Ramiro nunca le platiqué nada porque siempre andaba con que en el Otro Lado todo es muy limpio, nomás porque iba a La Lidia Paterson a estudiar inglés. Si yo empecé a salir con él fue porque me ayudaba mucho a hacer las tareas, pero hasta ahí.

Cuando nos veíanos en alguna parte, fuera de la fábrica, lo primero que nos decíanos era que no estábanos agustó ahí. "Es que ya corrieron a Edit, Claudia, Clemencia, Elodia, Caro-

lina, Cándida, Águeda... Nomás porque dijeron que en el Seguro no las atendían bien, porque a pesar de que iban muy malas, no las incapacitaron y las devolvieron a trabajar."

"No, pos tá cabrón...", decía la otra. "Pero, ¿qué podemos hacer tú...?" En las fiestas, por lo menos a las que fui, también eran otra cosa: En vez de ponernos pedos como Dios manda, saltaba alguien diciendo, después de haberse tomado sus pistos: "Ya estoy harta, no aguanto a los supervisores que nomás andan llevando y trayendo chismes de quién hace qué... Ni a esos pinches gringos que lo único que les falta es que nos cojan..."

"Ya, cálmate...", le decíanos. Pero al ratito empezaba la discusión: "Es que somos unas agachonas, como dice mi viejo..." "No, lo que pasa es que ustedes no tienen hijos que mantener. Véanme a mí, con mis cuatro mocosos, pos nomás tengo que decir que sí a todo..." "Eres una arrastrada, Mónica..." "Y ¿qué quieres que haga si yo tengo muchos compromisos...?" "Pero tú fuistes y le dijistes al licenciado que Sabina había dicho lo que dijo..." "¿Yooo...? ¿Tás loca...?" "Sí, tú... Antes que la corrieran tú entrastes a la oficina y luego luego fueron a pararse en la puerta para no dejarla entrar..." "Pero, ¿yo qué tengo en contra de Sabina...?" "Tú misma me platicastes que ella no se quiso acoplar contigo para sacar unas camisas de la fábrica y venderlas fuera..." "Así, digo te la quitabas de encima para que no te fuera a delatar, ¿no...?"

Llegó el momento en que estábanos peliadas unas con otras. La Sandra acusó a Valentina de haber hablado mal de la empresa, nomás porque no se quiso acostar con ella cuando se lo propuso en la fiesta de El Día de Gracias que organizó la empresa; después, cuando se le bajó la borrachera, tuvo miedo que le fuera a hacer escándalo diciéndole a todo mundo que ella era manflora. Verónica le puso el dedo a Silvia porque le dijieron que ésta le andaba ganando con Pedro. Tatiana sacó a balcón a Marta sin querer, nomás porque le dijieron que la iban a correr a ella... Y tuvo miedo.

En el sindicato, pos nomás iba una y le decían: “Vuelva mañana, ¿si...? Porque orita tenemos el pendiente de la elección a diputado federal de nuestro secretario general... Y pos andamos en campaña.”

Y lo pior era que nos quitaran los cien pesos al mes para despensa. Ni siquiera nos esplicaron a qué se debía, nomás pusieron un papel en la puerta de la entrada en el que decía que a las que no llegábanos puntualmente y faltábanos, ya no nos iban a dar los cien pesos de la despensa.

Muchas se fueron después de renunciar. Entonces nos empezaron a dar más trabajo para hacer renunciar a las que nos quedamos: “Tenemos que apurarnos, porque se nos vence la entrega de un pedido, muchachas...”, nos decía la supervisora. Y tamién nos dijieron un día que para que no saliéranos, era mejor que comiéranos adentro. “Así, pos no llegar tarde a la hora de la entrada...”

Andábanos todas desesperadas: no sabíanos ni qué hacer. Cuando salíanos, al menos yo, me iba pensando en buscar otro trabajo. “Al cabos que ya sé hacer mis puntadas re’bien...” Y de rato me animaba: “Mañana, a la salida de la fábrica compro el periódico y veo el clasificado.” Pero luego, que me acuerdo del abono de la mueblería: “No, mejor no voy.”

Ya estaba a punto de irme a trabajar a La Errecea porque tenía dos días viendo el anuncio onde solicitaban “muchachas con espíritu de superación y disponibilidad de horario”, cuando Lucía la supervisora le dio una cachetada a Petra porque se tardó diez minutos en el baño. “¿Por qué durastes tanto, si te dije que nomás cinco minutos...?” “¡Achi!, ¿qué ni miar puedo como la gente...?” “¡No me grites que te reporto...!” “¡Me vale...!” “¡Qué no me grites...!” “¡Chinga tu madre...!” Y zás, nomás tronó el cuero cachetudo de la pobre güey. De volada vinieron los gerentes y en caliente corrieron a Petra. Pero las trabajadoras, que vieron todo el pedo, empezaron a gritarle a la supervisora: “¡Perra...! ¡Lambegüevos...!”

Y el gringo, el gordinflón lleno de pecas en la cara, nomás se aconsejaba con el licenciado chilango. Hasta que dijo: “Bueno, pos si ustedes ver que ella (la supervisora) también tener la culpa, la corremos... Porque aquí no querer a la gente que sea injusta...” Pero tamién a él empezaron a rayarle la madre en cuanto los rodiaron más de cuarenta chavas bien encabronadas.

En un ratito todas dejamos las máquinas y nos fuimos a ver lo que estaba pasando y oímos a los supervisores que nos gritaban: “¡A trabajar...! ¡A trabajar...!” Y nos empujaban a las máquinas para que no las dejáramos. Mientras que afuera de la oficina estaban alegando unas cincuenta muchachas con el licenciado chilango y el gringo panzón. Apenas se oía que les decían: “Están despedidas, están despedidas...”

En un santiamén llegó la policía y las sacó a la fuerza a todas ellas. Después, muchas todavía estuvieron gritando afuera, en La Insurgentes, hasta que se las llevaron a varias de ellas a la cárcel y a muchas las anduvieron persiguiendo. Algunas, todavía golpiadas por los policías, fueron a Conciliación y pusieron su queja; pero tamién ahí la policía sacó a golpes como a unas diez. Que porque eran unas revoltosas, salió en *El Fronterizo*.

Las que quedamos en la fábrica estábanos pero bien asustadas. “...Lo que pasa es que ellas quieren acabar con la industria maquiladora”, dijo el licenciado chilango a todas en cuanto se acabó todo el desbarajuste. “...Así que si queremos progreso para nuestro país deben ser respetuosas de la inversión extranjera...”, señaló entonces al tal mister Clark, quien puso una cara como si lo estuvieran retratando, “...Porque son estos hombres quienes se sacrifican invirtiendo sus capitales en beneficio de una derrama económica, que sin precedentes está ocurriendo en nuestras fronteras...”, dijo. Me cai que me lo aprendí nomás porque lo repitió tanto que ya no tenía hartas.

Debieron haber pasado unos cuatro días, porque ya andaba yo con la idea de venirme mejor a La Alen Bradley, cuando en La Plaza de Armas que me encuentro a Chona pidiendo dinero en un botecito. Y le digo: “Y ¿ora tú...? ¿A poco andas limosneando...?” “No, qué va... Ando colectando dinero pa’ que todas las compañeras despedidas vayamos a la ciudad de Chihuahua a hablar con el gobernador y así le pedimos que haga justicia metiendo al bote al gringo ése que nos mandó golpiar.” En eso voltié y vi que ahí andaban como unas veinte chavas que estuvieron trabajando en La Acapulco Feichon.

En el fondo me dio gusto verlas, porque yo me decía: “Bueno, ¿y qué les habrá pasado a las corridas?” Y estábamos entretenidas platicando, cuando se acercó un chavo medio tímido: “Disculpe, soy Vicente Jaime”, dijo. Y yo pensé: “Y a mí qué.” Pero él después se aventó en una sola palabra: “Dediarode Juárez...” “¡Ah, si...!, ¿cómo no...?” “Pero, ¿qué es eso, oiga...?” *Diario de Juárez...* “Ya le entendí...” “Y ¿qué quiere...? Nosotros no podemos comprar orita ningún periódico, ¿sabe...?” “Es que yo no vendo”, dijo él a punto de enojarse. “¿Entonces...?” “Es que, pos, quiero hacerles unas preguntas sobre el despido de su fuente de trabajo anteayer por la tarde, a causa de los gerentes de la empresa Acapulco Feichon, al defender ustedes a una compañera que duró más de cinco minutos en el baño y la supervisora la insultó mientras que ustedes trabajaban; pero al ver la situación tan poco ética en que estaba obrando la supervisora, ustedes decidieron defenderla hasta que se metió el gerente (un tal mister Clark, me parece) quien las corrió y llamó a la policía cuando ustedes protestaron por la acción tan injusta de la supervisora. Y por eso, la policía las sacó y afuera las estuvo golpiando...” Yo, aturrida, veía como se le movía el bigotito y sus lentes de fondo de botella, casi como si estuviera alejadísimo, dejaba ver unos ojillos café claros como el gato pardo. Además, por lo chaparrito, yo me preguntaba: “Y ¿ónde le cabe tanto?”

Y la Chona nomás le dijo: “No, pos sí, fíjese...” Y él, con su libreta y una pluma en la mano, se fue hasta donde estaban unos chavos tocando unas canciones sobre Cuba, cerca del atrio de la Catedral. Antes nomás dijo: “Gracias.”

Sin embargo, yo me quedé a trabajar nomás porque a mí la poli no me sacó. Pero, al día siguiente que se cumplió el descanso que me dieron por haberme peliado, me dijo mi supervisora: “Cata, es mejor que te presentes en la oficina... El licenciado Dúran quiere verte”. Y me dice: “¿Qué estabas haciendo ayer por la tarde en La Plaza de Armas...?” “Allí agarro la rutera para mi casa, ¿por qué...?” “No, tú te estabas reuniendo con las revoltosas que van a ocasionar que mister Clark decida irse de la ciudad”, me amenazó el licenciado chilango. “¿Te das cuenta que ya no vamos a poder tener trabajo...?” “No, pos yo nomás iba...” “Te vamos a tener que correr...” Y se me quedó viendo a los ojos. Entonces pensé: “Al cabos que ya me iba...” Además, me dijo a la salida, “...tú has estado causando muchos problemas en la disciplina: Ha habido varios pleitos por tu culpa...”

Así era: Después que me descansaron a mí... Mi prima Meche anduvo defendiéndome contra las malas habladas. Y yo no sabía, pero en esas trifulcas una chava estuvo a punto de perder un ojo. Fue entonces cuando corrieron también a una tal Coni (me parece que se apeída Flores) porque ella, con el pretexto de un club cultural, invitaba a las muchachas a tomar clases de varias pendejadas y en vez de enseñarlas, les hablaba de organizarse en sindicatos.

Finalmente, con el cheque que me dieron de indemnización (creo que eran setecientos pesos), me compré en El Paso unos pantalones azules entallados y una blusa amarilla, además que di el resto de abono para pagar lo que debía de la televisión de mi mamá en la Yesipeni.

Dejé pasar un par de días para desaburrirme y me presenté a la Alen Bradley, porque ya hasta me habían hablado. Y ahí

fue donde te conocí Chuya. ¿Te acuerdas? Después en el periódico leí que a las muchachas de La Plaza de Armas las habían golpiado mucho antes de irse a hablar con el gober. Todavía hará unos meses a la chavas a cada rato las metían a la cárcel. Aunque creo que finalmente en Conciliación les estuvo dando el dinero que se sacaba de la venta de todo lo que había en la fábrica, porque el gringo se fue y ni siquiera pagó a los trabajadores que quedaron después del borlote; sin embargo, ya no había nada de valor, todo se lo llevaron en la noche y a escondidas a El Paso.

¿Saben una cosa...? Pos me voy a poner una pedota orita de puritito miedo. No quiero que me empiecen a joder con que Güera esto, Güera lo otro. Me voy a echar puras Medias de Seda, como a mí me gustan.

Y cómo no voy andar triste... Si se me fue mi amor. Era lo mejor. Por eso lo corrí. Yo no podía ya aguantar tanto, no lo soportaba más. Aunque ahora me duela muy dentro, pero ya es ya cuando digo ya. Es que con él no había futuro. Me mantenía siempre preocupada porque nunca traiba dinero ni para comer él mismo y yo, de lo mío, tenía que darle. También me amolaba mucho su falta de cariño conmigo.

Nunca dijo algo bonito de mí y, sí en cambio anduvo de volado con mi prima Paula. Y no nomás con ella, sino con Malena mi vecina. Y me dijieron más de una vez que lo habían visto con una gringa bien pedo, aquí en la Juárez.

Apesar de todo, nunca se me quitó la costumbre de andarle preguntando: "Richar, ¿me quieres...?" Y él fingía demencia: "¿Uat...?" Pero a mí me traía loca con sus ojos azules y su bigotito medio güero; además que era muy altote. Tanto que siempre que bailábamos él me sacaba un chorro después de mi cabeza. Todo en él me parecía bien, nomás con que no empezara a pedirme dinero pa'su mota. Entonces sí me daba miedo porque una vez me pegó muchote. De puro coraje, me cai, fui y se la hice de borlote en la cárcel para que se lo llevaran. Y sí, fueron unos mulones y lo sacaron de la casa en que vivía. Lo golpiaron tanto que hasta me arrepentí de los chingazos que le

dieron por mi culpa. Todavía, me parece, tengo el recorte del periódico guardado porque salió retratado, todo greñudo y hasta decían que era narcotraficante. Pero yo no lo creo porque nunca traiba dinero.

Y todo porque tuvieron que pasar unos cuatro años para que yo pudiera olvidar a El Nano completamente. Entonces yo tenía mucha necesidad de un hombre. Desde que le decía gordo al padre de mi hijo, no volví a tener a nadie a quien decirle algo bonito. Nomás era de en la bailada echarme unos pistos y de volada me caían sobres: “¿Entonces qué...? ¿Nos vamos pa’ fuera...?” Y yo sabía que lo que querían era que nos acostáranos.

Habían muchos que hasta risa me daban. En la primer tanda, luego luego me querían meter mano. Pero yo me los paraba en caliente: “¡Eit...!” Pa’ eso son, pero se piden...” Y nomás a los que me gustaban, les capiaba cuando me sacaban a bailar otra vez.

Después de que El Nano volvió de Los Ángeles California (a donde se fue, luego que me embarcó con el niño), a veces me lo encuentro y me pregunta: “Güera, ¿y el beibi...?” “Ta bien grandote, fíjate...” Desde luego que yo sabía que él traía otra onda. Más bien la mota y el pisto lo traiban juido. Tamién me decía: “A ver cuándo nos echamos unos pistos, ¿sale...?” “Simón, ése...” Aunque en mi corazón taba segura que todo iba a quedar así nomás, sin que ninguno de los dos, ríalmente quisiéramos volvernos a ver.

Todavía antes que lo metieran al bote, luego que dijeron que mató a una niña gringa en un pueblo, me lo encontraba en la calle cuando él iba en su ranfla. Entonces él ya casi no me gustaba mucho porque siempre traiba los labios blancos de no comer y la resequeada de la motiada.

No sé, pero me parece que debe haber pasado quizás un año desde la última vez que lo vi a la mañana aquella en que me despertó mi tía Oralia del Pilar, diciéndome: “Rebeca, mira... Aquí dice que a tu Nano lo sentenciaron a morir en la silla eléctrica. Y yo, adormilada, nomás veía la mano güesuda de

mi tía, enseñándome un retrato de El Nano todo asustado y sin peinarse siquiera. Entonces le pregunté: “¿Qué es lo que dijiste, tía...?” “Pos lee, idiota”, me gritó. Y se fue a la cocina.

Como pude, agarré el periódico y empecé a leer: “Mexicano, nacido en ciudad Juárez, fue sentenciado en los Estados Unidos a sufrir la pena capital al ser ejecutado el próximo 28 de marzo en la silla eléctrica. El juez (no me acuerdo el nombre) lo encontró culpable de haber matado a una niña de siete años, después de violarla cobardemente en el patio de su casa. Por otra parte, gran parte de la población blanca está enardecida con la muerte de la niña, por ser angla. La policía del condado, en una rápida intervención, pudo sujetar al asesino pues se resistía a ser detenido en el lugar de los hechos...”

De nada sirvieron las novenas a San Lorenzo ni todas las noches que me pasé llorando porque iban a matar a El Nano. Hasta mi tía Oralia, al verme lo triste que andaba, se agüitó y para todo me quería chipiar: “Hija, ven...”, “Mira: Te hice avenita...”, “Necesitas comer porque si no te vas a enfermar...” Pero yo me andaba leyendo todos los periódicos o viendo todos los noticieros para enterarme si iban a matar o no a El Nano.

Y cada vez que decían algo, en el corazón me entraba una palpación que hasta la respiración me quitaba. Antes yo nunca había sido nada seria, pero con lo que le estaba pasando a mi amor, prometí a La Virgen de Guadalupe que no volvería a ser boquifloja.

Me acuerdo como si fuera hoy, que iba saliendo yo de misa (porque hasta eso empecé a hacer), cuando me alcanzó mi prima Paula y me avisa: “Ándale, Güera... Ya dijeron en el radio que pasado mañana van a sentar en la silla eléctrica a El Nano...” Y yo, de todo aquello, por poco me desmayo delante de todos. Luego, entre ese domingo y el martes siguiente, estuve siempre con fiebres tan altas que ni siquiera con hierbas se me quitaba. La verdá era que yo me quería morir, pero no podía porque estaba muy sana.

Pasado el tiempo, cuando llegó el día y en todos los periódicos anunciaron que ya habían matado a El Nano, en mi casa no me quitaban la mirada de encima. Si salía a la calle, en el barrio me preguntaban: “¿Es cierto que tu niño es de El Nano, Güera...?” Y me lo pedían para cargarlo: “Préstamelo un ratito... ¿Ya vistes amá que el niño tiene los mismos ojos que El Nano...” “No, es más cejón...” Y a mí me daba mucho coraje que me estuvieran maloriando a mi criatura.

En todas partes, para acabarla de chingar, no se hablaba de otra cosa. Si iba a la tienda: “¡Ay, pobrecito de tu viejo, Güera...!” Pero el que más me sorprendió fue el padre Conti (con el que anduve saliendo y que yo le decía que me hiciera un niño antes de irse de retache a Italia), porque me dijo: “Resignación, hija...” Y yo estaba toda sorprendida porque no sabía ni cómo se había enterado de todo el cuento que yo me traía con El Nano.

Ora me da risa, pero en cuanto se dijo en el radio y los periódicos que El Nano era de Juárez (cuando salió como sentenciado a la silla eléctrica en Tejas), además no sé ni cómo se dieron cuenta que yo tenía un hijo de él, llegaron a mi casa varios reporteros dizque para hacerme una entrevista. Me estuvieron preguntando que si el niño era de El Nano y yo les dije de volada que sí, aunque nunca me lo quiso reconocer con su apeído. “Y, ¿cómo es él...?” “¿El Nano...?” “Güeno...” Y les aventé todo el rollo de cómo lo conocí, de cómo me enfermé de su niño, de cómo siempre lo anduve buscando en todas las cantinas (a pesar de que mi tía Oralia se entremetía, para decir: “...Bueno, sus primos eran los que lo buscaban en las cantinas, mejor dicho...”), de cómo me dijieron sus amigos en la Placita de Bellavista que él se había ido a Los Ángeles por tercera vez en busca de una feria para pasársela bien un rato.

En toda la suidá no se hablaba de otra cosa que no fuera de El Nano. Nomás lo mataron, en el mercado anduvieron ven-

diendo un corrido que le hicieron. Yo supe porque mi primo Toño llegó del centro y en caliente me dio una hoja verde de papel de china en la que con tinta negra estaba escrito el mentado corrido. Y me dijo: “Mira, Güera... Ya hasta corrido le hicieron a tu canco.” Y yo, con mi vestido negro y largo por el luto, nomás dije quedito: “Qué en paz descanse...” Pero lo agarré y lo metí en un sobre de carta, junto con todo lo que habían dicho los periódicos para cuando esté grande mi niño. No que orita, pos apenas está mudando de sus dientitos.

Dice mi tía Oralia que a mí me pasó lo que a las viudas de Pedro Infante porque en cuanto murió El Nano, salieron en el periódico todas las viejas que él tenía. Hasta en la misma noticia que me pusieron a mí tamién salió Verónica, la hija de mi madrina. Cuando se enteró que tamién conmigo había tenido criatura, dicen que dijo: “Éste sí que agarraba parejo, pos no le importaba revolcarse donde todo Bellavista ya lo hizo...” Y además de ella, había como unas cuatro que yo no conocía. Una de ellas era una negrita que El Nano se trajo de Los Angeles a vivir con él aquí en Juárez.

De Ani (así se llamaba la tinta que se trajo El Nano), después a cada rato me platicaban mis primos: “Anda, pinchi vieja... Es re' pluma... A ella sí que le valió que mataran a El Nano... Todos los días se la pasa en La Atómica, poniéndose unas pedotas de poca... Ya les dio la güelta a todos los que se meten ahí... Y ¿sabes con quién vive ahora...?” “Pos con El Mago...” “Sí, ése que una vez, cuando teníamos unos diez años, nos lo encontramos en La Acacias sentado en la banqueta llorando. Y tú le preguntastes: ¿Por qué lloras...? Es que me agarraron unos que están ahí adentro (y señaló la cantina) y me dijieron que si quería pistiar, pos me dejara que me clavarán unos alfileres en las manos. Pero yo nomás estaba jugando y ellos, entre todos, me agarraron y me clavarón éstas...” Entonces vimos que tenía como unas cuatro abujas ensartadas en la piel de las manos sin que le saliera sangre siquiera. Y todo porque al punto pedo el

cabrón de El Mago siempre andaba tragándose los vidrios de las botellas o las navajas de rasurar en pedacitos.

Lo último que supe de la mentada Ani fue que se quedó tocada y se la pasaba sentada en una banqueta de La Mariscal, sin moverse ni de día ni de noche. Después terminó toda podrida porque ni para hacer del cuerpo se levantaba de ahí.

Por mi parte, el luto me duró unos seis meses. Luego empezaron en la fábrica a invitarme a salir los sábados. Tanto jodían diciéndome: "Ándale, vamos... Al cabos que ya no vas a resucitar a tu viejo nomás porque le guardas luto..." Hasta que un sábado, como a las nueve de la noche, me fui a bailar. En cuanto salí del trabajo, fui y me puse a planchar un vestido muy chido que me habían prestado para ponérmelo. Como mi tía no estaba entonces; nomás llegó y empezó a decirme cosas: "Mira tú, ¿no que lo querías tanto...?" "No, pos tamién una tiene derecho a divertirse de vez en cuando, ¿o no?"

Y la dejé pero bien enchinchada de coraje. Yo me salí con mi vestido brillante (de esos disco, que se andaban usando cuando pegó mucho Travolta), mis tacones altos bien chainiados, mis medias oscuras nuevecitas, mis aretes muy bonitos que compré en abonos, mis olores a perfume Eivon. Eso sí: A mí nunca me gustó usar bolsa. Me daba güeva traerla pa'todas partes.

Tal como habíamos quedado, Ivon y su novio me alcanzaron en La Plaza de Armas. Me subí a la ranfla de Marcos y nos fuimos a meter aquí a El Jaguayán a bailar. Ésa fue la primera vez que vine aquí y desde entonces me gustó. Por eso, cuando choqué en el carro de Beny y estuve internada en el Seguro por las cortadas que me hice, dejé de venir. Pero casi nunca he faltado a danzar y echarme mis Medias de Seda.

Tamién aquí fue donde conocí a Richar. Eran como unos cuatro soldados de El Fortblis los que se sentaron allá donde está el barco ése en que se sube la orquesta a tocar. Y yo veía que él nomás pistiaba mientras que los otros andaban hechos la mocha con las cumbias. Entonces me dije: "Y ése, ¿por qué

no se pone a bailar siquiera...?" Pero yo no me había fijado en que tenía una pata enyesada. Me di cuenta hasta que fue a miar.

Tanto me gustó el cabrón, a pesar de que a mí siempre me han caído gordos los gringos, que le dije al mesero que me lo saludara y, de rato, vino a traerme otro Medias de Seda que él me brindaba. "...Dice el gabacho que eres muy bonita y que es una lástima que él no pueda bailar, si no te sacaba..." "Pos entonces dile que de perdido se venga a platicar...", le dije al mesero. Del gusto que me dio que me pelara, ni me acordé que yo no sé ni papa de inglés. Pero Richar sabía decir cabrón y chingado muy bien en español, por eso nos entendimos bien padre.

Y mientras que él se tomaba sus tequilas porque le gustaban mucho, yo me surtía con mis Medias de Seda. En esa plática, él me dijo muchas cosas. Que ya estaba cansado de estar en El Armi y por eso se salió. Desde entonces vivía en Juárez y ni más ni menos que en Bellavista; que le gustaba mucho la mota y al ácido le llegaba muy poco; que había nacido en El Broncs, en Nueva Yor; que había conocido a mi primo Chuma, el que mataron cuatro cabrones bien pedos en La Flecha; que se había casado con una gringa en Tucson, pero que ella era muy celosa y una vez lo anduvo persiguiendo casi toda la ciudad con una pistola pa'matarlo porque un lilo negro le flirtiaba a él en donde tanto ella como él se echaban unos pistos; que él, desde los quince años, se había cogido una vieja distinta por lo menos cada semana; que desde que tuvo razón, solito ha tenido que buscarse su comida en el tiempo que estaba fuera de la cárcel.

Y ahí estaba yo, con mis pelos lavados con champú Revlon, diciéndole: "¡Ah qué bárbaro eres...!" Mientras que abajo en la mesa mis piernas estaban entrelazadas con las de él. Entonces Richar, con sus dientes blancos y labios húmedos, me hacía que me dieran ganas de darle muchos besos. Pero me detenía a mí misma, "porque si no se te va como los otros..." "Déjalo que caiga solo, solito..." "No te aceleres, si no lo pierdes..."

Mientras más me acercaba, Richar seguía hablando: “Tengo casi dos años de estar viviendo en Juárez y conozco a muchos batos locos de la onda gruesa en la Bellavista. Es un barrio de aquellita... Ahí aprendí español nomás de andar rolando entre la pípol...” Y sus ojos azules me veían todita, de cuerpo entero. Su español no era del todo mocho. Hasta me gustaba por lo bonito que se oían las palabras cuando él las decía como en los discos de Abba. “No, pos sí...” Era lo único que como idiota yo decía a todo, porque sentía como si mis palabras no me salieran de la garganta (o de donde deben salir), a pesar de que yo quería decirle muchas cosas. Nomás lo miraba como si de pronto me lo fueran a quitar para siempre y yo no quería perderlo.

Lo gacho fue que en la mesa que estábamos luego se vinieron muchas de las amigas de Ivon, mi compa. Y las muy cabronas, se le resbalaban todas ofrecidas. Le decían: “Mira Richar: Ésa que están tocando se baila moviendo la cadera... Sabrosito...” Pero yo, enojada, les hacía mala cara: “Él no puede bailar orita...” les contestaba con todo el desprecio de mi alma, sin que ellas se dieran por enteradas.

Y, para mis adentros, me decía: “No le hace... Al cabos que me puse mi Meuí y me han dicho que ese perfume les gusta mucho a los gringos, seguía yo haciéndome ilusiones. Y él, sin que yo me diera cuenta, me veía las piernas (entonces sí las tenía bonitas, con mis medias), como si tuviera muchas ganas de ellas. “Ya mero, ya mero...”, me decía yo con gusto. “Entonces podré tener un chavo como éste pa’ mí sola, sin que nadie me lo quite como me pasó con El Nano”, porque nunca le perdoné a la justicia del Otro Lado el habérmelo quitado.

“Tú y yo vamos a ser buenos amigos...”, me dijo Richar cuando sus ojos azules y su alma me veían (¡qué telenoveler soy...! ¿verdá?). Pero así tában las cosas cuando nos conocimos aquí en El Jaguayán.

De volada me imaginé que él sí me iba a cumplir. “Yo quiero tener una niñita de él”, me dije. Pero también me gustaría

que se arrejuntara por lo menos conmigo. Ya sé: Le pondría por nombre a la niña Rigan, como la del Exorcista. Nomás porque esa película me dio mucho miedo cuando la vi en El Dorado, principalmente cuando se acabó la luz y nos quedamos todos a oscuras un buen ratote.

Y yo ya sentía que tenía a la niña, con sus ojos azules, así como el agua del mar que sale en el cine; con su pelo rubio, largo para hacerle unos querlis bien bonitos; con su piel blanca como la de Richar, además de suavcita y calentita. Pero lo que más me gustaba era que en mi casa me dirían que yo sí le quedaba a él por lo güero. No que El Nano, pos el pobre era más bien prieto y tenía el pelo medio chino, como si hubiera sido hijo de un negro, sin serlo.

Entonces él me dijo: “Me gusta tu piel...” Y yo, me cai que sí, pensé: “Ojalá que me bese...” Nomás porque me parecía chido como él se reía. Parecía uno de esos gringos que anuncian la pasta Colgate en la tele, con sus dientes blancos y sin ni una mancha de amarillo como El Nano.

“Te juro que sí me gustas...”, me habló quedito, cuando se me acercó a prenderme un Salem. Y lo sentí tan pegado a mí que su voz estaba tan calentita mientras que afuera había un friyecito que calaba en los huesos porque estuvo todo el día lloviendo.

De rato, como que perdió la vergüenza y me tocó con sus dedos la cara, sin decir una sola palabra ni dejar de verme fijamente mientras que yo me maderiaba mirando a los músicos prepararse a tocar.

“No, no debo caer otra vez como con El Nano...” “No debo ni puedo entregarme a él así como así...” “Sería muy tonta muy tonta muy tonta muy tonta; muy pendeja muy pendeja muy pendeja muy pendeja muy pendeja; muy dejada muy dejada muy dejada muy dejada muy dejada muy dejada; muy idiota muy idiota muy idiota muy idiota muy idiota...”, me repetía como si estuviera en la escuela aprendiéndome las tablas de multiplicar.

Nomás sentí que me besaba, y no sé qué me pasó. Ahí fue donde todo lo que me había dicho se me desmoronó en nada: "Dios mío...", pensé. A partir de entonces yo no me sentía yo, ni era yo como me conozco. Ya desde entonces tenía mucho miedo de perder a Richar, de que me lo fueran a quitar, de que él se fuera a decepcionar de mí, de que yo fuera muy poca cosa para él, de que yo no le fuera a gustar, de que se enterara que yo estaba muy llena de mierda por la vida, de que todos los defectos se me juntaran en ese momento, de que él era alto y yo chaparra, de que él era de ésos que cagan casi sin malos olores, de que él era como si lo hubieran sacado de una pantalla de cine nomás pa'mí y sin anuncios.

"Vamos...", me dijo sin darme órdenes, como lo hacen los patrones. "Te necesito." Y después vino lo demás: "Vamos a gozar de lo lindo, vas a sentir que eres toda una mujer, vas a encontrar lo que te faltaba..." Y yo frente de él, sin poder respirar con todos los pulmones, no podía dejar de sentir vergüenza al oír lo que me decía. "No, no puedo...", le suplicaba yo en un soplido casi sin aire. Y después le inventé todos los pretextos que pude: "Que yo no soy de ésas, que es mejor que no nos volvamos a ver, que tú nomás piensas en eso, que mejor vamos a ver bailar como los demás, que seamos únicamente amigos, que lo que me pasa es que estoy aturdida por los Medias de Seda, que no puedo tener relaciones con alguien que no tiene consideraciones con lo que una siente, que el tiempo dirá si tú y yo servimos para esto, que todos los hombres buscan lo mismo en las mujeres..." Y él: "tienes unas tetas fabulosas, pocas nalgas como las tuyas, daría cualquier cosa por probar lo que hay abajo de tu falda, que de ti depende la buena onda entre tú y yo en mi cuarto de Bellavista..."

Entonces yo sentía que sus manos me formaban todo lo que tengo de mujer, como si tuviera mucha hambre de mí y, por dentro, me dolía no poder decirle que sí, paga y vámonos

mi Robert Redfor de no sé qué película que vi en el Canal 5 antes de los noticieros en los que salía Cabada de la O, con su cara llena de baches como la avenida 5 de Febrero en los meses de agosto.

"Que te digo que no, mi amor..." "Ustedes los hombres se acuestan con todas las mujeres en la vida..." "Sí, jani... Am nat a típico gringo..."; "soy un bato bueno que no quiso ir a la guerra a pesar de que Ancol Sam nid mi tu mach..." "No, digo..." "No, y no..."

Y dentro de mí: "Dios mío, pero si le digo que sí, lo pierdo... Entonces no tendré la parejita con mi niño parecido a El Nano y mi niña de ojos azules de pelo rubio, de piel blanca, de nariz así como él, de vestiditos amarillos que le iba yo a poner los domingos pa'llevármelos a los dos de la mano en El Chamizal a dar la güelta, de que todos me dijieran: ¡Ah, qué niña tan chula!, de mocosa igualita a las de los anuncios Gerber..."

Sin embargo, sin que yo pudiera evitarlo, sus ojos azules me envenenaban la sangre, me calentaban el seso, me perdieron el no que yo tenía entre los dientes para defenderme de él, me abrieron las piernas, me quitaron el miedo por los hombres peludos en el pecho, me subieron la falda hasta la cintura, me desbotonaron entre la oscuridá la blusa mientras que él me besaba metiéndome completamente la lengua en mi boca, me hicieron sentir muchas ganas de tenerlo casi pegadito a mí.

Yo nada sabía de él, aparte de su tristeza al mirar cómo su amigo Archi bailaba una cumbia, ni me imaginé el martirio que sería él después pa'mí, y es que de volada empezaron las dificultades: "Tu Richar fue el viejo de la hija de La Nacha. Esa que está todavía toda tocada. La que nos platicó que su jefa, cuando ella estaba chica, nomás pa'que no tuviera miedo en la vida le dio una fusca y le ordenó: "Mátalo, mientras que en el suelo, dentro de su cuarto, estaba un bato de ésos que ya no tenía remedio por toda la droga que se echaba en un día. Y ella (no me acuerdo cómo se llamaba), a pesar de

soltarse llorando, tuvo que matarlo disparándole en la cabeza al cristiano.”

La mamá de esta chava, me platicaba mí tío Emiliano, era la que robaba a los beibis cuando apenas eran mocosos de pecho y les inyectaba la droga. “Es para que se acostumbren”, decía. “Y así cuando estén grandes pos tengo yo quien les venda el polvo a los gringos. Pero muchos de los niños no aguantaban, y se morían luego luego. Por eso, cuando yo estaba chica, me asustaban mis tíos con que en las noches se oía el chillido de esas criaturas; y los que fueron creciendo con ella, hasta madre le decían a La Nacha. Algunos de ellos, sin embargo, llegaron a quererla como si de verdá fuera su madre: Además que alegaban que La Nacha nunca les cobraba la droga que ellos necesitaban al rato.

Todo esto lo sabía mí tío Emiliano, porque él, cuando apenas tenía veinte años, cambió en uno de los picaderos de La Nacha. Dice que ahí eran unos cuartos que tenía ella rentados en varias colonias de la ciudá. En ellos no había ni muebles ni vivía nadien. Nomás, en el suelo había unas colchas sucias. A los gringos se los echaban en El Puente Santa Fe. Ahí les decían: “¿Yu uan a chat?” Y si capiaban, se los llevaban al picadero más cerca. Entonces les hacían acostarse en las colchas mientras que uno preparaba la droga y el otro (siempre había dos) estaba siempre listo por si se aceleraba y quería salir corriendo. Él, a punta de golpes, lo calmaba.

Ahí fue donde mi tío Emiliano, de joven, se echó a muchas gringas. Algunas de ellas tenían unas piernotas bien güenas, pero les encantaba le droga, según platicaba él entre conocidos. A veces hasta casi chavalitas llegaban. Iban todas nerviosas, pero no porque tuvieran miedo, sino porque les hacía falta su chat. Entonces Santos (el hijo de don Segundo, el que vivió atrás de la casa de mi tía Oralia del Pilar) les daba su inyección; ellas empezaban a decir cosas en inglés. Luego, Santos y yo, decía mi tío. “Pos nos las echábanos cuan-

do estaban muy güenas... A veces, hasta de maloras, nos las cogíamos sin ganas... Y ellas ni cuenta. Además que se ponían a veces también calientes con el efecto de la cochinada ésa. O, cuando de a tiro estaban muy feas, les hacíanos unas diabluras: Les metíanos el pito en la boca, nos miábanos en ellas, nos las echábanos por el culo. Aunque nos pegaban unos sustos de poca porque se quedaban bien tiesos, principalmente cuando Santos ya andaba pedo (o crudo, lo que es pior) y les ponía cochinada de más. Pero como era muy terco, nunca podíanos decirle nada. Además que cuando se enteraba El Pablote (el viejo de La Nacha), nomás decía: ‘En cuanto se anochezca, vayan y tírenlos en El Arroyo Colorado...’ Y todos los días en *El Fronterizo* salía que la policía había encontrado muertos ahí. Cuando no llegaba nadien a los picaderos, nos la pasábanos muy a gusto porque El Pablote nos daba hasta cinco pesos para que compráranos una botella de tequila. Y nos decía: ‘No se apuren, muchachos... Orita cain estos pinchis gringos...’”

Los únicos que sí sabían dónde quedaban todos los picaderos eran los choferes de los sitios. Y eso porque ellos también enganchaban a los gringos a cambio de que La Nacha les diera una lana cada mes para que le trajeran clientes a que fueran a inyectarse heroína.

Esto que les voy a decir no me lo platicó mi tío Emiliano: Todavía cuando yo estaba chica, El Árabe (el hijo de La Nacha, y hermano de la vieja de mi Richar) seguía en esas ondas. Hasta que un día amaneció muerto porque también se le pasó el chat que tenía que darse todos los días para poderla hacer.

Sin embargo, también yo he oído decir a la gente de Bellavista que La Nacha era muy güena gente. Me platicaban: “No, pos ella me dio muchas veces dinero para sacar a mi viejo de la cárcel”, decía Lucrecia. “...Si no hubiera sido por ella (La Nacha), mis hijos muchas veces se hubieran quedado sin comer”, agradecía Agapita. “...Nomás llegaba una a su casa y ella, lue-

go luego, me adivinaba el pensamiento: Ya estás otra vez gorda y tu marido anda en el Otro Lado... Pos toma estos cuatro pesos”, platicaba Clemencia.

Pero a mí los dimes y diretes de Richar me venían de todas partes: “...Anda metiéndole mano en la calle a la hija de Aurelia y, los dos, se iban cayendo de borrachos...”; “en dondequiera debe dinero porque pide para la mota y se la pasa tronándose hasta en la calle, afuera de su casa...”; “se pelió con cuatro policías y se lo llevaron al bote...”; “tiene tres días metido en la cantina y no lo dejan salir hasta que no pague los doscientos pesos que se pistió...”; “le vendió a El Diablo una lata de mota chafiada y éste lo anda buscando bien encabronado para matarlo o por lo menos para ponerle una chinga...”

Yo no sabía, pero esa noche en El Jaguayán, cuando le dije que sí a Richar, se me vinieron todas las calamidades: “Ándale, Güera... Fíjate que ya lo metieron al bote...”; “ya lo corrieron de la casa en que vivía porque no pagó la renta...”; “ya está en el Hospital General, enfermo de tanta droga que se mete...”; “ya hasta fichado como malviviente lo tienen en la policía...” Y él: “Préstame cien pesos, cincuenta, veinte, diez, cinco...” Parecía que nunca iba a terminar, como un barril sin fondo. Además que también en El Paso lo buscaba la chota porque allá estuvo sacando dinero de El Güelfer nomás porque dijo que estaba paralítico. Antes, por lo menos, se escondía para motiarse pero ora no. Onde anduviera sacaba su fajo y, de volada, se las tronaba. También empezó a llegarle a los Red Debols y a El Polvo de Ángel. Cuando no lo hacía andaba como enojado por cualquier cosa. No se le podía hablar sin que estuviera pegando gritos por pendejadas. Fue entonces cuando a cada rato me pegaba y yo, con dolor en mi corazón, veía que la niña no nacía a pesar de las ganas que tenía yo de la parejita.

Y fue un día, me acuerdo hasta que estaba nevando afuera, que Richar fue por mí a la Alen Bradley y empezó a suplicarme el pobre: “...Que ya voy a cambiar, que todo le he en-

contrado contigo, que tú eres muy güena conmigo...” Y yo: “Ya no te aguanto más, ya todos los días nomás vivo preocupada, ya no duermo por estar pensando en que algo malo te pasó.” Entonces comprendí lo mucho que batalló conmigo mi tía Oralia del Pilar antes de morir de vieja.

De aquel coraje que mi papá sentía contra los que vivían de El Güelfer sin trabajar ya no queda nada (nadita casi). “Ni modo Catita, sígueme en la maquila”, me dijo un día, muy avergonzado. Pos había quedado él inservible desde la vez que se cayó mientras cambiaba en la carnicería de Silvas Supermarquet en El Paso, y se golpió mucho la espalda, tanto que ya no podía ni mover el brazo derecho. Nomás le quedaba hacerle la lucha a La Aseguranza para que le paguen por haberse lastimado. Pero, por otra parte, de los cien dólares que le mandaban de El Güelfer a la semana él tenía que pagar los abonos a más de quince financieras, en las que le habían prestado a lo largo de los últimos veinte años el dinero con el que completaba el gasto de la casa, porque lo que ganaba no era suficiente.

Los cobradores de las financieras, como perros, a cada rato iban a la casa después que él se había lastimado y amenazaban a mi mamá con que “... Le vamos a quitar algunos muebles de la casa... Si mucho, le podemos dar una semana para que pague todo lo que debe su marido”, le decían. Y mi mamá se la pasaba llorando porque de dónde iba mi jefe a sacar mil dólares para pagar todo lo que le pedían. Sólo en La Unión (en la que debía más) eran casi seiscientos dólares los que tenían pendientes. Y eso que cada quincena, puntualito, daba los abonos hasta de treinta dólares, y nunca terminó de pagar completamente lo que debía; al contrario, apenas bajaba poquito y la misma empleada le decía: “Señor Martínez, ¿no necesita dinero...? Ándele, y le prestamos unos doscientos más... Al cabo

que su crédito con nosotros es muy bueno...” Y no faltaba que se acordara que la camioneta ya no tenía llantas, que Beto mi hermano iba a cumplir años al mes siguiente, que mi mamá se quejaba mucho de que la televisión zumbaba bastante, que él ya no tenía zapatos ni pantalones, que había una gotera en la casa. “Bueno, pos sí necesito señorita... Pero ahora quiero que me presten doscientos ochenta...” “Desde luego, señor Martínez.” Y a la vuelta de un mes, de dos, de tres, de cuatro, de cinco, de seis (no me acuerdo muy bien cuánto), terminaba por pagar cuatrocientos billetes verdes.

Las que más dolor de cabeza le dieron siempre a mí papá fueron las financieras de Caplan, de las que uno de los de La Migra es el dueño (me parece que se llama David), porque éstas tienen a los abogados más perros en Juárez. A cada rato andan molestando a la gente en su casa. “Si no nos paga...”, dicen para dar miedo, “nosotros podemos llevarlo a usted a La Corte...”

También en las financieras mandan cartas a la gente para recordarle que les debe, en el caso de que no haya podido abonarles: “Señor Martínez, le pedimos por favor que nos recomiende a buenos clientes como usted para nosotros prestarles dinero...”

Y fue con los problemas de mi papá con que todos en la casa nos pusimos de mal humor porque ya no había dinero. Él, a pesar de que antes se almiraba de los negros que no trabajaban y sólo vivían de lo que les daba El Güelfer, tuvo que ir a esta oficina a pedir estampillas pa' que le dieran comida pa' nosotros, porque el cheque que le daban en La Aseguranza nomás acabalaba pa' pagar algunos de los abonos de las quince financieras en que debía. Yo me acuerdo que mi mamá a cada rato le andaba recordando: “Viejo, no se te vayan a olvidar los veinte dólares de La Paso del Norte, pa' que ya no anden frengando con sus cartitas ni sus licenciados.

Esa vez que les digo mi papá fue con todos sus años a pedir las mentadas estampillas a cambio de las cuales El

Gobierno de los Estados Unidos da comida. Llegó muy agüitado después a la casa. Y dijo: “Pensar que trabajé tantos años para ora tener que ir a que me regalen la comedera, vieja.” Y ella: “No te preocupes, ya ves lo que te explicó el licenciado... Es cuestión de tiempo para que te paguen todo el dinero que te debe La Aseguranza por haberte golpiado”. Mi mamá trataba de calmarlo, pero no podía. “Lo malo, vieja... Es que en La Tecsas Emploimen ya querían que firmara unos papeles para ir a trabajar así como estoy de la espalda... Y yo les dije que mi abogado tenía que estar presente para yo firmarlos... Entonces, de mala gana, me dieron mi cheque. Aunque luego luego tuve que ir a dar los abonos de las financieras.”

En ese tiempo San Lorenzo volvió a estar en la boca de mi mamá a cada rato: “¡Ay, si le pagan a mi marido lo que le deberían dar por su golpe, te prometo que te prendo durante todo el mes tus veladoras!” Pero el tiempo pasaba y no parecía que le fueran a dar el dinero; sin embargo sí le atendían en El Medic Quer por su enfermedad, pos cada vez se sentía peor de su espalda. Pero las mentadas estampillas nomás se las dieron por un tiempo. Después le dijieron que deberíamos vivir en el Otro Lado para podernos ayudar mejor. El único problema era que ni Beto ni yo teníamos arreglada la residencia. Y mi papá alegaba: “Dicen también que si viviéramos allá todos, hasta una casa nos daban en Los Proyectos... Pero como estoy yo ahorita ni siquiera puedo andar yendo y viniendo para que me vayan a salir con sus cosas de siempre...”

“Pero no te desesperes, viejo...” “No, qué va, si estoy muy feliz así sin trabajar ni tener ni un peni para comprarme un chocolate siquiera...” “Verás que Dios pronto nos va ayudar... Yo hasta le recé a San Lorencito para que nos haga ese milagro.”

Y lo peor era que en ese tiempo mi carnala andaba con sus ondas de irse con el novio, que porque si no lo hacía el fulano se le

iba a ir con otra. “¿No crés, Cata...? ¿Verdá...?” “No, pos sí... Pero primero espera a ver qué le hacen a mi papi los doctores...” “Es que, pos, él me dice que si no me voy el sábado se pela a Chicago con un tío y no lo vuelvo a ver... Y pos no es justo...” “No, sí... Pero mi papá está muy malo Raque... Entiéndelo...” “Lo que pasa es que todos ustedes nomás me quieren para estarme dando órdenes como si yo fuera una niña...” “No es eso (porque yo soy la mayor), lo que pasa es que tú tienes catorce años...” “¿Ya vez...? Y luego dicen que no. Les gusta estarme mortificando el alma.” Esa noche, sin embargo, ya no volvió a casa.

También Beto, el menor que yo, fue a parar al bote por andar con otros muchachos. Aunque a mí me lo dijeron antes de llegar a la casa, después de salir de Alen Bradley. Como era viernes, con el dinero de la semana fui y pagué la multa de quinientos pesos. Y me explicó: “...Es que pos estábamos tomando unas sodas en el atrio de la iglesia de El Carmen cuando llegó la farola... Yo creo que fue el padre de Estrella el que les habló... Está enojado porque no le quise lavar su carro eletedé el miércoles pasado... Y no me pidió, sino que me mandó con muchos güevos: Gordo (porque así le dicen), a ver si me lavas el carro... Allá arriba hay una cubeta y jabón.” Entonces me entregó las llaves. “No padre. Fíjese que no se lo voy a lavar. Dígale a El Tejano. Al cabo que él sí es muy barbero con usted.” Y es que este güey, me dijo mi carnal, es capaz de todo nomás porque lo deje cantar en misa pa’ que lo vean las muchachas en la iglesia los domingos. Con eso de que se siente muy carita...”

“¡Ay hija...! No sé cómo decirle a tu papá que ya encarqué.” Y es que ella, a pesar de todo, estaba muy fuerte. Si yo tenía mis dieciocho años, ella me llevaba por otros tantos. “No, pos dile que ni modo...” “Es que ya debería estarme cuidando, pero dejé tres días sin tomar las pastillas, nomás de puros nervios desde que tu papá empezó a estar malo de la espalda...” Y como ella era muy creyente, no me atreví a decirle mejor que lo tirara. Entonces hubiera tirado el grito en el cielo o por lo

menos le hubiera dado el saltapatrás. “Se mi hace que mejor me espero a que se me note pa’ decirle ¿no crés...?” “No, pos a lo mejor que sí...”

El que sí era muy mayor era mi papá. Entonces debería haber tenido unos cincuenta años, por lo menos. Y en ese tiempo se le cargó tanto la edá que a veces le daba por llegar borracho. Mi mamá era la que empezaba a regañarlo: “Mira nomás: todavía estamos amolados y tú, como si nada, llegas cayéndote de borracho.” Y él puros gritos se volvía: “Qué más quieres que te dé...! Entiende que ya no soy fuerte... Ya ni pa’ la cama soy güeno...! ¿No es eso lo que quieres decir?”

En ese tiempo fue cuando empecé a juntarme con mi prima Meche. Ella fue la que me invitó a que viniera aquí a El Jaguayan a bailar. Me dijo: “Está bien padre... Vas a ver como sí te gusta”. Y yo estaba tan aburrída de nunca salir para nada de la casa. Porque mi papá no nos dejaba. Hasta que una vez, se me ocurrió decirle a mi mamá, aprovechando que él andaba tomado: “Orita vengo, voy con mi prima Meche a una fiesta...” “Nomás ven antes que tu padre, por vida tuya, si no nos regaña a las dos. “No, vengo como a las diez de la noche...”

(La verdá es que le habíamos perdido el respeto a mi papá en cuanto dejó de llevarnos todo el dinero que ganaba para lo que nosotros quisiéramos. Ya cuando decía en sus pláticas: “No, pos yo empecé a ganarme la comida desde chiquito, recién llegué de Torrión, vendiendo perros chiquitos, chafas, como si fueran chihuahueños a los gringos que se ponían borrachos en las cantinas de La Mariscal...” Nosotros, de maloras, nos voltiábamos a ver y nos burlábamos de él, sin que se diera cuenta siquiera.)

En ese tiempo El Jaguayán estaba igualito que ahora. Nomás un poco más nuevo todo esto. Meche, como era bien amiguera, dondequiera la saludaban los muchachos que todos los viernes venían aquí a bailar. Y ella me decía: “Mira ése, una vez quiso que yo me casara con él, pero no me gusta porque no

sabe vestirse bien, siempre anda con los pantalones de mezclilla y la camisa de lana con que lo conocí”, me explicaba. Y aquel, el del pelo chino, todavía es hora que no pierde la esperanza de que le diga que sí, pero a mí se me hace muy añorado. Es más: Hasta el señor que ves allá, en la mesa donde está sirviendo el mesero, también me anduvo persiguiendo y a cada rato me invitaba a salir con él... Güeno, para no hacértela cansada, el mesero que está pagando en la caja me ha dicho que cuando yo quiera me pone casa y todo... “Es que tú, se me hace, debes ser muy cariñosa”, me decía el pinchí güey. Ora es mi compa y a veces, cuando ve que no traigo mucha lana, ni me cobra los pistos...”

Meche me presentó a todos sus amigos. Les dijo: “Mira, Pancho... Ésta es mi prima. Si quieres sácala a bailar. Y ellos, de volada, me tiraban los chuchos: ¡Ah, qué bonito güeles, Cata...!” “¿A poco...?” “Pos sí...” “¡Ah, qué caray...!” “Pero la próxima, te prometo que no me voy a bañar siquiera...”

De todos lados nos llegaban pistos. Y ella me decía: “A ver si vienes más seguido pa’ no pagar yo como orita, Cata.” Y me sacaban a bailar. Nomás me hacía la importante: los veía de arriba a bajo (pos por lo alta que estoy, no todos me quedan), y hasta mi prima se reía cuando los corría: “No, pos usted está muy chaparro, oiga...” “No li hace...”, me alegaban. “Al cabos que no la voy a cargar; y si así fuera, pos tengo mis molleros ¿vé?” Entonces el fulano, todo presumido, me posaba mientras que nosotras nos reíanos.

Así como ahora, desde entonces, les caí bien a todos. Después pasó lo de mi prima Meche con su beibi, dejó de venir. Ella decía que hasta le daba vergüenza que la vieran lo gorda que quedó después de haberse aliviado, pero yo no la veía tanto. Más bien, se me hace que ella quedó toda acomplexada, la pobre, por todo lo que le había pasado; aunque, después de su parto, ella se fue a bailar a El Malibú. A mí, pos no me gusta ir allí porque dicen que es de lo piorcito, a pesar que ella se can-

saba de andarme invitando a cada rato pa’ que vaya con ella. Sin embargo, como ya lo saben, la hallaron muerta en el Lote Bravo. Estaba irreconocible: Supimos que era ella por la medalla del Sagrado Corazón que traía puesta la noche que la mataron, porque el novio que se la regaló le mandó le grabaran el nombre de él junto con el de ella. La Judicial alegó también que era ella porque no sé que le hicieron a uno de sus pelos y se encontró que un cabello encontrado por mi tía en un peine y el de la muertita eran iguales.

De los amigos de mi prima el que más me caía bien era Maic. Se me hacía muy chistoso por la forma en que hablaba y vestía, pos decía cosas en mitá inglés y mitá español y siempre traía un traje negro puesto, con todo y moño (según me decía Meche), andaba muy peinado, con vaselina, y el pelo lo traía echado para atrás; de la cara también muy rasurado y sin bigotes; oliendo a todos tiros a una loción que nunca he vuelto a verle puesta a ningún otro, ni empalagoso ni chafa; en las manos, además, nunca le vi que trajera las uñas largas, pos al contrario, hasta todos los días se ponía un esmalte en ellas (blanco y brillantador) y, por eso, se le veían como si las tuviera de vidrio; los calcos, desde la primera vez me fijé, siempre los traía bien chainiados y con las cintas bien apretadas para que no se le fueran a zafar; y, eso sí, con la punta del zapato sin una sola raspadura porque eran de puritito charol.

En cuanto lo vi platicando con Meche, en la mesa en que estábamos, mientras que yo bailaba con un güey que me traía juida con las cumbias, me solté la neta: “Este bato ha de ser muy rico.” Luego Meche, al día siguiente, me dijo: “No qué va... Lo que pasa es que él chamea en El Mundos Bar.” Y como yo no lo quería créer, me estuvo diciendo todo: “...Es que allí atiende a muchos gringos y ellos le dejan sus buenas propinas porque él habla muy buena totacha y los trata a cuerpo de rey.” Él mismo me ha platicado que a veces ha llegado a juntar en toda la noche hasta sus cincuenta dólares, ¿te das cuenta?

En toda la noche que lo conocí, él no se movió de la mesa en que estábamos sentadas nosotras. Él nos estuvo pichando los pistos y también nos platicó muchas cosas de cuando él era chavo y vivía en Los Ángeles. Pero yo, dentro de mí, estaba atacada de la risa que me daba por lo chistoso de como decía las palabras.

Nos platicó: "Hasta estuve en el rin con Yo Freisier, pero una vez me vine a Juárez porque tenía muchas ganas de ver a mis amigos aquí en la Internacional, de Juárez (la calle en que él nació)... si me hubiera quedado allá, orita estaría peliando en Las Vegas con todos los campeones mundiales..." Y entonces yo veía que él no tomaba del pisto que le había pedido al mesero, si no que le daba tragos a una anforita de Madero Cinco Equis que traía clavada en la faja guinda que usaba abajo del saco y encima del pantalón. Nomás sacaba la botellita y, sin esconderse de los meseros porque ya lo conocían, se aventaba sus traguitos hasta que se terminó la primera como a la una de la mañana. Entonces, de volada, nos dijo que iba por otra y en caliente regresó.

Ninguno de los dos bailamos en toda la noche. Por lo menos a mí no me dieron ganas después de oírlo platicar como él lo hacía. Es más: Desde que conocí Roberto, ningún hombre me había llamado tanta la atención como el mentado Maic. Es que andaba siempre tan limpio y bien vestido; pocos en mi vida habían sido así desde que tengo razón.

Después, cada vez que venía aquí a El Jaguayán a bailar, pensaba que iba a topármelo. Pero pasó el primer sábado, el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto... Y no volvió. Ni yo lo vi en ninguna parte. Y a la sorda le fui preguntando a Meche sobre el Maic: "Oye, ¿por qué no habrá venido éste...?" "Pos, sepa... Aunque viéndola bien así es él." Me ilusioné tanto con este muchacho que por lo menos quería verlo, pero no me animaba a ir a buscarlo a donde vivía, porque se me hacía como si alguien me fuera a regañar, a pesar de que yo ya tenía mis dieciocho años (y un aborto), así que ya era mayor de edad.

Tanto chingaba yo a mi prima con mis "oye, ¿y por qué no le hablas por teléfono a donde vive?", que me dijo derecha la fecha: "Mira, si tú andas sobres del Maic, ¿por que no llegas a su hotel?" Pero, después de fingir demencia un rato con que "yo, ¿qué crés...? Si nomás toy con el pendiente porque ni tú ni yo lo hemos visto, ¿o no?" Y ella me contestó: "Ni madre, tú andas caliente con él... Y digo, pos llégale; pero no estés jodiendo, hombre."

Y a cada rato me acordaba de él en la Alen Bradley o en mi casa. Y pensaba: "A mí se me hace que tiene una vieja. Entonces me empezaba a dar mucha vergüenza que yo anduviera como pendeja por alguien que no sabía siquiera si tenía o no alguien que lo visitara en su hotel. En ese tiempo fue cuando me cayó en el ojo un alambrito y casi me andaba quedando ciega, nomás por estar pensando en el mentado Maic.

En mi casa, la cosa iba de peor en peor. Mi papá casi nunca estaba con nosotros. Ya hasta me daba miedo que un día de esos fuera a pasarle lo que a Eliazar, el mecánico que le componía a mi papá la camioneta. Él, dicen, de tanto estar metido en el trago de tequila un día se deschaveté bien feo: Tempranito, después de haber llegado en la madrugada bien tomado, salió de su casa en la Níquel completamente encuerado. Nomás traiba puesta una sábana cubriendo la espalda, pero se le veían las piernas peludas y los callos, además de traer de fuera un huevo todo arrugado, como si pareciera un higo de esos morados que hay. En la mano derecha, como si fuera espada, llevaba bien agarrado un palo de escoba. Pero lo más chistoso era que en la frente traía enredados unos miguelitos, de ésos que se van como tejiendo en las paredes de las casas que tienen jardines. Y gritaba: "Voy a quemar esta pinche suidá." Los que pasaban en la calle nomás le chiflaban y él les aventaba con lo que se encontraba en el techo de su casa, donde estaba trepado. Sin embargo, después de aquello, me lo volví a topar en la calle. En-

tonces ya estaba completamente loco. Tanto que andaba siempre con el pantalón hecho trizas en las piernas. Al grado que se le podía ver parte de la nalga sin mucha dificultad. En lo que respecta a la camisa, pos la traía toda desfajada y fuera de la pretina del pantalón, además de que ningún botón estaba trabado y, por eso, enseñaba todo el pecho peludo y lleno de sudor con tierra. Eso sí: Me daba risa que él trajiera, siempre que andaba caminando para arriba y para bajo, pero bien agarrada con las dos manos, una botella con la mitá de agua. Y decía: "Es que me da sé allá donde ando y pos así le doy unos tragos." Otra cosa rara, más bien mala, que él agarró después que se quedo tocado, fue que se la pasaba escribiendo en las paredes que encontraba. Así, llegó el momento que todas las paredes blancas de las boticas, mueblerías, bodegas, tiendas, cines y hasta la Catedral de pronto se vieron todas llenas de unas letras muy raras (más de las que después sacaron los cholos) en las que decía: Bili da Kid nació manco del pie derecho, bien aventurados sean los dueños de este país porque de ellos será el reino del petróleo... Y, después de aquello, a pesar de lo güero que era, se puso como si fuera muy moreno por la mugre. El pelo, por ejemplo, siempre lo traía como blanquisco por la tierra de donde dormía en cualquier parte y además tenía años sin bañarse.

Pero lo triste fue su muerte: Un día, dice la gente que vio esto, él estaba muy tranquilo miando sobre el zacatito de la Plaza de Armas cuando llegaron varios policías y lo subieron a una Julia. Semanas después, en San Diego de Alcalá, aparecieron como veinte locos que los patrulleros fueron a dejar en el mero desierto pa' que se murieran de hambre. Eliazar, como ya andaba enfermo, en cuanto lo bajaron de una Julia se quedó acostado viendo el sol hasta que lo encontraron moribundo. Días después, a pesar de todo, murió en el Hospital Civil de tuberculosis.

Por mi parte, en las noches, me levantaba pensando en que lo mismo le podía haber pasado a mi papá, porque estaba agarrando la tomadera muy duro, después que se golpió en su trabajo. Pero eso nomás fue una temporada, porque luego le halló el modo: Empezó a llevarle a mi mamá niños que el Gobierno de los Estados Unidos les recogía a los padres por algo (drogas, pleitos, robos...) y en mi casa eran atendidos a cambio de que nos dieran a nosotros las estampillas para comprar comida y mandaran los cheques que El Güelfer les da a estas criaturas. De todo esto, hubo un momento que mi papá se sentía orgulloso, decía: "Debía haberle hecho caso desde antes a mi compadre, en este negocio..." Pero de todos modos, todavía es hora que no puede pagar a las financieras lo que les debe.

Ora de vieja, pos todo es distinto: Ya hasta tengo que estar tomando pastillas pa' dormir a cada rato, si no, ahí estoy con el insomnio que no lo puedo aguantar. Me pasa un no sé qué dando vueltas ahí como tonta en toda la casa, sin parar. Nomás fumando y pensando en cosas que ni debiera. Por eso me dice Rogelio: "Chuya, estate sosiega..." Pero no es fácil, principalmente desde que murió mi Natalio. Y es que de ahí pa' el rial yo tuve que hacerme cargo de todo. Por eso en la maquila empecé a vender entre las muchachas aretitos que me pagaban en abonos. Luego pulseritas como aquellas que me mandaban de Guadalajara. Y así terminé por andar en todas partes con mi libretita en la mano, apuntando los nombres de las que me daban abonos.

En este negocito, a pesar de que en un principio me iba bien, después no porque otras de la misma fábrica me fueron copiando en la venta de joyería de fantasía. Y, al rato, toda la Alen Bradley estaba llena de vendedoras. Después de eso le cambié a productos Eivon, pero los dejé porque no me dejaba. Así que casi ni dos meses duré. Enseguida, pos me anduve un tiempo con la venta de pantalones de terlenca que le compraba yo a una señora. Y con ellos sí me hice de un dinerito. Nomás les decía a las chavas: "Mira, para tu viejo..." Y ellas: "Órale, pero no tengo la lana orita..." "No le hace... Me lo pagas en abonos cada viernes".

Con lo que sí llegué a ganar, hasta mil pesos por semana, fue con los zapatos que me mandaban de León Guanajuato. Entonces era cuando yo podía ir al Paso y me compraban mis

vestidos hasta de treinta dólares pa' venirme a bailar aquí a El Jaguayán. Además que todavía tenía algunos de los vestidos que me había regalado Natalio cuando vivía. Y es que cuando me lo topaba en la calle, me decía: "Toma, pa' que te compres un chocolate...", y me daba un billete de hasta veinte dólares. Por mi parte, con eso me iba comprando vestidos como a mí me gustan y blusas con mucho escote. Eso sí, me daba el dinero ya en sus últimas fechas sin que yo tuviera que acostarme con él, porque en ese tiempo ya andaba muy malo el pobre. Hasta que en una parranda, dicen que nomás gritó: "Válgame la chingada" y cayó bien muertito, echando una sangre con basca por la boca, por tanto pisto que tomaba. Pos ora las preocupaciones no me faltan: que ya llegó el bil de la luz y todavía no pago el del agua, además que los dos vienen pero muy bien cargados; que a la Sarita no la dejaron ayer entrar a la escuela, nomás porque no llevó los cuarenta pesos que le pidieron para el Día del Maestro y la semana pasada tampoco le dieron chance porque no le di para el día de campo al que los iban a llevar; que ya en el Seguro no me quieren dar tranquilizantes para mis nervios y tengo que estarlos comprando más caros porque no tengo receta. Y a mí hasta ganas me dan de salir corriendo, a veces.

Y en la fábrica, para el colmo de males, me empezaron a dar infierno para que renunciara, como ya estaba cumpliendo muchos años de trabajar ahí (casi diez, por lo menos) y así ellos no tener que pagarme ni un cinco partido por la mitá, si me corrían. Me decían: "Usted nomás se la pasa en sus asuntos... Como ése de venderles a las muchachas porquerías en abonos y su trabajo está cada día más abandonado..." Y, por dentro, yo pensaba: "Lo que quieren es ahorrarse mi indemnización si me llegan a correr." Y no había día que yo no tuviera que estar oyendo regaños y maltratos, nomás por nada.

Entonces las muchachas me decían: "Chuya, yo que tú, mejor me iba a otra parte..." "No, esos cabrones jamás se van a

salir con la suya." Pero luego empezaban los supervisores a darme donde más me duele: "Lo que pasa es que usted tiene mucha edad," me decían, cuando la regaba en algo. "En esta empresa hace falta sangre joven... No que así batallamos mucho con gente como usted, que hasta terca es." En esas, pos nomás les aguanté dos años de puras habladas y pendejadas que me hacían.

Fue recién conocí a Rogelio cuando por fin me corrieron de la fábrica, dándome ni la tercera parte de lo que me correspondía. Pero luego luego metí esos veinte mil pesos al banco y me estuve casi un año sin trabajar. Como si fuera rica, todos los días me iba a bailar con mi Royer. Tampoco entonces me daba vergüenza que él tuviera sus diecinueve años y yo, ya con mi pelo todo quemado de la pintura que a cada rato me ponía para que se me viera güero, mis pantorrillas engordecidas, mis rodillas huesudas, mis tetas caídas como cuajo (no tanto como las nalgas), mis cachetes de esa grasa que se va juntando con los años.

Durante todo ese tiempo que tuve el dinero en el banco me sentí joven. Hasta cuando conocí a Rogelio (el meritito día, como a las seis) duré casi una semana tomando con él. Andábanos de allá pa' acá, como se dice. Parecíanos recién casados: En todas partes me andaba él metiendo mano en la entrepierna. Y yo, jugando, le decía: "Táte quieto". Pero ni caso me hacía. Por tan caliente que era él entonces tuvimos que andarnos metiendo a un hotel casi cada cuadra que caminábamos en las parrandas que agarrábanos de cantina en cantina. Atáquensen: Ahí que no sé ni cómo fuimos a parar una vez allá por El Valle de Juárez y estábanos cogiendo bajo de un árbol, ya hacía un buen rato que había oscurecido. Después de unos quince minutos, Rogelio se soltó riendo. Y le pregunté: "¿Qué te pasa?" Pero no me respondía de la risa que tenía. De rato, que veo a una vaca lambiéndole el fundillo, completamente entretenida, porque él tenía los pantalones abajados hasta los talones mientras que estaba encima de mí. Y me dijo: "Es que, pos de repente sentí algo raspocito atrás, en el mero culo."

Nunca había estado tan embarrada yo de lo que les sale a los hombres cuando están calientes (¿cómo se llaman?, ¿mecos?)... Bueno, de semen. Y es que a Rogelio le salía por cualquier cosa. Bastaba con que le tentara las piernas para que estuviera arrojando ríos y ríos de mecos. Y yo, pos los traiba en la horcajada, en las piernas, en los senos, en la espalda, en el cuello, en la cara, en el pelo. Me levantaba de la cama y, entre las sábanas, podía oler el semen de mi viejo mezclado con su saliva en mis pezones, en mis labios, en mis manos, en mi piel avejentada, en la botella de Carta Blanca, en el cigarro que fumábamos todas las noches antes de dormirnos...

Y fue con él que me acostumbré a dormir acurrucada entre sus brazos, casi como si me hubiera metido en cada uno de los huecos de su cuerpo; como las plantas ésas que necesitan y que buscan el agua en la tierra hasta donde la encuentran. Y él, con toda la fuerza que le daban sus veinte años de edá, me apretaba tanto que ya no sé dormir de otra manera. Por eso yo pienso: Si no fuera por él orita estaría más amolada.

No me importa que él no pueda trabajar, porque ha tenido tantas caídas a la cárcel que luego luego le dicen cuando va a buscar donde ocuparse: "Fíjese que orita no nos hacen falta personas como usted en la empresa." Es por eso que yo le doy todo: Le plancho sus camisas con almidón, como le gustan; le preparo la barbacoa picosita y con mucha cebolla; le compro a la hora de comida su cerveza pa' la buena digestión; nunca le faltan sus Fiesta en el refrigerador pa' que no se resequen y después le arda la garganta de fumar; le hago su pachanga cada vez que cumple años, en un salón de baile pa' que no se sienta. Porque la casa que me dejó Natalio está muy chica pa' esas cosas...

Por mi parte, pos ai voy sacando los centavitos en alguna manera. Como ya se me acabó lo que me dieron en la maquila, pos tuve que buscarle en lo que cayera. Después de esto también fui agarrando dinero de los abonos que me daban las muchachas (porque a pesar de que me salí de la fábrica, yo

iba a sus casas a venderles y cobrarles) para darle a Rogelio su higadito con mucha cebolla en la cena, para comprarle una camisa que me gustó para él en El Paso, para llevarlo a la peluquería a que le hicieran el pelo con el copete como se andaba usando entonces, para regalarle un reloj como prueba de mi amor. Pero tampoco este dinero duró mucho. Pronto ya me traiban los dueños de las fábricas de León, cobrándome lo de los zapatos que me habían mandado. Y yo, pos nomás escondiéndome de los licenciados que a cada rato iban a tocar la puerta de mi casa.

A la buena que todavía me quedaban como unos cinco mil pesos que yo había guardado en el banco para cuando creciera mi Sarita. Entonces que me dicen: "Te rento mi cervecería, Chuya". Y les contesté: "Órale, ¿y como cuánto...?" "Pos que sean unos quinientos pesos mensuales." Y pensé: "Al cabos que nomás le meto otros quinientos en cerveza." Y fue así como me embarqué con la cervecería Las Gaviotas. Luego resultó que ahí se metían puros jotos a emborracharse y a hacer sus desmadres. Por eso preferí atender yo misma el negocio y, a pesar de que le anduve chingando a Rogelio para que me ayudara, por él me sobé el lomo. También, con dolor de mi corazón, porque me estaba dejando un buen dinerito (unos sesenta pesos diarios), la dejé porque en las noches no podía estar conmigo Rogelio, pos las jotas estaban bien gruesas cuando se empedaban, además que estrañamente con él ha sido el único con quien yo sí he tenido celitos; y ni tampoco me animaba a dejarlo en la casa con la Sarita. Y menos ahora que ella está apunto de cumplir sus veintidós años y casi no ve a su viejo porque anda en Denver Colorado trabajando. Por eso en un principio yo le dije no cuando me pidió quedarse en mi casa porque su marido andaba fuera. Pensé: "Así, pos ni chanza voy a tener de estar agusto con mi Rogelio, porque ella va a andar fisgando en todo." Además, pos ella, no es por nada, pero salió igualita a mí en las piernotas y en el pecho crecido.

Ora que hablo de Sarita, sí me duele que ella no quiera a Rogelio. Siempre anda echándole de habladas porque ella dice que él no trabaja: "Nomás se la pasa acostado frente al ventilador cuando hace calor y frente al calentón, cuando se viene la nieve." Y por más que la consecuente, ella me alega que después de todo, aunque su padre no viviera y en su vida hubiera sido muy méndigo, por lo menos nunca nos negó un solo cinco." Más bien yo pienso que ella todavía está dolida (después de casi cinco años) por la muerte de Natalio, porque él la tenía chiple en todo. Hasta una vez, cuando ella era una lepa, le sacó de su pantalón un billete de cien dólares sin que él se diera cuenta. Nacha, como ella todavía vivía, me dijo: "Lo que pasa es que te ve a ti, Chuya... Como tú siempre andas esculcándole en la noche que se queda dormido, para sacarle el dinero de las bolsas." Y cuando él se dio cuenta, nomás dijo: "Hija de tu chingada madre." Pero luego luego se le olvidó. En cuanto se fue Natalio de la casa, la mocosa era tan cabrona que ni a mí me quiso dar ni un cinco y todo se lo gastó en la escuela, invitándoles pendejadas a sus amiguitas.

Ahora Sarita siempre anda renegando con Rogelio: "Míralo, mamá... Ni siquiera arregla el peinador café, que ya está todo destartalado". Y como yo tenía que salir a trabajar ella hacía la comida. Pero siempre andaba aventándole a mi viejo el plato. "No seas malcriada, hija... Es que no me gusta que esté todo el día aquí, encerrado junto conmigo", me decía. "Si yo pudiera, me andaría en la calle aunque fuera nomás caminando. Pero no, cuando no es por los niños que ya están enfermos de algo o tengo que esperar a que me hable Mauricio. Porque es capaz de que si no me encuentra aquí donde me dejó, se viene luego luego. Y orita necesitamos ese dinero para la casa", me decía.

Y en las noches yo le suplicaba a Rogelio: "Cariño, deberías de, por lo menos, salirte en el día... No sé, a darte una

vuelta con los amigos." Pero él sólo quería irse con los amigos los sábados. Con eso de que siempre le gustó la lucha libre, a veces me llegaba de madrugada bien pedo y todo golpiado. Me prometía: "Pero un buen día voy a ser un luchador muy famoso... Y entonces vas a ver lo que es tener dinero." Sin embargo, en vez de darme centavos de lo que le pagaban en las funciones de lucha, me quitaba: "Es qué, fíjate, tengo que comprarme otra máscara nueva. Nomás veinte pesos..."

Pero las ventas en abonos cada vez estaban pior. A cada rato abrían nuevas tiendas de ropa en el centro, en las que, aparte de vender más barato que yo, tenían las marcas que se andaban usando en El Paso. Con esto me estaban quitando muchos clientes en las colonias. Había veces en que caminaba todo el santo día sin que me dieran más de cuatro abonos de cinco pesos. "Es que en Las Carolinas me dejaron esta blusa en cuarenta pesos y sin enganche", me alegaban las clientas. "Además que ellos tienen colores más bonitos."

Y por todo eso hasta anduve como atufada casi toda una semana, porque pensaba que el dinero que yo estaba ganando no me iba a servir pa'nada. También entonces fue cuando empecé a tomar pastillas para dormir cada vez más, porque si no me la pasaba fumando y dando vueltas en la sala, mientras que antes, con un tecito o leche caliente no despertaba hasta al día siguiente. En ese tiempo ni los besos de Rogelio me animaban. Y lo pior era que la Sarita, en busca de hombre porque su marido ya iba para el Otro Lado, se me empezó a desvalagar con los muchachos de la San Antonio. Se me iba allá, entre los corrales de El Rastro Municipal y ahí andaba yo persiguiéndola nomás oscurecía.

Después de estarle dando vueltas y vueltas en la cabeza, un día me fui a buscar trabajo en El Paso, entonces, con el Jesús en la boca. El gringo de La Pasada nomás hizo una seña para que le siguiera y yo no podía creer que estuviera tan fácil.

En El Paso, con mis mejores trapitos encima, estuve esperando en La Plaza de Los Lagartos a que alguien fuera por mí para trabajar como me habían dicho. Y no tenía media hora de estar fume y fume como tonta, cuando una mujer, desde su carro, me gritó: "Venga, oiga." Mientras que yo, destantiada, le preguntaba: "¿A mí...?" "Ándele..." "Quiero que trabaje en mi casa y le pago veinte dólares semanales."

Entonces me subí a su carro. Era igualito a los que siempre traiba Natalio. Hasta por un momento me dio tristeza de acordarme de mi viejo. Y me dije: "¿Qué méndiga soy, ni siquiera he ido al pantión a llevarle un ramo de flores desde que murió...! ¡Ni porque es el padre de mi hija!" Y la señora, con ojos azules y la piel un poco a color bronce, me preguntó: "¿Cómo se llama...?" "Me dicen Chuya." Y me contestó: "¡A, bueno...! Pues nomás va a tener que atendernos a mi esposo y a mí... No tenemos hijos..." "Bueno", le respondí, mientras pensaba que con veinte dólares sí podía tener todo lo que necesitaba en mi casa. "Más bien, lo que quiero es alguien que me haga compañía." Fue hasta entonces cuando me fijé que yo le estaba entendiendo muy bien a lo que me estaba diciendo y, como si ella hubiera adivinado mi pensamiento, me explicó: "No, no soy gringa como dicen ustedes... Yo nací en Alemania, pero viví casi diez años en España..."

Yo iba piense y piense en Rogelio: "Pobrecito, nomás le dejé cincuenta pesos para toda la semana. Y él tan delicado que es para la comida." De Sarita, sólo un ratito me dio remordimiento porque le dejé quince pesos para ella y sus dos niños.

En la casa de la señora, en cuanto llegamos, ella me ofreció de buena manera una taza de café. Y me dijo: "Ora que si quiere, puede desayunar un par de huevos con jamón", me convidó. "No, señora... Nomás tomo una tacita de café y me pongo a limpiar todo." Pero la casa estaba muy limpiecita y ella empezó a preguntarme por todos en mi casa, como si me conociera desde hacía muchos años. Así nos estuvimos como unas

dos horas en el güirigüiri. Hasta que llegaron las doce del mediodía, que me dijo: "Ya es hora del almuerzo..." Y yo no hallaba cómo decirle que todavía tenía la comida en la garganta. Después de todo, no hacía mucho que me había echado mis dos huevos con tocino, mi vaso de leche, mis tres panes con mantequilla, mis cuatro cafeses y mis cinco cigarros Polmol mientras que platicábamos.

Y de puro compromiso y, sin nadita de ganas, me comí un sangüich (como ella le llamaba a dos pedazos de pan de caja con una raja de jamón, que me sirvió) con una Coca de bote y no como las que tomábamos en Juárez, en botella. Entonces ella me dijo: "Ándele, mientras que yo salgo usted le da una arregladita al ático." Y yo me quedé como pendeja pos no sabía lo que era eso. Sin embargo, a pesar de que yo esperaba a que ella se fuera a soltar riendo de mi tarugada, ella me anduvo enseñado todo lo que tenía que hacer en su casa.

Por mi parte, desde entonces yo estoy muy agusto con ella. A aparte de que gano buen dinero, me trata muy bien. Mat, el esposo de Erica, cuando me voy a mi casa los viernes, no halla ni que darme. Me dice: "Tenga... Para los hijos de su muchacha." Desde luego que es ella la que me explica todo, porque el pobrecito no habla ni papa de español. Así, a cada rato, llega a mi casa cargada con botes de comida muy buena y rica como la que hacen en el Otro Lado, con camisas casi nuevas que Mat me da para Rogelio (de ésas, que ya no le servían a él), con perfumes que Erica me da para mí porque decía que yo todavía era muy joven, con dinero para comprar todo lo que necesitamos en la casa... En fin, con muchas cosas... Y ya hasta he podido ponerme otra vez, después que se murió Natalio, vestidos bonitos como a mí me gustan, perfumes caros y pintarme de güero el pelo. Pero eso sí, lo único que no me cai de Erica es que siempre que me meto a bañar, ella quiere también estar ahí conmigo. Me dice: "¿Me deja bañarme con usted?" Pero sin que yo le conteste (al fin y al cabo, ella está en su casa), se

encuera y, como el cuarto de baño está muy grande, ahí se está conmigo, sin mojarse siquiera, viéndome cómo me tallo. Eso, pos a mi me da mucho pendiente porque no me gusta nadita. Sin embargo yo no tengo queja, porque nunca me ha dicho nada malo; al contrario, la otra vez me echó mis flores: "Chuya, usted tiene un cuerpo muy bonito." Y yo pos no supe qué decirle, porque me agarró de sorpresa. Pero, entredientes le contesté: "Gracias, señora..."

Y a pesar de que orita estoy ganando muy buen dinero con ellos, voy a tener que dejar de ir a trabajar a esa casa. Nomás porque Rogelio ya no es el mismo: Ya lo tiento en las piernas como antes y no se emociona con mis nalgas. Ora, él siempre está cansado, aburrido o leyendo su condenado *Libro vaquero*. Y pos por más que me le acerco con mi beibidol puesto en la noche, él se hace como que está dormido. Hasta a veces, de un tiempo a acá, en la madrugada me ha tocado sorprenderlo tocándose su cosa como en una película pelada que vi en El Paso, en la que de tanto frotarse, al hombre termina por salirle lo que les sale a los hombres cuando están con una mujer que les gusta. Además que, por más que le digo: "Tú ya no me quieres ¿verdá..?" Él ni me contesta. Nomás se me queda viendo mientras que fuma. Aunque, de rato, me dice: "Dame otra cerveza... Es lo que debías hacer." Y pior es que ya se me desvalaga. Sarita me avisó: "Me dijo mi madrina que había visto a Rogelio saliendo de una casa allá en la Leyes de Reforma... Hasta ella se quedó sorprendida que él hubiera salido recién bañadito y con ropa limpiecita." Desde entonces, muchachas, no sé... Pero siento que el corazón me dice que Rogelio me está haciendo pendeja.

Válgame Dios, ¿pensar que en lo único que no hemos cambiado es en la costumbre de venir aquí a El Jaguayán? Aunque a mí, por lo menos mis hijos, me traigan pero bien cortita. Siempre me dicen: "Amá, ¿ya te vas a bailar otra vez?" Y se ponen a llorar. Tamién, desde la muerte de mi tía Oralia del Pilar, en septiembre del año pasado, son mis primos los que me train marcando el paso: "Güera, métete, acuéstate; Güera, cuida a tus hijos..." Y yo, pos de todos modos me doy mi escapada para venirme a bailar un ratito al menos aquí en El Jaguayán.

A pesar de todo, sí hemos cambiado de cuando nos conocimos hasta ahora. Tú Chuya. Pienso yo que no estabas entonces como ahora. No te ofendas, pero ya hasta te salió papada y los párpados se te abolsaron bien feo... ¿Ves, Cata? Además que se te agrandaron las ojeras en menos de siete años que tengo de conocerte. Antes, me acuerdo, tenías tu cara muy limpiecita y hasta tus facciones eran bonitas... Y lo pior, digo, creo que hasta un bigotito se te ve (no se rían, cabronas), a más de que los poros de la nariz se te abrieron y hasta se te ven como negros, no sé por qué. Mira nomás: ¿Qué diría Natalio si te viera ese lunar en la barbilla que tanto le gustaba a él, ahora saliéndote ese pelo ahí?

No cabe duda que el tiempo no ha pasado dioquis: "Esas tetotas que aquí en El Jaguayán hicieron que el cantante de la Sonora Santanera te dedicara La Pollera Colorada, Chuya, la vez que vinieron aquí a tocar, no son las mismas. Si te la dedicó fue por los vestidos que usabas entonces. No que ahora, pos

la tienes todas caídas, además un poco de pancita y, la neta, hasta las nalgas caídas.”

“No, Chuya... Me cai que está cabrón para que un hombre ya se fije en nosotras. ¿Qué le podemos dar? Tú: tus várices en las piernas, las estrías en la panza de cuando estuviste gorda de la Sarita, los brazos arrugados y con los pellejos colgando (ni vestido sin mangas te puedes poner, ¿verdá?), los pies ya todos deformes por los tacones altos, las manos todas llenas de pliegues con los que se te afea el color bonito de las uñas. Y lo mismo en el cuello: Tanto debes ponerte esa mascarada amarrada ahí para que no se te vean las arrugas, que ya hace tiempo que ni el sol te da...”

En lo que sí me parezco a ti ahora, Chuya, es en lo grande que se me hicieron los pezones. Por lo menos los míos parecen unos cabrones chupones por lo largo. Y los tuyos, según me fijé el día que te quitaste el brasier en el baño para que se te secara, porque se te cayó encima el pisto de lo peda que andabas, los vi igualitos a los que tengo yo. Hasta te dije: “Mira, tú también...” Aunque eso sí: Yo después de mis dos criaturas (El niño de El Nano y la mocosa de Richar), engordé que qué bárbaro con lo comelona que resulté; además que me salió una pancita que ya ni los pantalones que yo usaba de mi tío Emiliano, desde que se murió, me quedaban. Y los cachetes (¡Dios mío!), como si me los hubiera inflado. Pero lo que más tristeza me da es que, a pesar de mis treinta y un años, ya me están saliendo arruguitas en los ojos.

Dice mi prima Paula que ya parezco señora por las canitas que ella me quita cuando estamos viendo las novelas en la televisión. Si por lo menos supiera cuándo me empezó a salir la papadita, las estrías en las piernas y en la panza. Y lo peor es que ni los doctores del Seguro me han podido quitar el paño de la frente y las mejillas.

En cambio tú, Cata. Tú sí sigues igual de tu cara: Sin arrugas ni manchas. Lo único que sí te ha cambiado es que

cuando nos conocimos no tenías ni madre de tetas y estabas muy flaquita, no que ahora, pos te pintas más la boca y la cara. También qué chiste, si apenas tienes veintisiete años y, aunque ya tuviste un aborto, nunca se te ha notado nada. Por lo contrario, las piernas se te han puesto mejor. Estoy segura que si ahora te viera el tal Roberto andaría como pendejo atrás de ti. Pero ya no eres la misma de antes, dejada y atarantada por los hombres. Por eso me da gusto. Después de todo, que ya estás madura: No vas a andar ahí chillando cuando los hombres te dejan.

Prófugas de la vida tres mujeres, fronterizas de nacimiento y de crianza, se reúnen religiosamente en el Hawaiian Club de Ciudad Juárez para restañarse compasivamente las heridas de la semana que les acreó fracasos sentimentales; para compartir su ineludible subsistencia al día y, ante todo, para soportar con tragos y relatos agridulces la carga de una ciudad inhumana que, por el solo hecho de ser mujeres, históricamente las ha encuadrado en una *carnalidad pecaminosa*.

Ellas son mujeres sin intimidad. La vida las ha privado de tanto, que hasta el pudor es un lujo. Ese es el perfume de la gente perfumada. A punta de vejaciones, maltratos y hasta una dolorosa carencia de palabras propias ellas han aprendido a responder a las expectativas ajenas: ser mujeres de sus hombres y madres de sus hijos que, al fin y al cabo, llevan el pan a sus mesas...

Para sobrevivir al final de la semana, luego de extenuarse en sus jornadas, se burlan de sí mismas con crueldad inusitada porque están convencidas que a nadie le importa sus existencias.

Los relatos que ellas hacen de su propia vida son inesperados, infelices y, gracias a su inocencia, divertidos. Los extremos se tocan. El dolor oculto y el humor involuntario brotan libremente. Sin tapujos. La moral, al igual que ellas, disfruta su séptimo día; su persecución del mal terrenal goza un merecido asueto en los libros respetables; en su ausencia, la vida real y microscópica irrumpe con sus inconvenientes y vergüenzas.



Instituto
Chihuahuense
de la Cultura



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes